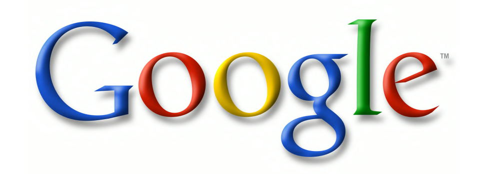
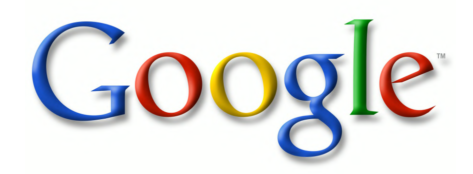
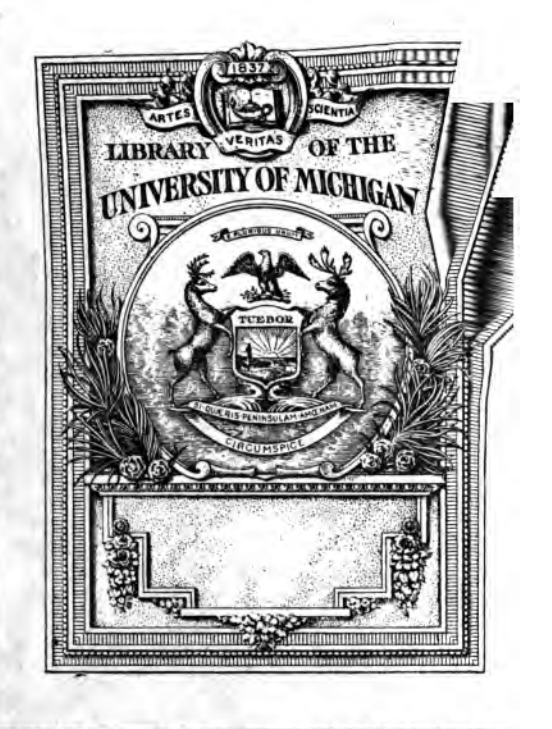
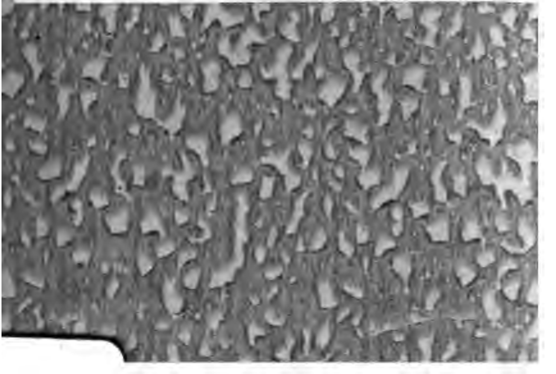
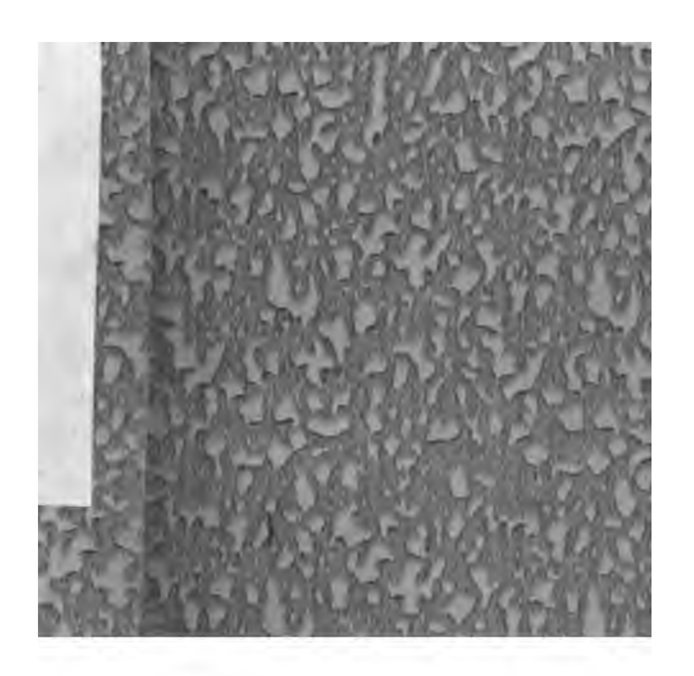





A


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE





COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN VIGÉSIMO PRIMERO

Los Señores de Hermida

Novela

CRÍTICA Y CUENTOS

Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

I.—M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA.—*Oro oculto*, novela.

II.—VITAL AZA.—*Bagatelas*, versos.

III.—ALFONSO PÉREZ NIEVA.—*Ágata*, novela.

IV.—NILO MARÍA FABRA.—*Presente y futuro*, nuevos cuentos.

V.—FEDERICO URRECHA.—*Agua pasada*, cuentos, bocetos y semblanzas.

VI.—EMILIA PARDO BAZÁN.—*El Tesoro de Gastón*, novela.

VII.—M. MORERA Y GALICIA.—*Poesías.*

VIII, IX y XIII.—ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.—*Cuadros de la fantasía y de la vida real.* Tres tomos.

X.—CONDE DE LAS NAVAS.—*El Procurador Yerbabuena*, novela.

XI.—NARCISO OLLER.—*El Esgaña-pobres*, estudio de una pasión.

XII.—JUAN OCHOA.—*Un alma de Dios*, novela.

XIV.—JUAN MARINA.—*Toledo*, tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.

XV.—VITAL AZA.—*Ni fu ni fa*, versos.

XVI.—TRINDADE COELHO.—*Mis amores*, cuentos y baladas.

XVII.—MIGUEL RAMOS CARRIÓN.—*Zarzamora*, novela.

XVIII.—NARCISO OLLER.—*Perfiles y brochazos*, cuadros y cuentos.

XIX.—DR. THEBUSSEM.—*Futesas literarias.*

XX.—GUSTAVO MORALES.—*El indiano de Valdella*, novela.

XXI.—JUAN OCHOA.—*Los Señores de Hermida*, novela. *Crítica y cuentos.*

Juan Ochoa

Los Señores de Hermida

Novela

CRÍTICA Y CUENTOS

CON UN PRÓLOGO

POR

D. LEOPOLDO ALAS

Y UN ARTÍCULO BIOGRÁFICO

POR

D. RAFAEL ALTAMIRA

ILUSTRACIONES DE

ARTURO CARRETERO



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223—CORTES—223

MCM



PRÓLOGO

La costumbre de escribir para el público desconocido, heterogéneo, de asuntos que nos da la realidad exterior, de interés general, si nos hace menos ardua la tarea de ocultar el estado del propio ánimo y atemperarnos al tono que conviene á la materia, en cambio, nos quita aptitud para escribir lisa y llanamente de nuestros sentimientos reales, cuando esto es lo oportuno.

En este caso me veo. Tengo que hablar de Juan Ochoa; no por crítico, sino por amigo del malogrado escritor, se me invita á este trabajo, que es para mí ya caso de conciencia. Y hace meses que he debido dar mi labor concluída; pero *no se me ocurría nada*. Y ahora es el último plazo; ó escribo esta noche, ó el libro de Ochoa sale sin mi prólogo. No saldrá, no. Pero... todavía *no se me ocurre nada*. Parece que se me ha olvidado todo lo que sé y siento de Ochoa. ¡Y podría llenar un libro con ello! Tengo miedo en este momento á la retórica como á una profanación. Se me ocurren frases,

tal vez gráficas, acaso propias para explicar algo de lo que Ochoa fué, valió y yo le quise; pero escribirlas me parecería como ponerme á cantar donde se llora.

El lector encontrará en la hermosa semblanza de Altamira, que sigue á estas páginas mías, lo que más le importa saber, lo que prueba el mérito grande del literato perdido, del hombre bueno que tan pronto nos dejó; que se fué muriendo tan suavemente, con tal modestia, —como apagando el ruido de los pasos al marchar, —que de él quisiera decir, no que murió, sino que *se fué con Dios,* como dice la Biblia, de Elías.

Tranquilo con esto; seguro de que estas improvisadas expansiones mías no son para el lector la *noticia* necesaria respecto del autor de este libro, sino algo accesorio, un desahogo, un ejemplo de lo mucho que á Juan Ochoa quisieron muchos, dejo ya correr la pluma, diciendo cualquier cosa, sin orden, sin pretensión alguna de acierto, *como puedo.*

* * *

A Juan Ochoa había que descubrirle. Se ocultaba entre docenas de jóvenes que, por fuera, parecían lo mismo que él. En su arte pasa algo parecido. Los principales méritos de sus escritos no son ostensibles. Es difícil que un alma falsa, sea por lo que sea, guste de veras de las invenciones del novelista avilesino. Podrá decirlo, porque lo ha oído á muchos; pero aquel ambicioso, ó hipócrita ó vanidoso ó

egoísta que se quede frío ante la idea del bien moral y sólo penetre su valor dialéctico, no su enjundia ética, ese no podrá gozar del todo la poesía de Ochoa, cuyas musas fueron la bondad y la gracia.

Si *Un alma de Dios* es lo mejor de Ochoa, en cierto sentido, es porque su aroma íntimo es el bien gracioso, delicado.

* * *

En sus últimos años, yo fuí su más constante compañero. Yo enfermo ó aprensivo, él enfermo sin aprensión, no por ilusionado, sino porque pensaba poco en sí mismo, nos juntábamos casi todas las mañanas de primavera y de otoño en el *Campo de San Francisco,* nuestro *querido* parque de Oviedo. Yo parecía el enfermo principal, porque era el más egoísta. Alma con alma, hablábamos de Dios, de la otra vida, los dos espiritualistas, pero sin hipotecas; en mis creencias y sentimientos había más artificio, *más literatura;* en los de Ochoa, mucho más joven, había más gracia; espontaneidad virtuosa; menos afición al aspecto metafísico de estas cosas; tendencia á lo moral, á lo práctico... y á pasar luego, sin dejar lo religioso, á la naturaleza, al campo;... y á los dos minutos de convenir en que el *circulus vitiosus deus* renovado por Nietzsche era una teoría tan absurda como horrorosa; y en que la filosofía de la *contingencia* de un Boutroux era una profunda mirada á la realidad recóndita;... estábamos hablando de un tordo que cantaba sobre

nuestras cabezas en la copa de un roble; y Ochoa relataba la historia del pájaro, porque le conocía; hacía tanto tiempo que venía al Campo; venía de tal parte, se marchaba á tal hora... Ochoa le seguía los pasos... es decir, el vuelo.—Había que oirle describir la vida de la aldea, de nuestra aldea asturiana. Él sabía gozarla de veras, no á lo poeta lírico, sino con dulce mezcla de prosa y poesía, de utilidad y ensueño, como en las Geórgicas. Más que á ninguno de los que hemos escrito algo de estas cosas campestres de por acá, se parecía, para bien suyo, al gran maestro de todos, á Pereda.

* * *

¡Pereda! ¡Cómo le admiraba Ochoa! En las nuevas generaciones literarias suelen abundar los jóvenes que toman el respeto y la admiración como estigma de servidumbre y limitación intelectual. Ochoa no era de éstos. No tenía ídolos, jamás prescindía de su juicio sereno, penetrante y fino; pero cuando veía que había razón para admirar, ¡con qué placer, con qué entusiasmo lo hacía!

Cuando Juan Ochoa publicó su *Alma de Dios*, yo quise conocer la impresión que la novela causaba en hombres como Pereda, Galdós y Menéndez y Pelayo. Escribí á los tres. Los tres contestaron... lo mismo, en substancia. Que el libro era muy hermoso, su autor un novelista de veras; no una esperanza; una realidad. En el mundo no ha habido hombre más modesto que Ochoa: lo era por naturaleza, por

aquello de pensar poco en sí mismo. Pero estas cartas de los tres maestros ¡le llegaron al alma! Eran una dulce recompensa. Las quiso guardar él, y yo se las dí con verdadera alegría. Entre sus papeles estarán. Acaso no. Acaso las guardó de otra manera: como joyas, como reliquias.

* * *

He conocido muy pocos hombres que, con toda sinceridad, se interesaran mucho por las cosas ajenas; no digo que no haya muchos, sino que yo he conocido pocos. Ochoa era uno de ellos. Ya he dicho que admiraba y amaba el talento; pero si el talento era de un amigo, Ochoa tenía para aquella amistad cuidados que parecían maternales. Era inagotable en la apología elocuente, sincera, entusiástica de los asturianos que él entendía que valían mucho.

De Campoamor ha escrito páginas muy graciosas y muy profundas. Pero de los paisanos que tuvieron grandes méritos y no fueron todo lo famosos que merecían, era de quien Ochoa más tenía que decir y alabar, crónica perpetua de sus gestas y frases. Parecía que era su afán constante conseguir que no se olvidara á los muertos que no merecían olvido. Tuero, aquel Tuero genial, mi mayor amigo en este mundo, con algún otro, el hombre de más talento, en cierto sentido largo de explicar, que yo he conocido; Tuero, el malogrado escritor, cuya producción escasa, con valer tanto, no da más que débil idea de lo que aquel gran satírico y aquel gran corazón valía, Tuero ya legendario, tenía

en Ochoa el más ferviente panegirista y uno de los espíritus que mejor penetraron su mérito singular, su originalísima naturaleza.

Sánchez Calvo, el pensador profundo, de alma angelical, más conocido que en su patria, por sabios extranjeros, era otro de los *cultos* de Ochoa y tema inagotable de sus profundas, graciosas observaciones y pinturas de carácter ya patéticas, ya cómicas.

Entre los vivos, Armando Palacio, nuestro novelista insigne, y Melquíades Alvarez, el orador ardiente y de escultural palabra, eran los predilectos—de los asturianos hablo—para aquel hombre que tanto sabía gozar queriendo y admirando á *los otros*.

Algunas veces, pocas, el cariño de Juan le hacía ver mérito donde no lo había. A esto debe el que esto escribe el haber tenido en Ochoa un defensor denodado. Pero, tanto nos habíamos unido de corazón en estos últimos años, que á mí la opinión de Ochoa respecto de mi persona tenía que saberme casi á humo de amor propio.

Otro culto, más alto, tenía: el de los antiguos, el de nuestros clásicos. ¡Cómo *sentía*, cómo comprendía á Cervantes...! Y siempre así, siempre *los demás*, vivos ó muertos.

Era una fuente de caridad fecundando una inteligencia. La inteligencia; lo que más necesita en nosotros que la caridad lo refresque y anime.

Hasta su sátira era una absolución. Hablando y escribiendo, era maestro en lo cómico, en el dibujo de lo ridículo; pero jamás había una gota de hiel en su lengua ni en su pluma. En

las flaquezas humanas veía la sugestión para el arte; en las que no sirven para eso, él no pensaba como satírico, sino como hombre bueno. Esta clase de delicadeza, mezcla de buen gusto y de buen corazón, la tienen pocos.

Como San Francisco, llevaba su bondad hasta la vida oscura de los irracionales. Si no los llamaba *hermanos*, como el santo, los estudiaba profundamente con gran cariño; y así, varios animales-personajes de las novelas y cuentos de Ochoa me recuerdan aquellos pájaros y aquellos cuadrumanos tan simpáticos, tan nobles, del *Ramayana*. Sin ser muy bueno, y además muy artista, no se puede pintar con la maestría de Ochoa ciertos perros y gatos que encontramos en sus libros.



Debo concluir. Veo, con pena, que he cumplido mi programa de ser desordenado, *fragmentario*. ...No podía esperarse mejor éxito. Sólo estoy contento de una cosa: de la absoluta sinceridad con que he escrito estas cuartillas. Si mi querido Juan Ochoa, desde la otra vida, en que yo creo, y en que él creía, puede penetrar en el fondo de mi alma... no le temo; él y Dios podrán ver que, en la intención, no he profanado con torpes y discordantes retóricas, como acaso parezca por impericia de la pluma, la seriedad del noble afecto que nos unía... que nos une.

Oviedo 18 de abril de 1900.

CLARÍN.

JUAN OCHOA

I

El 27 del próximo pasado mes de abril falleció en Oviedo Juan Ochoa, uno de los literatos de la nueva generación que más gloria prometía para el arte patrio. Nacido en Avilés, el 4 de noviembre de 1864, ha muerto muy joven, sin dar más que ligeras muestras de lo que su poderoso talento y su exquisito gusto artístico eran capaces de hacer en el terreno literario. Toda su producción conocida redúcese á tres novelitas y varios cuentos y artículos publicados en periódicos de Oviedo, Santander, Madrid y Barcelona; pero esto le ha bastado para adquirir un nombre y para que los lectores españoles hayan reconocido en él—demostrando así una perspicacia que no es de todos los días—uno de los más geniales representantes de las nuevas generaciones.

Este rápido triunfo por Ochoa logrado, fúndase en las mismas cualidades que lo distinguen

como artista: la originalidad en la visión de las cosas (y especialmente de los hombres) y el sentimiento delicado, la íntima y dulce poesía con que suavizaba su tendencia natural á la sátira, mejor dicho, á notar y realzar el lado cómico ó ridículo de la vida.

Procedía la primera cualidad de otras más íntimas en el espíritu de Ochoa: el enorme poder plástico de su imaginación, verdadera imaginación de pintor y dibujante, que le hacía retener con extraordinaria fidelidad la figura humana, precisamente en lo más característico y original de ella, despreciando todo lo común y vulgar; y cierta innata finura y distinción del gusto, abonada con los años por una cultura extensa en materias de arte, de filosofía y de historia. Había que oirle contar, en conversación con los amigos, sus recuerdos de estudiante, sus campañas de periodista joven, ó las aventuras, genialidades, dichos y hechos de alguno de esos tipos extravagantes y curiosos que hay en todas las poblaciones, pero cuya nota artística pasa siempre inadvertida para el vulgo. Así como Galdós *se sabe* su Madrid como nadie, Ochoa se sabía su Oviedo y su Avilés; y lo mismo que el gran novelista de los *Episodios,* tenía el arte especial—signo de personalidad privilegiada para la novela—de hallar en medio de la masa amorfa las figuras de verdadero carácter y relieve, particularmente en aquel orden de la psicología humana que toca á las flaquezas, ridiculeces, vanidades, miserias y locuras pacíficas, tan abundantes en la vida. Los que atentos principalmente á lo literario estu-

dian la obra de Galdós, saben todo lo que en ella significan personajes como Estupiñá, el tío Pito, Torquemada, Miquis, etc., aun comparados con aquellos otros de alta representación dramática, como Viera, Augusta, Gloria, León Roch... Pues Ochoa se parecía á Galdós en esto; y su clown Felipete, su Ambrosio Reboleño, su zapatero Espinaca, el mismo Cancienes de *Un alma de Dios,* pertenecen á la galería de esos humildes y cuitados que no hallan casi nunca más que en el arte toda la misericordia, toda la humana simpatía de que están necesitados.

Y si en esta facultad de *ver* los tipos *originales* y de retratarlos con una energía de líneas y de claro-obscuro que sólo alcanzan los escritores de raza, asemejábase Ochoa á Galdós, en la especialidad del género que prefería, en la fuerza irónica de sus retratos y en la vivacidad y gracia con que se apoderaba del aspecto cómico de las gentes, demostró su origen asturiano y su entronque con los dos novelistas (Alas y Palacio Valdés) que mejor reflejan ese *humour* característico del pueblo astur, parecido al del pueblo valenciano. El buen humor, la alegría sana que con esto respiran las obras de Ochoa, sin mezcla ninguna de acritud ni dureza, hacen su lectura fácil y atractiva como pocas.

No se crea por esto que Ochoa es lo que vulgarmente se llama un «escritor cómico», cerrado á todos los aspectos dramáticos de la vida. Por el contrario, su exquisita sensibilidad le llevaba á ver lo triste y desgraciado junto á

lo ridículo; y á veces, como en la epopeya hambrienta de Felipete ó en el amargo desengaño de Cancienes, llega Ochoa á descubrir esa parte sublime que tiene á menudo lo vulgar y que no siempre se expresa en resoluciones violentas y heroicas. Ochoa, en efecto, siente así el drama, no con la violencia trágica y descompasada del romanticismo, ni con la profunda gravedad del psicologismo moderno que analiza y descubre el juego complejo y triste del alma humana, sino con serenidad y dulzura especiales, con una piadosa compasión, con amargura honda que revela cierta íntima conformidad ante lo inevitable de la vida, mezclada á una dolorosa protesta de los sentimientos de humanidad y justicia heridos, pero que, en vez de sublevarse, lloran por dentro calladamente, mientras por fuera parecen sonreir, entregándose á la fatalidad de las luchas sociales. La más hermosa representación de esta *filosofía* está en aquella simpática niña de *Los señores de Hermida*, á quien bien le cuadraría, mejor que ninguno, el nombre de *Alicortada* que primitivamente le puso Ochoa. El sentimentalismo sin lucha de los débiles, que apunta en no pocos pasajes de aquella y otras obras, nunca llega á la exageración lacrimosa tantas veces criticada en la literatura romántica, y está contrarrestado á cada momento por el sentido crítico y burlón á que antes hacíamos referencia.

La originalidad de Ochoa reposaba en otra condición, también propia de los verdaderos artistas: su modelo era la realidad, jamás lo buscó en los libros. Hasta qué punto sea esto

cierto, sólo pueden notarlo los que vivían con él en amistad estrecha y comunicación continua. Sus obras están sembradas de recuerdos personales, no en los *argumentos* (que son siempre *objetivos,* nunca autobiográficos), sino en los hechos, en las figuras, en los caracteres, en las cosas mismas que sirven de escenario y decoración, y que él tomaba de sus observaciones, de su experiencia, del mundo que le rodeaba, asociándolas con íntimo cariño á sus imágenes de poeta, aun en el caso de sujetarlas á la crítica de su musa burlona. Jamás inventó, jamás creó *de memoria* nuestro novelista; era de los pocos á quienes no cabe aplicar aquella censura que Richter lanzaba contra los imitadores de imitaciones, pálidos espectros de luces reflejadas.

Otra manifestación de la exquisita sensibilidad, del corazón bueno y cariñoso de Ochoa, son sus figuras de niño. El amor á la niñez es una de las mayores pruebas de bondad... y de poesía que puede dar un hombre. Ochoa sentíalo á tal punto, que en sus tres novelas hay niños deliciosamente pintados, como los pintaría un padre que fuese artista. Y el niño en estas obras (especialmente en *Su amado discípulo* y en *Un alma de Dios)* no es mero personaje secundario; llega un momento en que dirige y gobierna, y la sumisión de los mayores, que se doblegan ante él y acatan sus deseos ó sus mandatos, como reconociéndoles oculta razón ó derecho preferente, revela un modo de concebir la infancia que abre de par en par la simpatía de los espíritus nobles.

II

Cuando en el otoño de 1892 se trasladó Ochoa á Madrid, era un desconocido para todos, menos para algunos amigos ovetenses que en las campañas periodísticas del joven escritor, y más aún en sus conversaciones ingeniosas, traslucían ó hallaban ya pruebas seguras de lo que había de ser con el tiempo.

A mi lado en la redacción de *La Justicia*, cuya sección literaria tuve particular empeño en cuidar, se reveló Ochoa con prontitud y vigor inusitados. Desde los primeros artículos vimos todos que aquel no era un principiante, sino un escritor hecho y derecho; y sus finas sátiras políticas, sus perspicaces críticas sociales ó de literatura, lo que él llamaba con título común *Parola*, encerraban siempre algo original, fresco, nuevo, que extrañaba y seducía juntamente. Entreverados con las *Parolas*, públicó algunos cuentos que tenían ya todas las cualidades desarrolladas poco después en las novelas. Uno de ellos, *Historia de un cojo*, dedicado á cantar la decadencia y abandono miserable de cierto gato, humilde y utilísimo servidor de la paz doméstica en sus buenos tiempos, es de lo más original y delicado en este difícil género. Los lectores de fino gusto, para quienes no pasa inadvertido nada de lo que vale, leían con afán los escritos de Ochoa, y me preguntaban á cada paso, en el Ateneo, en el Congreso, por el autor... El mismo Menéndez y Pelayo, que elogia pocas

veces, me habló de los cuentos de Juan, que le interesaban mucho.

En 1893 escribió su primera novela (que no se publicó hasta 1894) en un volumen donde Ochoa y yo, y el común amigo Tomás Carretero, enlazamos nuestras firmas de principiantes. Para mi gusto, *Su amado discípulo* es de lo mejor de Ochoa, superior quizá á las dos novelas siguientes en originalidad, en gracia, en frescura. Así la juzgaron algunos críticos, no sólo de España sino del extranjero, donde la *Revue Hispanique* dijo del malogrado autor alabanzas que muchos escritores *viejos* no han escuchado todavía ni escucharán nunca.

Años después (1896) se imprimió en *La España Moderna* la novela *Los señores de Hermida.* En 1897 *El Imparcial* publicaba un cuento de Ochoa, *El vino de la boda.* Muchos otros, mezclados con artículos, vieron la luz en *Barcelona Cómica* y en *Madrid Cómico;* y por fin, en 1898, el editor Gili acertó á dar en uno de los volúmenes de esta *Colección elzevir,* la obra de Ochoa que más resonancia ha logrado, y que en estos momentos se está traduciendo al francés: *Un alma de Dios.* El franco aplauso con que Pereda saludó este libro, dice más que todas las razones *críticas* que aquí pudieran amontonarse. Y Ochoa no se dormía sobre los laureles. La muerte le ha sorprendido trabajando. En su pupitre van apareciendo cuartillas que demuestran la riqueza de su inspiración. Por desgracia, muy poco hay completo. Varias novelas comenzadas (*Los amores de Florita* y otras sin título), hacen deplorar más y más la prematura desaparición del autor.

III

Hay un aspecto de las facultades literarias de Ochoa apenas conocido, pero que ya *Clarín* hizo notar cuando, hará un año, habló en *El Imparcial* del que era entrañable amigo suyo. Me refiero á las condiciones de crítico que Juan tenía. En *El Liberal Asturiano* y otros periódicos de Oviedo y en *El Atlántico* de Santander, dió algunas muestras de su depurado gusto, de su honrada franqueza y de su *personalidad* en la apreciación de los méritos y cualidades de poetas y novelistas. Firmaba los artículos generalmente con el pseudónimo de *Miquis*. Durante su época madrileña (1892-93) escribió sólo de este género algunas críticas de teatros y dos ó tres estudios sobre Zorrilla, Palacio Valdés, etcétera. En los últimos años creo que sólo publicó dos estudios sobre los poetas bables Teodoro Cuesta y Juan María Acebal (en la *Revista crítica)*, otro sobre Sánchez Calvo (en la misma *Revista)* y unas notas acerca de Campoamor. Entre sus papeles han aparecido numerosas cuartillas y apuntes sueltos dedicados á Víctor Hugo, Zorrilla, Pereda, Alas y duque de Rivas; mas, por desgracia, ninguno de estos fragmentos está suficientemente desarrollado para que se pueda publicar. Daremos tan sólo en el presente volumen, como muestra del pensamiento crítico de Ochoa, algunos estudios de los impresos en revistas y diarios de Madrid y provincias, prescindiendo de otros que, no obstante

reunir esta condición, por ser meros apuntes de circunstancias ó simples bibliografías de poco desarrollo, han perdido gran parte del interés que en su día les hizo recomendables. Por igual razón se ha tenido que suprimir casi todas las crónicas, sembradas de alusiones de palpitante actualidad que hoy ya no lo es; así como muchos artículos de sátira política, que no conforman bien con el carácter de esta colección.

Volviendo á la crítica literaria, debemos lamentar que Ochoa no llegara á dar desarrollo ó á poner en limpio algunas de las notas que reunió. Las referentes á Víctor Hugo, muy numerosas, son casi por completo ilegibles. Las de Zorrilla, aun más importantes, se reducen á meras indicaciones, habiendo aprovechado el autor las más explícitas para un artículo que se publicó en el número de 23 de enero de 1893 del periódico *La Justicia*, y que no se reproduce aquí por representar una parte mínima—y no la más sustanciosa—del pensamiento del autor sobre el gran poeta romántico. Todavía es más de lamentar el estado fragmentario y sumarísimo de los apuntes relativos á Campoamor. Los dos artículos que en este volumen se publican, contienen sólo observaciones generales sobre la personalidad literaria del autor de las *Doloras*. En los apuntes inéditos, y que no se pueden aprovechar en esta ocasión, entra Ochoa en estudios parciales acerca de Campoamor como poeta épico, de su relación con los pesimistas, de su descreimiento, de su concepto del amor y de la mujer, etc.; pudiendo apreciarse, al través de lo abreviado de las notas, que Ochoa llega en

estos tres últimos puntos á una conclusión análoga á la que defiende, con indudable razón, respecto de Leopardi, uno de sus más recientes críticos, Reforgiato. No es que Ochoa crea idénticos los puntos de vista de Leopardi y de Campoamor, antes bien los distingue con gran perspicacia y claridad; pero como se han exagerado igualmente el pesimismo y descreimiento de ambos, Ochoa vuelve por los fueros de la verdad, y encuentra que, como el poeta italiano, el poeta astur cree, aquí en la tierra, en la mujer y en el amor, además de creer en un Dios que está sobre lo humano.

* * *

Más arriba dijimos que Ochoa ha dejado sin terminar varias novelas. En igual caso se hallan muchos artículos y cuentos. Naturalmente, ninguno de estos trabajos cabe aprovechar para esta colección. Hemos exceptuado, sin embargo, un fragmento que lleva por título *El señor de Bergamota*, en que, no obstante la brevedad, queda trazado de manera vigorosa un carácter muy común en tierra asturiana.

De los cuentos propiamente dichos que Ochoa dejó terminados, sólo se han excluído de esta colección algunos que, por ser de los primeramente escritos por nuestro amigo, desdecirían de la perfección alcanzada luego; y el titulado *Los días del padre Mirandón*, que no cuadra bien en este sitio.

* * *

¿Qué literato no ha escrito versos alguna vez? Ochoa los escribió, aunque pocos, y no llegó á publicar ninguno. Son, en su mayoría, cantares. De ellos damos muestra escogida al final de este tomo, para que figuren en él todas las manifestaciones artísticas del talento de Ochoa. Sin duda, los cantares son inferiores á las novelas y los cuentos; algunos, pecan por imperfección en la forma; pero no se negará, á los más, una gran fuerza de sentimiento que los convierte en fiel expresión del alma hermosa de Ochoa.

Por caso raro, apunta en ellos un rasgo de escepticismo, ó más bien de queja amarga por las falsedades de la vida, que, como siempre ocurre en las expansiones líricas, aparecen agravadas con exceso. Dice el poeta:

El día que muera yo
todos llorarán de pena;
todos como la campana,
es decir, todos de lengua.

¡Qué consolador es ver cómo en esto se engañó Ochoa completamente! Porque un movimiento tan general y tan espontáneo de duelo por su muerte prematura y de estimación por su obra literaria como el que ha revelado la prensa, rara vez se produce tratándose de un escritor que, ni cultivaba las amistades reproductivas de los gacetilleros constructores de famas, ni pertenecía á ninguna escuela, pandilla ó círculo rotulado del arte, ni bullía en el río revuelto de las ambiciones sociales ó políticas, forzadoras de reputaciones ó creadoras de lazos

personales que luego sirven para engañar, con voz de estómago agradecido ó de solidaridad interesada, al pasivo rebaño que acepta juicios hechos y los consagra con su murmullo de comparsa anónima.

La formación de este volumen débese á las iniciativas concurrentes del editor señor Gili y de algunos amigos de Ochoa. La proposición de éstos se cruzó en el camino con la que *motu proprio* hacía don Gustavo Gili, uno de los más apasionados admiradores del malogrado escritor. En nombre de la familia de éste y de sus íntimos (entre los cuales me contaba), hago aquí público el reconocimiento á que se ha hecho acreedor el propietario de la *Colección elzevir ilustrada*, por su espontáneo tributo á la gloria de Ochoa.

A mí me cupo la tarea de revisar todos los papeles del amigo querido, y ordenar los que pudiesen ser publicados: tarea grata y triste á la vez, en que las sombras del corazón dolorido se iluminaban á menudo con las chispas de luz del talento simpático y admirable de Juan Ochoa.

RAFAEL ALTAMIRA

Agosto, 1899.





A mi querido amigo Román Arango

I

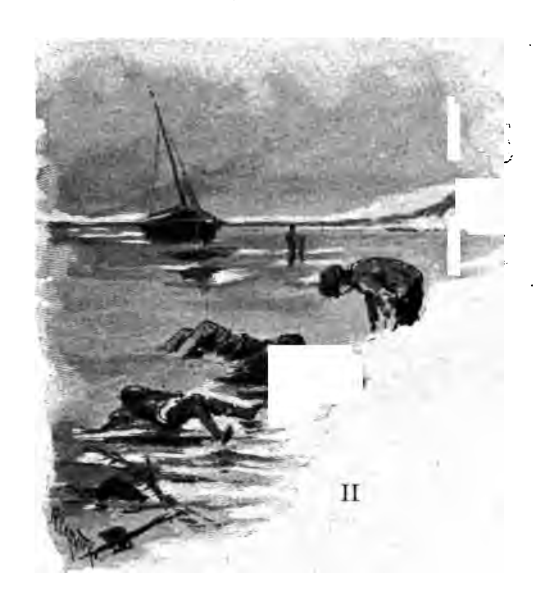
En un insignificante cabo de la costa cantábrica que sostiene encarnizada lucha con las olas, está situada una aldehuela de pescadores llamada Rocamar.

---

(1) Las palabras, locuciones y giros anticuados que tal vez le extrañen al lector en esta narración, no los achaque á prurito ó afán mío de exhumar palabras, alardeando de arcaico. Escribir hoy el lenguaje de nuestros tatarabuelos,

En la pequeña ensenada, en el humildísimo ancón, abrigado cariñosamente por el cabo de Rocamar, están atados los botes y las lanchas *traineras*, y sólo se nota en él una suave agitación del agua que estremece las barcas, y un resoplido débil del viento que no tiene fuerza para romper las amarras de aquellos cautivos. En tales días el pánico se apodera de la gente. «Fulana tiene un hijo en el mar...» «Zutano no ha vuelto aún... ¡Alabado sea Dios! ¡Él lo traiga en paz!» Y las mujeres acuden á la iglesia; rodéanse los santos de tenebrarias, y el señor cura reparte palabras de consuelo y esperanza.





II

En una casucha que, valga la verdad, no apesta tanto á carroña como casi tódas las del pueblo, habitaba, en compañía de su marido, la señá Ramona, alias la *Mandila,* que olía á honradez desde una legua. La vivienda, de piso terreno y con alguna que otra gotera, sería pobre, pero en lo tocante á limpieza, punto en boca; porque allí las cacerolas podían servir de espejos para afeitarse, los bancos no tenían pegada una mala escama de merluza, las camas daban ganas de acostarse, y las paredes, eso sí, estarían ahumadas porque la co-

cina era de leña, pero de polvo y telarañas, ni rastro. Tales porquerías ni las podía sufrir la señá Ramona ni las toleraba su esposo, conocido en la vecindad por el apodo de *Tolete*, veterano de la marinería, que cifraba su orgullo en ayudar bien á misa, haber escapado de dos naufragios y vestir almilla limpia. Según la *Ramona*, en sus buenos tiempos había sido un rapazón como un trinquete, y si á manos para el trabajo vamos, no se conocieron otras como las suyas. Durante muchos años había navegado en un mal barco de cabotaje; pero, amigo, á fuerza de tiempo y de subir á las vergas, de coser remiendos al velamen y de embrear calabrotes, comenzó el cuerpo á pedir tierra, y esto, unido á que el reuma, según las trazas, estaba dispuesto á no dejarle coyuntura sana. *Tolete*, ya viejo, no tuvo más remedio que fondear tranquilamente en su casa, al lado de la fiel *Ramona*, que fué desde entonces la encargada de calafatear aquella carraca.

[illegible] era dueño de un bote, y aun [illegible], pero en realidad ya no [illegible] más que para tomar el aguardiente [illegible] y pasarse horas y horas



en nortear y leer en el cielo desde un picacho, para predecir luego el temporal ó la calma, y dar consejos á todo el mundo... siempre con las manos atrás, y la pipa apagada en la boca.

En una ocasión maldita, le atrapó en el mar una borrasca que le costó nueve días de cama, cosa jamás soñada por el pobre *Tolete*. Fué el caso que se le aferró un dolor en un lado del pecho que no le dejaba dar una vuelta en el catre.

—Escucha, Ramona,—decía,—¿no oyes la *regolución* que tengo aquí en los fuelles?

—Bien lo oigo, condenao... y Dios me lo perdone. Tienes los respiraderos cantando como el pote... ¡Quietecico ahí, sin mover una pestaña, y basta de parola hasta que yo lo mande!...

Por fortuna, un ladrillo caliente aplicado á la parte dolorida, y cuatro ó cinco pucheradas de un cocimiento de erizos de mar, bastaron para que á los seis días pudiera el enfermo sentarse en el lecho á fumar una pipa, abrigando el propósito de levantarse al menor descuido de la *Mandila*, la cual había tenido la precaución de esconderle la ropa.

—Arríame los calzones,—se atrevió á decir *Tolete,* cansado de buscarlos con la vista.

—Lo que te debía de arriar eran un par de chicotazos, ¡carcamal!... ¡Habráse visto *enfeliz* como este, que si doy un estornudo no para hasta el camposanto y *entoavía* piensa en maniobras!...

—Güeno, güeno... Ya que no hay voluntá, siquiera cierra el pico.

Y en escenas como ésta se pasaron el tiempo los cónyuges hasta que *Tolete* pudo salir á tomar el sol.

Dios no había querido complacer á este matrimonio en lo que se refiere á la prole. A raíz de casarse tuvieron un hijo; pero salió tan endiablado pillete de playa, tan travieso y aficionado á las correrías de la *rumia,* que en una de estas aventuras se lo tragó el agua para siempre...

Miró desde entonces el mar la señá Ramona, no como madre cariñosa que alimenta á los pobres, sino como enemigo sañudo, odioso, un asesino que acecha para matar. Mil veces había llorado contemplando la inmensidad del Océano, aquellas olas verdes que le habían llevado un hijo, y seguían allí cerca de ella,

bramando, escarneciendo su pena y adornándose con cresterías de espuma y reflejos de sol... Sin embargo, el mar, como si oyera las quejas de la *Mandila,* había procurado remediar la desgracia, enviándole *otro hijo,* un diablejo que alegraba desde entonces el pobre hogar de la pescadora.

Veamos cómo ocurrió el caso, á pesar de no ser de esencia en nuestro relato.

Un día, los pescadores de Rocamar presenciaron un espectáculo terrible. A eso de las dos de la tarde comenzó el mar á gruñir como un viejo socarrón que se prepara á hacer de las suyas, y á escupir con desprecio á todos los acantilados de la costa; luego, azuzado por algunas rachas de viento, extremó su cólera, haciendo uso de todas sus energías y violencias. Los marinos echaron una ojeada á las ligaduras de sus lanchas, presagiando desgracias; afortunadamente, mar adentro no había nadie del pueblo. A pesar de esto, la iglesia se llenó de mujeres provistas de la correspondiente tenebraria, para rogar al Señor que domeñara los arranques casi siempre luctuosos del Cantábrico; pero aquella vez

ni el señor cura, ni las compungidas devotas lograron que el monstruo depusiera su actitud destructora. No, al revés; una maldita ráfaga de viento desgoznó una ventana del coro, colóse dentro, y sopla aquí, sopla acullá, no dejó vela ardiendo.

No tardó en correr por el pueblo la voz de «barco á la vista»; y efectivamente, aunque con trabajo á causa de la lluvia, que era torrencial, veíase no muy lejana una embarcación, con la cual el oleaje se divertía á su capricho. Era un mísero patache harto de luchar, desarbolado y próximo á dejarse vencer; á veces desaparecía sorbido por un abismo espumoso, otras era expelido con fuerza; cabalgaba un instante en el lomo de una ola y volvía á hundirse desfallecido y acobardado.

Nada podían hacer en favor de los náufragos los valientes pescadores, que contemplaban la escena esperando el desastre inevitable. No pasaría mucho tiempo y el barcucho sería hecho añicos contra algún escollo, y al día siguiente el mar, tal vez meloso y reposado, arrojaría con indiferencia á las playas algu-

nos cadáveres, continuando siempre sus rumores alegres y su vaivén eterno.

Transcurrió una hora de incertidumbre. Cada vez que el buque desaparecía, las mujeres lanzaban gritos desgarradores, medio apagados por el mugir del viento. Acercábase cada vez más el barco á un arrecife conocido por *La pata del diablo*...—Ahí es la tuya,—dijeron tristemente algunos marinos. Y el patache permaneció un instante casi inmóvil, como indeciso; de pronto, una ola inmensa arremetióle por la popa, y entonces el desdichado, ciego, semejante á un caballo que tasca el freno, avanzó frenético hacia el peligro, como un suicida, estrellándose contra las rocas. Las olas, como fieras hambrientas, repartiéronse los miembros del cadáver, brutalmente desgarrados; cada cual se llevó lo que pudo, y todas se alejaron bufando. El mineral de hierro de que venía fletado el barco esparcióse por el agua, tiñéndole con tinte rojo. Los restos de la embarcación parecían trozos de un monstruoso animal descuartizado, flotando en un lago de sangre.

Al día siguiente, en un arenal cercano

á Rocamar, descubrió *Tolete* el cadáver de un viejo, y no lejos de él el cuerpo de un niño que no daba señales de vida. Dar con el hallazgo y ponerlo en conocimiento de las autoridades, fué cosa de unos momentos.

El juez, el médico, el cura y el alcalde, seguidos de un grupo de curiosos, acudieron al sitio donde yacían los náufragos.

Mientras *Tolete*, revestido de cierta autoridad, apartaba á los mirones, el médico se adelantó hacia el niño, quitóse el sombrero, arremangó los brazos y comenzó el reconocimiento. Todos los presentes notaron que la fisonomía del buen señor se animó al momento, y el asombro fué grande cuando vieron que se arrodillaba al lado del niño y que, después de forcejear hasta conseguir abrirle la boca, aplicó sus labios á lós labios cárdenos del cuerpo inerte y sopló con fuerza hasta ponerse rojo, procurando inyectar el aire en los pulmones de aquel desdichado. Ante tan extraño ósculo de la vida á la muerte, las mujeres se deshacían en lágrimas, y la señá Ramona vió á *Tolete* que, con la cabeza baja y las

manos atrás, se alejaba silenciosamente del grupo.

—¿Qué es lo que te pasa, probe?

—¿A mí?... ¡Na! ¡Más vale callar!... ¿Te acuerdas *del nuestro?*

Y lo dijo en voz baja, como temiendo romper el silencio de aquellas gentes, que hasta respiraban con lentitud. Sólo el mar, soleado y brillante, se atrevía á mostrarse allí bullicioso y perturbador.

Al fin, el náufrago dió señales de vida. Algunos movimientos palpebrales y un conato de suspiro, bastaron para que el médico dijera con voz cansada:

—Con este se puede contar...

Entonces, la ansiedad contenida, estalló en cuchicheos y dichos.

—¡Hijo de madre, que apenas nació y ya anda tirao á la arrebatiña *po* los arenales!

—¡Y qué tostao de la *itemperia* está el infeliz!

—¡Bendito sea el Señor que too lo puede!

El médico, entretanto, procuró hallar un soplo de vida en el anciano; pero fué empresa fallida. El viejo tenía ya el alma en otro sitio.

Bien atendido, envuelto entre mantas y harto de fricciones de vino blanco cocido con romero, el niño no tardó muchas horas en quedar más despabilado que un tordo y en decir al señor juez que él era de un pueblo de Galicia; que no



tenía padre ni madre, ni nadie en el mundo que le oliera á pariente, y que en el barco le habían recogido de limosna... Tomó informes el juzgado acerca de todo lo dicho por el rapaz, y como resultara cierto, en Rocamar se quedó *Nolo* (Manuel se llamaba) bajo la protección del cura, hasta que, con los corazones reblandecidos, la *Mandila* y *Tolete* se presentaron un día en la casa rectoral diciendo

que *Nolo* se vendría á vivir con ellos, porque el cielo y el mar se lo habían *regalado en vez del otro,* y en fin, que no había más que hablar... *Tolete* habló poco, pero acertado, y logró llevarse á casa aquella alhaja, parto de una ola...





III

Como á cosa de medio kilómetro de Rocamar, tierra adentro, estaba situada una quinta, que no era por cierto mansión lujosa, pero sí agradable y tranquila. Durante el invierno, y en ocasiones durante el verano, permanecía deshabitada, como sumida en un sueño.

Muchas veces, en la estación del año en que los árboles reverdecen, y á las flores les sobran aromas para dar á las brisas, la casa rejuvenecía, despertaba de la catalepsia, abriendo las dos ventanas

de las buhardillas y desplegando las maderas de los balcones, como si quisiera respirar el aire fresco del Cantábrico. En el jardín, muy abandonado, crecían diversas clases de vegetales, unos de hoja temprana, que rompían las yemas al primer aviso del sol de abril, otros perezosos, dormilones, á quienes sorprendía mayo desnudos ó mal vestidos, y algunos enclenques, anémicos, apuntalados, como inválidos con muletas.

Pertenecía esta posesión á la familia del señor Hermida, que vivía en Nuvareda, capital de la provincia; y la persona encargada de la limpieza y conservación de la finca, era la señá Ramona, en quien aquella familia tenía absoluta confianza.

Corría el mes de junio. El respetable *Tolete* hallábase sentado en un banco á la puerta de su casa, pipa en boca, yesquero de cuerno en mano, dando eslabonazos al pedernal, cuando llegó *Nolo* con una carta... Como el veterano recordaba haber entendido algo de letra en sus buenos tiempos, algún proyecto atrevido debió de surgir de pronto en su mente, porque dejó á un lado los avíos de sacar lumbre, entró en casa y se puso á

revolver y escudriñar en una arca lustrosa y sobada, en la que él guardaba la ropa y los papeles.

—¿Qué buscará ahí ese hombre?—dijo la señá Ramona.

—¡Los antiojos! ¿Sabes tú leer por causalidá?... Pos aquí quien tié que leer soy yo...

—¡El Señor nos tenga de su mano, y nos meta los torreznos en el hocico! ¿Pué que tengas la figuración de que en poniendo las vidrieras vas á arrebañar too el sentido de la escritura?... ¡Ya estás soltando esa carta, que será de *los señores,* y voy en un Jesús á ver al señor cura!

Como si cantara. *Tolete,* sin dignarse oirla, desenvainaba de una caja negra unas descomunales gafas de sólida armadura, sabiamente mullida con algodón para evitar que las narices sufrieran deterioro bajo el peso de tanto metal. Sentóse nuevamente el marino, y después de abrir el sobre y de colocarse aquel aparato delante de la vista, quedóse ceñudo y pensativo durante media hora sin quitar ojo del papel. Al fin, descolgó las gafas, levantóse, y entró en casa.

—¿Tas enterao, dotor?...—dijo con sorna la *Mandila*.

—¡Na! ¡Si se ice no se cree!—contestó *Tolete*.

Y dió un paseo por la habitación; luego, parándose al ver que la señá Ramona se caía de risa:

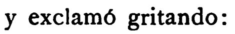
—¡Se ha de ver negro el señor cura pa calar toa esa letra encarnaa!... Me paece, me paece, que al comienzo hay así como una matemática de números... Ver, vi un ocho; pero no lo juro tampoco... ¡El demonio me lleve si el cura no ha de sudar como la tapadera de la olla!

—¿No te dije yo que ya se te había escapao toa la cencia?... ¡Más claro ni el sol!—dijo la *Mandila*, soltando carcajadas, mientras *Tolete*, andando lentamente, volvió á entenderse con su eslabón y su yesquero.

La carta, según dijo el cura, anunciaba la llegada de los señores de Hermida para el día siguiente. De modo que no era cosa de perder momento, y la señá Ramona se fué al instante á la quinta á sacudir polvo y ventilar habitaciones.

Llegó el día señalado, y la pescadora, llevando en la cabeza un cubo de agua

para dar la última mano de aseo á la cocina, llegó al jardín, atravesó el emparrado y penetró en la casa. Como á los cinco minutos, asomóse á un balcón,



y exclamó gritando:

—¡*Nolo*! ¡*Nolo*! ¡Menéate, so zángano!

—¡Voy volando, señá Ramona!...

Y apareció en el jardín el pillete, más vivo y alegre que unas sonajas.

En cuanto puso los pies en el camino enarenado, hizo varias zapatetas. Después el diablejo se descalzó una bota puerca y descalcañada, y con el andar cauteloso y el ojo avizor, dirigióse hacia un naranjo, en el cual se solazaba un enjambre de gorriones. El cazador avanzó de puntillas, hasta convencerse de que no erraría el tiro, y entonces ¡zas! disparó la bota.

Los pájaros, como burlándose de *Nolo*, fingieron asustarse, revolotearon unos instantes alrededor de las ramas, y algunos, más descarados, osaron cruzar el espacio,

casi rozando con las alas la cabeza del granuja, el cual dió un salto, exclamando:

—¡Ya caeréis, silbantes!...

Y corrió al sitio donde estaba el proyectil, colocóse de espaldas á él, apoyó las manos en las caderas, y muy lentamente comenzó á doblarse hacia atrás, hasta que, ya rojo como una amapola, logró apoyar las manos en el suelo y morder la bota. La voz de la señá Ramona tronó entonces.

—¡Pero qué hace aquel maldito allí retorcido!... *¡Nolo!* ¡Que te vas á descoyuntar, condenao!... ¡Aquí en seguida ó voy allá yo!...

Como si le hubieran asestado un garrotazo, *Nolo* cayó de lado, pero eso sí, con la presa entre los dientes.

—Voy á escape... ¡Diez!... No se pué coger ni lo que es de uno...

Enderezóse el rapaz hacia la casa, andando muy despacio y royéndose las uñas. Entró en el portal. Jamás había estado en aquella casa ni en otra semejante; así es, que al ver tanto lujo allí al alcance de la mano, se quedó alelado y entráronle ganas de acariciar los azulejos de la pared; pero cuando el asombro

rayó en estupor fué al ver encima de la mesa una bola dorada como el reloj del señor cura; miróla primero con respeto, después la manoseó como si halagara la cabeza de un perro, y por último, acercó la cara al metal y lo tocó con la lengua.

—¡Sabe á frío!... Señá Ramona,—dijo en voz alta,—¿no decía que veníamos á limpiar? Pos ya está tirándome un trapo.

—A ver si se menea usted...

Nolo miró y remiró la bola dorada, y en seguida en cuatro saltos subió al primer piso, abrió la puerta y colóse en un pasillo empapelado de azul.

—Señá Ramona, ¿hacia onde anda usté?... ¡Contra! ¡Y qué azulao está too!...

—Mucho cuidao con tocar en na, ¿me ascuchas? que estoy aquí... y güelvo á ripetir que ojo con las manos, ó habrá sopapos...

Aproximóse *Nolo* hacia donde sonaba la voz de la *Mandila*, y llegó á poner los pies en una salita en la cual vió dos espejos con marcos dorados, una consola de mármol blanco entre dos mecedoras, y algunos cuadros que representaban escenas de caza. Al verse por primera vez en su vida en un espejo de cuerpo entero,

comenzó á bailar el pillete; pero de pronto, como se hubiera pinchado un pie, dió un salto hacia atrás al fijarse en que pisaba la estera y salió al pasillo.

—¿Tendré yo que ir por usted?

—Pero, señá Ramona, si aquí no se pueden poner los pies... Too, too se güelve tela de vestidos hasta nel suelo!...

—¡Límpiate los zapatos, marranazo!

Concibió entonces *Nolo* una idea salvadora. Apoyó las manos en la estera, lanzó al aire las piernas, y así cabeza abajo y trocando en pies las manos, cruzó la sala y apareció ante la *Mandila,* que de puro pasmada no supo decir más que:

—Estás trabajando para que un día te fraña yo las costillas seo animal! ¡Habráse visto criatura más acercada á los empecataos del infierno!

—¡Calla!—exclamó el chicuelo sin hacer caso de la pescadora, fijándose en un hermoso piano de palisandro.

—¡Cuidao conmigo con que la idea te lleve á ponerte á la vera de esa música!

—¡Recontra! ¿qué música?—dijo *Nolo* encarándose con la *Mandila*—¿oye usté algo, señá Ramona?

—¡Cómo se ha de oir, atolondrao, si está escondía ahí adentro?...

—¡Ah, escondía!...

—Claro, hombre, claro,—dijo doña Ramona aproximándose al piano para impedir que lo hiciera *Nolo,* el cual pensativo, con las manos atrás, contemplaba el instrumento.

—¿No se te alcanza,—prosiguió la marinera,—que tiene que estar encerrada ahí, hasta que la señorita Ana, pongo el caso, saca con las manos toa la necesaria?...

—¡Diosla! Saque usté un poco...

—¡Virgen de los Remedios! ¡Dios me libre de poner yo la mano en ese tinglao á pique de que se descuajaringue! ¿Estás en tu juicio, hombre? ¡El demonio duerme en pocas pajas!...

—Oiga, ¿y dura siempre esa que está ahí metía?

—¡A mí qué me dices, *Nolo!*... Yo no sé más que lo que vi con estos ojos: la señorita siéntase aquí delante; alza esto de aquí y comienza á revolver y á enredar con los deos en unas cosas blancas que están enfiladas unas con las otras.

—¿Y na más?

—Y basta, en sabiendo la mecánica.

Doña Ramona fuese hacia el balcón, llevando al rapaz del brazo.

—Ó me cantan los oídos, ó estoy oyendo las campanillas de los caballos, —dijo.

—Como si las tuviera en la palma de la mano las oigo yo.

Y luego, dando brincos de alegría, dirigióse *Nolo* á la puerta; pero detúvole la *Mandila* para decirle con entonación severa:

—Voy á darte aquí una lición, para que no se te desapegue del celebro en jamás de los jamases... Delante de los señores mucho apretar los labios, esconder la lengua y no meter los deos en las narices... ¿Me escuchas? En cuanto lleguen quitas la gorra y como una estaca plantao... Bien; ahora hazte cuenta que la señora, ú quien dice la señora dice el señor, te manda á un recado... pos en un Jesús... y too sin chistar ni hacer la ginasia... ¿Ascuchas?

El cascabeleo del carruaje oíase cada vez más cercano. Una nube de polvo avanzaba por la carretera.

—¡La Virgen Santísima los traiga en

paz!—exclamó la *Mandila*.—Ya veo á la señorita haciendo señas con el moquero... ¡Ángel de Dios! Abajaremos, *Nolo*, y mucho ojo con lo dicho si no quies que mañana te resquemen las asentaderas...

Y entrambos descendieron al jardín. La ancha puerta abrióse de par en par, y un momento después dió paso á la carretela que conducía á la familia del señor Hermida.





IV

Para el señor don José Hermida, presidente de Audiencia territorial jubilado, no alumbraba el sol como para el mocetón que le servía de lazarillo por las calles y paseos de Nuvareda, capital de provincia, distante unas cuatro leguas de la costa cantábrica. Las oleadas de vida, el alimento espiritual que entra por los ojos, faltábale á él que vegetaba en su casa, desalentado y hambriento de luz, como un mendigo de pan. Hacía tres años que aquella alma estaba arrinconada en la sombra. Durante este tiempo, don José había sentido en sí germinar ideas nuevas, sentimientos extraños para él, tan poco dado

antaño á las cosas interiores. Unas veces era un remordimiento que osaba darle un lancetazo; otras un grito de rebeldía que elevaba la blasfemia hasta sus labios, y casi siempre un temor, una zozobra que le hacía pensar en una pendiente lisa y bruñida por la cual se deslizaba su existencia hacia un abismo, un sumidero negro, ignoto. Era aquello una eflorescencia de cosas tristes y feas, como la de esa vegetación que brota en los parajes húmedos y solitarios donde viven los hongos. Don José, á veces, procuraba ahuyentar estas miserias recordando escenas de su juventud que, no desteñidas aún por el tiempo, conservaban el color de las cosas alegres.

Pasaba casi todo el día en su habitación, sentado en una butaca: si era en invierno, con los pies abrigados por una manta de viaje; si era en verano, cerca del balcón, envuelto en su bata de seda vieja, una de cuyas mangas ostentaba una mancha de tinta á modo de galón. Allí había limpiado el señor Hermida, durante muchos años, su pluma que muchos tacharon de venal y sucia... ¡Cuántas historias rancias, fragmentos de una

vida lejana, aparecían en el cerebro del antiguo magistrado en esas horas de soledad! ¡Como un lince veía él, en aquel mundo *suyo*, cerrado á toda mirada ajena, en el cual no necesitaba lazarillo! Todo le era conocido. Veía su niñez, sus juegos en la escuela; por un lado asomaba el rostro del maestro, parecido á un macho cabrío de gran perilla; por otro, su padre, alto, fornido, siempre de capa con embozos felpudos color crema. ¡Y su madre! La veía viva, muerta, en la calle, en casa; recordaba sus vestidos, sus gustos, sus frases. Y no digamos nada de lo que se le aparecía al evocar sus mocedades y devaneos: las noches alegres en que había malgastado la salud entre las tinieblas de la borrachera y los placeres del amor carnal, noches de cansancio después de las cuales el cuerpo desfallecido caía en la cama hasta bien entrada la tarde. Y era en vano que el sol vertiera su luz por las calles... En la alcoba de don José se le cerraba la puerta como á un importuno que viniera á despertar al señorito. Parecía que estaba viendo á su madre entrar de puntillas en la habitación cuando

se acercaba la hora de comer, y oyéndola decir en voz baja: ¿duermes?... ¡Con qué gusto, después de levantarse, se remojaba el truhán en el agua purificadora de la palangana, y dejaba en ella el sudor del baile y las impurezas del rostro sobado por los besos de unos labios pintados! Una vez, al ir á lavarse, notó que sus dedos estaban cubiertos de un polvillo blanco y pegajoso. Por la noche había bebido mucho *chartreus:* era el azúcar cristalizada. En otra ocasión, su madre, después de cepillarle la ropa, llamóle aparte y le dijo: «Esta solapa está manchada con polvos de arroz. ¡Uf! apesta á mujer mala. ¡Por Dios, José, por Dios!...»

Cosas por el estilo veía el ciego mirándose á sí mismo. A veces incorporábase, tocaba un silbato de plata que llevaba pendiente de la cadena del reloj y acudía su esposa.

—¿Has llamado?

—Sí, sí... ¿Te acuerdas, Socorro, cómo se llamaba aquella muchacha que asistía á la tertulia de Fulana? ¿Aquella rubia que cantaba?... ¡Pasaron tantos años!

—¿Zutana?

—¡Eh! la misma... ¡Qué cabeza esta!

Y la buena señora, avezada á estas preguntas, volvía á sus quehaceres y el magistrado á sus recuerdos, después de suspirar con fuerte aspiración, como si quisiera orearse por dentro.

No salía el ciego de su despacho ni para comer. La mayor parte del tiempo pasábalo aislado, á pesar de vivir en compañía de su esposa y de Ana, su hija, que era una muchacha alta, de grandes ojos negros, único vástago que le quedaba á don José de los cuatro que doña Socorro había tenido. El enfermo buscaba la soledad. A las horas de comer, colocábanle un velador delante de la butaca, y Ana servía á su padre los platos, y luego el café. A veces el viejo charlaba con ella cariñosamente, y solía decir cuchufletas amargas relativas á su ceguera.

—¿Te acuerdas cuando en vez de llevar la cuchara á la boca la llevaba á las narices?... Ahora siquiera soy un ciego que sabe algo del oficio, ¿verdad? Dame un beso y vete.

Y Ana se retiraba enternecida.



Siempre había sido don José un calavera. Siendo aún muy joven, la herencia paterna entró en sus bolsillos y paró en ellos lo que el agua en una cesta; las mujeres y el juego se encargaron de dejárselos tan limpios como patenas. De los bienes inmuebles que formaban su patrimonio, sólo conservaba la posesión de Rocamar, de escaso valor y gravada con una crecida hipoteca. Como don José era hombre listo y bien relacionado, al verse sin dinero pensó en su carrera, y se abrazó á las leyes. Gracias á sus amistades, consiguió ser juez y luego magistrado, pasando la mayor parte de su vida administrando justicia, á su manera, con el mismo empaque y serenidad de espíritu que por las noches se iba á jugar á un círculo de recreo ó á ver una muchacha á cualquier tugurio. Contrajo matrimonio con doña Socorro, rayando en los cuarenta; y sobre poco más ó menos, siguió haciendo igual vida. Sólo la ceguera adquirida en la vejez consiguió detener el torrente impetuoso de sus malas costumbres. Ya podían los años, royéndole el cuerpo, envejecerle y consumirle: nunca le faltaron alientos.

Para el goce de este mundo tenía don José una idea consoladora: ¡no envejecían las mujeres! Siempre las encontraba jóvenes, frescas, nuevecitas. Podría acabarse esta ó la otra; pero el sexo sufría una renovación continua... Creía en la eterna juventud del eterno femenino. En cuanto al tapete verde, no había peligro de que se acabara, y el vino era también un fuego inextinguible... Reducíase, pues, la cuestión á ir reparando el propio edificio, tapando goteras, rellenando grietas, enjalbegando paredes; y en esto nadie ganaba en maestría á don José, que manejaba á maravilla toda clase de afeites, zumos y tinturas. Se veía en él un hombre restaurado, pero con arte. Era fama que alguna mujer había, en la flor de la edad, que conservaba amorosamente guardados rizos del pelo teñido del viejo verde...

Fué muy cruel la enfermedad con el señor Hermida, que en vano luchó y reluchó con brío insuperable. Aquel espíritu que hasta entonces dominara la materia, obligando al cuerpo á erguirse y á las piernas á afirmar el paso, sintióse de pronto blando y sin vigor; lo que no

pudo aherrojar el peso de los años, logrólo el mal, que en ocho días le apagó la luz de los ojos, descubrió mil lacerias enterradas bajo la pintura, y exhumó de entre la tinta una cabellera blanca, que todas las noches besaba Ana con labios cariñosos cuando acudía á la cabecera del lecho paternal, á dar las buenas noches al anciano.

—Estás mejor así, canoso, ¡todo blanco, todo blanco!... Te vas á reir... —le dijo Ana un día.

—No sé, hija,—contestó el ciego sonriendo.—La verdad es que nunca me he visto así... Mientras tuve vista siempre fué negro...

Parecía otro el magistrado. La transformación fué profunda. En vez de unos ojos vivos é inteligentes, quedáronle unos ojos opacos, tristes, como esmerilados; en lugar de cutis un pellejo; y en vez de pelo negro y lustroso, aquella nieve de la senectud que enfría todos los ardores y roba el calor del alma. Estaba más hermoso así, con la sublime belleza para el beso filial, para el amor de esposa anciana, para el cariño honrado de los suyos...

No en todo había cambiado don José. A los pocos meses de haber perdido la vista, servíale el desayuno una criada, admitida en la casa algunos días antes de tal desgracia. Incorporóse en la cama el enfermo, y extendiendo hacia ella los brazos, tratando de acariciarla, dijo:

—¡Ven, oye, muchacha!... ¡Eres la última, la última que vi!

Salió la sirviente corriendo del cuarto y encontróse con doña Socorro, que adivinando lo que pasaba, murmuró:

—¡Dios mío, Dios mío, siempre el mismo!

Y acercó á los ojos el pañuelo, un pañuelo siempre húmedo...





V

A pesar de la alegría juvenil de Ana, la vivienda de los señores de Hermida era triste. Don José, exhalando siempre los miasmas de sus melancolías, era como un foco corrompido que infestaba el ambiente; y doña Socorro, siempre resignada con su provisión de penas añejas, no disponía de un rayo alegre que iluminara las obscuridades de su rostro y las penumbras de su casa...

En los primeros meses de matrimonio, vivió engañada acerca de la conducta de su esposo; pero el primer vislumbre, el primer atisbo de la verdad desconsoladora, fué para ella un relám-

pago que hiere la vista... pero alumbra. Vió claro desde entonces. El relámpago dejó de serlo para convertirse en lámpara; huyeron las dudas, las sospechas, y doña Socorro en adelante vivió en continua excitación y desasosiego.

En las noches de invierno, mientras don José trasnochaba como de costumbre, sin acordarse del hogar, había en él una mujer desvelada, con el oído atento á todos los rumores, y que, muy experta en estas vigilias, conocía todos los ruidos nocturnos... «Ese es el gato que salta de la mesa... Esas son las pisadas del vecino»... Conocía bien la soledad doña Socorro; pero no la soledad apacible que robustece el alma haciéndonos pensar, sino la que produce inquietud y presagia desgracias... Sola, en horas de espera, había bordado tres marcos para nimbar con un recuerdo suyo los retratos de sus hijos muertos... ¡Cuántos sollozos que nadie oyó!... ¡Cuántas horas habían pasado aquellos ojos de madre fijos en los retratos, hasta que las lágrimas tendían un velo por la vista, empañando las imágenes adoradas! A altas horas de la noche íbase al lecho, rendida y angustiada,

porque la *delicadeza* de don José, no consentía tales insomnios.

—No faltaba más... Tú acuéstate tranquila...

Allá, cerca del amanecer, oía el rechinar de la llave en la cerradura, y respiraba con fuerza... Sí, era él; subía de puntillas; oíalo toser, ahogando la tos... En los años primeros de vida conyugal, cuando el lecho era común, solía llegar don José medio helado, tiritando.

—¡Caracoles y qué frías están estas sábanas!...

—Vente á mi sitio. Estás como la nieve, Pepe...

Y doña Socorro, apartándose á un lado de la cama, ofrecíale aquel calor de sus carnes. Él aceptaba siempre.

Dos hijos y una hija había visto morir. Junto al lecho, cara á cara con las enfermedades, les había disputado el terreno palmo á palmo. Sin rendir los ojos al sueño, sin dejar la lucha un instante, agotando todo el amor de madre, supo arrojar el fuego de su alma sobre las frialdades y los hielos que la muerte derramaba sobre sus niños, hasta quedar débil, vencida, murmurando oraciones al

lado de *sus muertos*... Tres veces soportó esta escena. Recordaba bien los hombres extraños que andaban por la casa; los amigos que venían con la cara triste desde la puerta de la calle; el murmullo de la gente que esperaba el entierro, y después, el dolor á solas, el llanto en la cama, el sueño profundo de los grandes pesares, y el horrible *buenos días* que al despertar le daba la realidad cruel... En estos trances rudos, en que hace falta el rescoldo de un corazón fiel y amoroso, don José había tomado siempre el partido de aislarse, desentendiéndose de todo. Encerrábase en su despacho, y en él permanecía horas y más horas como un sonámbulo, envuelto en las nubes de humo de sus cigarros, hasta que doña Socorro iba á verle y lo hallaba desalentado, con huellas de lágrimas en los ojos. Los tres ó cuatro días siguientes, retirábase temprano; pero no tardaba en volver á las andadas. Entre la charla en el Casino y las emociones del juego, aquel dolor sagrado se extinguía lentamente; iba poco á poco desalojando el corazón, subiendo á la cabeza, y allí quedaba como un tenue recuerdo, entre tantos otros pla-

centeros que atesoraba don José. No era así el corazón de su esposa, que más bien parecía un asilo de penas, abierto siempre para recibirlas, y sin un mal resquicio para dejarlas escapar.

Desde que Ana se había hecho mujer, de algún consuelo disfrutaba doña Socorro. A veces se la veía sonreir. Su hija había crecido en aquella atmósfera saturada de aflicción; pero no había presenciado Ana agitaciones y violencias entre sus padres, que tanto se graban y punzan en las almas infantiles. Don José era siempre *correcto,* á veces dulce en el trato con la familia. El mal que hacía jamás se tradujo en peloteras ni altercados. Ni una palabrota fea y brutal llegó nunca á los oídos de Ana. Doña Socorro veía y callaba, sin turbar nunca la paz con quejas ni reproches. Aquel hogar era como un océano helado, sin tempestades, sin borrascas, sin olas; pero con la frialdad de un carámbano inmenso.

A pesar de esto, el semblante de Ana era risueño. Los ojos eran un quitapesares; las mejillas eran tersas y rosadas, y aquella boca, que aun estando seria dejaba adivinar un escondrijo de sonrisas,

daban á su rostro gran animación y encanto. Ana no sacaba á relucir muy á menudo sus alegrías, porque le inspira-



ba temor y respeto la angustia oculta y mal disimulada que veía á su alrededor. Sólo en ocasiones, sentada al piano, abría de par en par las puertas de su alma al enjambre de diablillos revoltosos que había en ella. El pobre instrumento

había estado más de diez meses cubierto con un paño verde, respetando la enfermedad de don José, hasta que al fin un día, despojado de aquella vestidura que tan mal le sentaba, se descolgó murmurando tímidamente algunas melodías y acompañamientos suaves y tristones. Los galops alocados, las marchas arrogantes y jacarandosas, los pasacalles bullangueros entre cuyas notas se mezclaban antes las voces y los gritos de Ana, permanecieron olvidados en la papelera, como charlatanes amordazados. Un día el mismo magistrado, harto de tanta dulzura, dijo á la pianista, mientras ésta le servía el café:

—Pero, niña, ya que no puedo recrear la vista viéndote, no me regales los oídos con esas cosas tan serias y tristes... Toca algo vivo, vivo, como antes...

—Así quiero yo verte... Tienes razón. Desde mañana tocaré mis cosas...

Y salió del aposento muy contenta.

Y al día siguiente, después de revolver en el rimero de piezas musicales y de elegir una, sentóse al piano; y al ejecutar el preludio de una canción, en el cual se saboreaba la sal andaluza; cuando

con la cabeza levantada parecía recoger con los ojos la luz de aquella tierra, miró hacia un retrato de su padre que tenía enfrente, y pensando que su voz iba á romper, á hollar el silencio de aquella casa donde tanto se había llorado, calló: los dedos se le negaron á corretear por las teclas.

—No, no; en esta casa no,—dijo Ana riendo.—¡Pero lo que es en Rocamar! Allí todo, todo el repertorio...

Y cerró el piano.

Madre é hija salían poco de casa, porque no querían dejar á don José acompañado de criadas. De tarde en tarde, después de obscurecer, salían á las tiendas con el fin de hacer las compras necesarias. Estos esparcimientos eran del agrado de Ana, que sin ser aficionada al lujo excesivo, tenía, como todas las mujeres, su pizca de inclinación á los trapos. La vista de tantos colores; los cientos de cajas amontonadas en los anaqueles; el brillo de la sedería; las luces de gas; la cháchara interminable de los horteras; los saludos á la gente conocida que entraba y salía; las oleadas de tela que corrían por el mostrador, todo esto era

motivo para que Ana hablara más que de ordinario y oyera de buena gana los chistes de los comerciantes.

Después de una de estas correrías nocturnas, y mientras Ana se ponía el traje de casa y se arreglaba el pelo al espejo, doña Socorro, que descansaba en un sillón algo fatigada, dijo á la muchacha con acento de enfado bondadoso:

—Tengo que hablarte, y quién sabe si reñirte, Anita...

—¿Por qué, mamá?

—Hace días que tengo alguna sospecha, pero no se me ocurrió decirte nada... ¡Tiene una tantas cosas en qué pensar!... Vamos á ver, ¿quién es ese chico que no se quitó del escaparate cuando estábamos en el comercio y que luego ha venido siguiéndonos?

Aun cuando era su madre la que así le hablaba, Ana figuróse que le vaciaban el corazón con todos sus secretos en medio de la calle. Miró al espejo, y al verse muy colorada, avergonzóse más aún, como si la imagen fuese otro testigo más.

—Mamá, por Dios; no sé nada...

—Vamos, pues yo ahora casi lo sé

todo... Cuéntame la verdad, como siempre...

—Pues bien, sí,—dijo Ana con valentía,—te lo diré todo; pero créeme, no me atreví antes; quería y no podía...

Luego, arrojándose sobre su madre, la cubrió el rostro de besos, diciendo:

—Todo, todo te lo contaré con pelos y señales; pero ahora no; cuando estemos en la cama, á obscuras.

—Bueno; cuando tú quieras.

Y aquella misma noche Ana confesó con su madre, y salió á relucir todo, sin faltar un ápice. Dormían ambas en una alcoba pequeña, tal, que entre las dos camas sólo quedaba espacio para la mesa de noche. Podían hablarse en voz muy baja.

Cuatro meses hacía que Ana era novia de aquel muchacho que se llamaba Raimundo Osoro, y que no tenía ni fortuna, ni posición social; era muy joven, y acababa de hacerse abogado; pero en cambio era muy bueno, muy franco, y sobre todo, muy formal. Lo de formal, decíalo Ana subrayando la palabra á la cual daba ella gran importancia. Habíale conocido en casa de una amiga, y allí

solían hablarse, aunque no muy á menudo, pues de sobra sabía su madre que ella apenas visitaba á nadie.

En una pausa que hizo Ana para continuar su confidencia, se oyó la voz de doña Socorro, que saliendo de entre las mantas, dijo:

—El diablo son estas chiquillas...

Pero no fuera á creerse que Raimundo era como otros, no. Lo que es por la seriedad y buen juicio, parecía un señor de cuarenta años. Todos decían que era un joven de provecho, que de seguro llegaría á juez, subiría á magistrado... y á presidente de Sala... Y Ana figurábase á su novio trepando de escalón en escalón, hasta llegar al último peldaño de la escala judicial.

—Vaya con las niñas, vaya con las niñas...—murmuró doña Socorro; y luego dijo:—Vamos á ver, ¿y no recuerdas lo que te ha dicho tu padre acerca de ese joven amigo suyo que al parecer te mira con buenos ojos, y es rico, en fin, un buen partido?... Siempre obráis con ligereza...

—¿Habla usted de ese Numa Alvaredo?

—El mismo, niña... ¿No te parece...?

—Sí, recuerdo, recuerdo lo que me dijo papá en broma muchas veces... ¡Pero no puedo!... Con ese Numa, ¡ni cargado de oro!—exclamó Ana algo agitada.—Desde el café de enfrente me mira á veces como un tonto, y cuando viene á casa no me dice más que boberías... ¡Con ese, nada!



—Pero, niña...

—¡Si es que no puedo!... Ahora no coso en el balcón por no verle... ¡Qué quieres que haga!

Y hablaba emocionada, con voz temblorosa.

—Pues él te quiere, hija mía, y ya ves, como lleva tan buena amistad con Pepe, y como es persona de posición... Hay que pensarlo todo, niña, y poner con los cinco sentidos...

—No puedo, no puedo...

—Pues parece un buen muchacho...

—Dicen que es un perdido, un juga-

dor... No soy yo quien lo invento, mamá; lo dicen todos...

Debió de pasar entonces por la mente de doña Socorro el panorama de toda su triste vida, porque no contestó palabra.

—¿No te parece que hago bien?—preguntó Ana.

Y á esta frase siguió el mismo silencio.

—¿Te sientes mal, mamá, ó te da el sueño?

Y como nadie le contestara, Ana encendió rápidamente una cerilla. Doña Socorro, sacando las palabras á tirones de entre sus tristezas, dijo al fin:

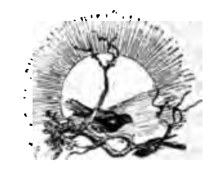
—No es nada, niña... ¿Decías que es un perdido?

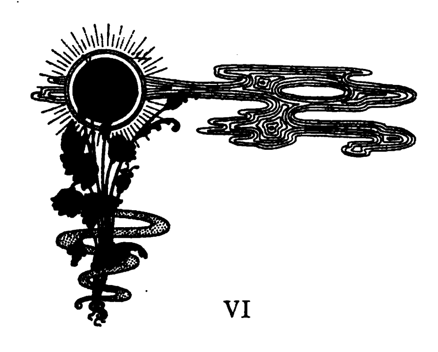
—Eso me han dicho... y es raro que siendo verdad sea tan amigo de las personas formales como papá; ¿no es cierto?

—Mañana hablaremos, Ana. Duérmete, hija, y descansa... Tengo sueño, mucho sueño...

Y mentía, porque después oró largo rato con toda la vehemencia de su alma; y pasó muchas horas presa de insomnio,

mortificada por un tropel de ideas; y vió la luz del alba que clareaba en los cristales de la galería, llegando muy suave y pálida hasta las rojas cortinas de su alcoba.





VI

Aquel señorito, don Numa Alvaredo, que algunas tardes iba á tomar café con el señor Hermida, era un joven como de veintiocho á treinta años, que olía á cigarro habano y á cognac Martel desde media legua; y además era alto, lominhiesto, fuerte como un roble; y lo que era mejor aún, estaba cargado de millones. Solía pasear á caballo por las calles de Nuvareda, y al traqueteo de los cascos de su potro en el pavimento amorrillado, salían á los balcones no pocas niñas casaderas, para recibir un saludo que Numa hacía con la solemnidad de un monarca aclamado por la muchedumbre. Sabía él, que así como se franqueaban á su paso muchas vidrieras, abriríanse también los corazones de aquellas chicas

al fuego de sus ojos y á la sonrisa protectora de sus labios. Contentábase, sin embargo, con la callada admiración que veía á su alrededor, y su divisa era pasar de largo. Sólo Ana le había hecho detenerse más de la cuenta, sin duda porque le hería la indiferencia de la joven hacia un seductor de tal prestigio y fama.

Alvaredo nada sabía de las relaciones de la muchacha con aquel pobre Raimundo, que sólo una vez al día osaba pasar por delante de la casa donde habitaba su amor. Era el de ambos un cariño tímido y hondo, que buscaba desahogo en cartas apasionadas llenas de juramentos, repletas de todas las esperanzas de los que creen en la realización de los sueños.

Un día en el café le dijo un amigo á Numa:

—¿Ves ese tipo?

—Sí... ¿por qué?...

—Por nada; ahí donde le ves es el novio de Ana Hermida.

Sonrió Numa como un dios, y dijo:

—Vamos, tienes ganas de *quedarte conmigo*... De lo que tiene facha ese es de colillero...

Mordió con fuerza su riquísimo habano, un manantial de aroma; y después de mirarse á un espejo con el rabillo del ojo y de arreglarse la corbata, continuó:

—¿Te parece á ti que así se deja vencer este barbián, cuando toma las cosas en serio?... Te has caído de un nido...

Decidió Numa aquella misma tarde visitar á don José, á quien el lechuguino admiraba por su historia, por su tiesura y gravedad. Vería á Ana de camino, y al ciego indicaríale nuevamente algo acerca de sus pretensiones á la muchacha, con más interés y vehemencia que lo había hecho otras veces. Las estrechas relaciones de Numa con don José, tenían su origen en asuntos de juego. El magistrado, más listo que Cardona, siempre había tenido al joven como un monigote muy pulido, sin maldito el pesquis: un señorito cursi de Nuvareda, que nadaba en oro. Lo que no se había ocultado á la perspicacia del viejo era la admiración, el respeto que él inspiraba á Numa, el cual, considerándole como un maestro, envejecido en la ciencia del mundo, se tenía por muy honrado no dejando

escapar ocasión de mostrarle su idolatría, complaciéndole en todo, con la sumisión y acatamiento debidos á la experiencia del gran veterano. Una vez conocido el flaco de Numa, don José no dudó jamás en penetrar cuantas veces fuera necesario por aquella brecha que le conducía hasta el bolsillo mismo del acaudalado petimetre. Sí; mil veces, después de jugar y perder, le había pedido dinero muy frescamente. Hoy mil pesetas, mañana cien duros, otro día quinientos. Durante mucho tiempo, el viejo disfrutó á su gusto de semejante breva. A Numa, que lo que menos le importaban eran los cuartos, tratándose de halagar su amor propio, bastábale la satisfacción de que todo el mundo le viera en confidencias con don José, pasándole la mano sobre el hombro; y en el afán de conservar tal amistad, dejaba correr el oro de su bolsa como el agua de un caño, sin ocurrírsele nunca desairar á don José, que era maestro consumado en estas pedigüeñerías, y él mismo se adelantaba á ofrecer una garantía cuando la cantidad era considerable: — «Porque somos mortales, amigo Numa». En fin, que no ha-

bía más remedio que agradecerle la confianza, por lo campechano, fino y llanote, y además, porque ¡qué diablo! era «hombre de arranque», como decía el pollo.

Pensando en el noviazgo de Ana con aquel pobretón que había visto en el café, fuése Numa al tocador de su casa, y allí, rodeado de esencias y pomadas, acicalóse lo mejor que supo; se pulió las uñas, frotóse los dientes con un cepillo, atusó y domó algunos pelos rebeldes del bigote; y después de mirarse al espejo de frente y de soslayo, empuñó el junquillo, encendió un veguero, y se plantó en la calle más gallardo y luciente que nunca. El día era hermoso, y hasta el cielo parecía sonreir de gusto por tener bajo su manto aquel mozo garrido, espejo y modelo de elegancia, en capital tan respetable y heroica como Nuvareda. En cambio el mancebo ingrato, sin pensar en bóvedas celestes, deslizóse con paso lento y medido por las aceras de sombra, hasta llegar al portal de la casa habitada por su amigote. Y pensaba entonces el señorito Numa:

—Pues no faltaba más que ese escribientillo... de eso tiene facha... se atre-

viera... Sería gracioso. ¡Bah! Pues no se hablaría poco en el pueblo... Y la verdad es que el tonto fuí yo en hablar á cuatro amigos de la frialdad de Ana... Y la verdad es que la chica me gusta... Y la verdad es que confío en don José... Y la verdad es que ese mequetrefe...

Y Numa siguiera diciéndose verdades, á no verse con el cordón de la campanilla en la mano. Tiró de él.

Un instante después estaban sentados frente á frente joven y anciano. Aquél, adorado aún por la naturaleza, que derramaba sobre él la esplendidez de sus alientos; y éste, mustio, envuelto en el desprecio de aquella madre, que, dándole un empellón todos los días, parecía decirle: «Estás de sobra aquí, hijo mío; bastante tiempo te otorgué mis favores... Deja el puesto á otros. Ahí tienes achaques, ahí tienes canas; hártate de arrugas y dolores; quédate sin luz...»

Parecía don José más cabizbajo que otras veces. Acababa de tomar café, y aun permanecía sobre el velador el servicio de porcelana, una botella de cognac y una copa. Fumaba el ciego un habano, y de tiempo en tiempo, agitando

el dedo meñique, quitaba al cigarro la ceniza, que caía en la alfombra como una cosa muerta. Una franja de sol entraba en el aposento. Ana había corrido la butaca de su padre, buscando el sol, hasta colocarla de modo que diera en los pies del enfermo.

—Bueno, hombre, bueno... Usted tan valiente, tomando el sol,—dijo Numa, por decir algo.

—Cariños de mi hija, amigo Numa, que se empeña en calentarme los pies... Lástima que no sintiera la luz como siento el calor...

Y guardó silencio. Luego preguntó al pollo:

—¿Y usted, qué tal? ¿Qué hay por el mundo?

Creía Numa, como muchas personas, que á los enfermos debe de hablárseles con la mayor alegría y despreocupación. Colocóse bien en la silla, agitó el junquillo, que nunca abandonaba, y soltó este párrafo:

—Pues nada... Ya ve usted... El casino tan cursi como siempre, los paseos desanimados. Lo que es de día no merece la pena salir de casa; créalo usted,

don José... En cambio, si viera usted... ¡vaya una mujer la tiple de la compañía de zarzuela!... ¿No le leen á usted los periódicos? ¡Vaya una garganta, vaya unas caderas, vaya unos movimientos! ¿Y cuando se arranca con las sevillanas? ¡nada! ¡el acabóse! querido don José... ¡Ja, ja, ja! (Aquí Numa dió con el bastón dos golpecitos cariñosos en los pies del viejo.) ¡Si usted la viera!...

—Eso ya no reza conmigo... Ustedes los jóvenes, los sanos, son los encargados de ese negociado, amigo Numa,—dijo don José, añadiendo luego:

—Vamos, tendré el placer de que usted me acompañe á tomar una copa de cognac...

—Ya he tomado, gracias... pero en fin, lo probaré.

Tocó don José el silbato que le servía de llamador, y no tardó en aparecer Ana. Saludóla Numa cordialmente, haciéndose almíbar, y contestóle ella, si no con displicencia, con tibieza, y salió en seguida á buscar una copa, que dejó en el velador, diciendo á su padre:

—¿Me permites que te corra la butaca? Ya no te da bien el sol...

Después que el anciano estuvo colocado á gusto de su hija, ésta preguntó:

—¿Se te ofrece algo más?

—Nada, chiquilla.

Y se retiró la joven, tan seria como había entrado, sin dignarse apenas mirar al Tenorio de Nuvareda.

—Amigo don José, tiene usted la muchacha más sensata y formal de la población... y la más hermosa,—dijo Numa. Y después cambiando de tono:—Pero vamos á ver, ¿qué motivos le habré dado yo á Ana para mostrarse tan seria y displicente conmigo?

—Cosas de niña... No haga usted caso.

—Es que me lastima eso, don José; me duele por venir de quien viene... ¿Para qué andar con rodeos?... Usted sabe lo mucho y muy seriamente que yo he pensado siempre en su hija,—dijo Numa, al parecer cada vez más exaltado.—Recordará usted las cosas que le he dicho en distintas ocasiones acerca de mis simpatías hacia ella... mejor dicho, de mi cariño... ¿No le he hablado á usted mil veces con el corazón en la mano? Yo siempre franco... ¿No le he dicho que

Ana era la única mujer capaz de hacerme feliz?... Yo siempre franco... Pues bien; cada día pierdo terreno, sin saber por qué. Ahora ni me mira de frente, don José; y la verdad es que esto me cohibe para venir á esta casa... Yo siempre franco...

—Cosas de niñas... Ya ve usted, á esa edad no piensan en nada serio,—murmuró el viejo después de sorber media copa de cognac.

—A mí, don José,—contestó el lechuguino con acento triste,—desgraciadamente, en este caso me parece que no le falta seriedad á Ana... ¿Usted no sabe que tiene un novio?

—¿Un novio?

—Me lo han asegurado hoy... Vea usted si tengo ó no razón para descorazonarme...

—Pero, hombre, no es posible... ¡Si apenas sale de casa!... Además, ¿dejaría yo de saberlo?...

Quedóse el ciego pensativo algunos instantes. Más de una vez Numa Alvaredo le había expuesto bien claramente sus preferencias por Ana, y él siempre había contestado: «Esas son cosas de us-

tedes». Pero en el fondo del alma anhelaba que el joven se entendiera con su hija. Semejante unión significaba mucho para el señor Hermida. En primer lugar, las deudas garantidas quedarían solventadas, como quien dice; además él libraría á su conciencia de un peso enorme, que aumentaba de día en día. Según avanzaba el tiempo, preocupábale más y más á don José la situación tristísima de su esposa y de su hija el día que él falleciera... Su herencia consistía en deudas; la viudedad que correspondía á doña Socorro era una bicoca, en el caso feliz que no fuera embargada para responder á los débitos... ¡Hermoso porvenir le esperaba á su hija, un ángel que nada sabía de sus dilapidaciones y que le amaba con el santo cariño que se tiene á un padre bueno; y para su esposa, la compañera mártir, siempre callada, sumisa, disimulando lacerias, ahogando penas, con resignación aterradora! Estas ideas lúgubres adquirían una densidad espantosa en el cerebro del magistrado, el cual, como hombre práctico, experto en sortear los escollos que en la vida le habían salido al paso, como egoísta empe-

dernido, buscaba el medio de expulsar de su alma la turba de remordimientos, resolviendo la situación de un modo halagüeño para todos. Siempre que su inteligencia planteaba tal problema, salía á colación Numa, que era una providencia, un asidero, una incógnita despejada, que lo aclaraba todo. Sólo él podía salvar á la familia. Las veces que el joven le había hablado de Ana, don José, tratando de ocultar su complacencia, no había buscado medio alguno ni camino que condujera al enlace de su hija con el ricachón... Eso nunca. Confiaba en su buena estrella, dejaba á la suerte obrar, ayudada por los encantos de Ana y la terquedad de Numa. Al tener, sin embargo, noticia de que un nuevo pretendiente se presentaba, como un espantajo, en medio de la escena, amenazando tal vez destruir sus proyectos, no pudo menos de experimentar gran inquietud y disgusto.

—Y ¿tiene usted noticias de ese muchacho?—preguntó al joven, saliendo de su meditación.

—Sólo de vista le conozco... Nada... Un abogadillo, sin posición, sin fortuna...

Hablo por referencias, ¿sabe usted?...

—¡Diablo de chicuela!—exclamó don José sin poder disimular la ira.—Me parece que habrá que atarla corto... ¡Ya lo creo! Porque á mí no me gusta que se me oculte nada, y le prometo á usted que todo se arreglará... ¡Vaya! Y si el pájaro quiere volar, yo me encargo de cortarle las alas... Felizmente no creo que habrá necesidad... No; ¡cosas de niñas! Ya verá usted como de aquí en adelante piensa de otro modo.

Y después, arrepentido de haberse expresado así, dijo sonriendo:

—Usted no ha probado el cognac... Pues no es de lo peor.

Siguieron hablando de cosas triviales, y al despedirse habló así el señor Hermida:

—Si por casualidad eso que usted me ha dicho resulta cierto, y la encuentro algo díscola, adelantaré el viaje á Rocamar, querido Numa, á ver si olvida á ese mentecato... ¡No faltaba más! En fin; ya le escribiré... y usted supongo que no dejará de hacernos alguna visita...

Lo mismo fué quedar solo el viejo,

y entrar Ana en el despacho, diciendo:

—Si mañana está el día tan hermoso como hoy, debes aprovecharlo para salir á paseo. ¿Te parece? Tanto estar sentado no puede ser bueno.

—Como tú quieras... Saldremos; tú has de acompañarme. De paso hablaremos como dos amigos...

Así quedó convenido. Aquella noche, antes de dormirse, pensó Ana cien veces en la frase de su padre, «hablaremos como dos amigos»; y sin poderlo remediar, sospechaba que había en ella un amago de ataque á sus quisicosas interiores, tal vez un atentado de Numa á la tranquilidad y sosiego de su corazón. Pensó en si turbarían aquel pobre amor, que había ocultado como cosa sagrada.

Durante cuatro meses, ilusión sobre ilusión, sueño tras sueño, había formado Ana en su pecho el nido del amor primero, como el pájaro hace el suyo, tejiendo y enmarañando hoy un hilo, mañana una hierba... Quizás peligraban sus horas de arrobamiento y de ensueños pasadas con la imagen querida en el rincón del alma, donde viven y mueren es-

condidos los sabrosos idilios de la juventud. ¡Amar á Numa, dejar á Raimundo!... Era lo mismo que arrancar de la pared de la sala el retrato de su padre y poner allí el de un cualquiera. No: las personas buenas no le exigirían un imposible...

Amaneció un día claro. A la hora en que Ana dejó el lecho, ya las riquezas del sol bajaban á la tierra, desde un cielo azul sin una bruma. Después de trajinar en la cocina, la joven salió al balcón, regadera en mano, y como de costumbre, roció con agua las flores que parecían colorearse y revivir bajo aquella lluvia fina y refrescante. Aun sentía Ana el temor á las palabras pronunciadas por su padre, «hablaremos como dos amigos»; pero la verdad es que al sentir en su rostro el aire libre, cobró ánimos como si el sol de la mañana trajera en su luz imágenes alegres y el aire le contara al oído cuentos muy sabrosos. Llegó á creer que su amor no corría peligro alguno. Todo estaba alegre y tranquilo. El vecino de enfrente salía á la hora acostumbrada, encendiendo un pitillo á la puerta de casa; en medio de la calle

había un grupo de criadas que reían y accionaban como locas. Ana se apoyó en el balcón un momento, y envuelta en las delicias del ambiente, sintióse acariciada por una ráfaga de dicha...

A la una de la tarde, hora señalada para salir, halló á don José más plácido y animado que de costumbre. Una vez en la calle cogióse suavemente del brazo de Ana, y dijo al criado:

—Tú vete detrás...

Vestía la muchacha un traje azul, sin arrequives ni ringorrangos, y empuñaba una sombrilla color crema, llena de caireles, y más fresca y risueña que el cáliz de una flor. Padre é hija caminaron despacio, hasta salir de la población, hablando de mil cosas. De vez en cuando, decía Ana:

—Si te cansas, dímelo.

Don José procuraba adivinar los sitios por donde pasaban.

—Ahora estamos en la plaza... Aquí á la derecha está el mercado... Ese ruido es el de la fábrica de don Fulano...

De este modo, llegaron á un arrabal del pueblo; y después de caminar un

rato por la carretera, el ciego se detuvo. El piso estaba seco y sin mucho polvo. Los árboles, desgarbados, sin hoja aún, no oponían gran obstáculo al paso del sol, que dibujaba en el suelo las sinuosas figuras de los pobres palitroques desnudos. En algunos, la hoja asomaba tímidamente su verdor por las yemas entreabiertas.

—Debemos de estar cerca del canapé,—dijo el ciego aludiendo á un largo asiento de piedra, para él lleno de recuerdos, que había al borde del camino.

—A cuatro pasos de aquí lo tenemos. Si te parece sentémonos... Lo que es hoy estarás rendido...

Sentáronse. Desde aquel sitio se veía amplísimo horizonte. Tenían delante de sí un paisaje lánguido y monótono; grandes tierras de labor, extensas praderas, cuatro ó cinco caseríos muy blancos, y allá muy lejos una sierra de montañas azules con crestería nevada.

—Aquí veníamos á estudiar de muchachos, cuando se aproximaban los exámenes,—dijo don José.—Ese castaño de Indias que debe de estar ahí al lado, le llamábamos nosotros el amigo de los va-

gos... porque nos daba sombra... ¡Qué tiempos!...

Y mientras Ana miraba con respeto la lozanía de aquel árbol que había prestado sombra á la niñez del anciano, éste, enfrascado en los recuerdos de su mocedad, permaneció callado hasta que preguntó:

—¿Está sano ese árbol, Ana?... ¿Tiene ya hoja?

—Comienza á brotar... Es un castaño muy hermoso...

—¡Cuánto viven, cuánto viven!...—exclamó tristemente don José.

Después de unos instantes, cambiando de conversación, dijo:

—Ayer hemos hablado de ti, Numa y yo.

Ana tembló de inquietud, sin poder remediarlo.

—Sí...—prosiguió don José.—¿Sabes que eres mala y severa, chiquilla? A Numa le tienes muy disgustado y muy triste...

—¿Triste?...

—Sí, hija, al menos eso me ha dicho... y allá él... Vamos, que el caso tiene gracia. Al verle tan desazonado, cualquiera

creería que le había sucedido alguna desgracia irremediable, ¡qué sé yo! Ahora, figúrate lo que me habrá chocado el saber por su boca que la causante de semejantes pesadumbres eras tú, loquilla. En fin, que es para reirse... El hombre está empeñado en que tú le pones la cara seria... y ahí lo tienes explicado todo...

—Me parece que tiene gana de broma ese don Numa... ¡Seria, seria! Como siempre. ¿Ó espera que me eche á reir en cuanto le vea? ¡Bah!

—Pues sí; le tienes preocupado. El pobre, la verdad, es un muchacho muy sensible y á ti te quiere, ¡vaya si te quiere! ¡Y pocas veces me lo ha dicho! por cierto que no recuerdo si te he indicado yo á ti algo...

—Sí, algo...

—Bueno, pues el chico, cada día se aficiona más á ti, y como es natural, le pasa lo que á todos los enamorados, que no ven la realidad y se imaginan cosas que no existen... Ya se lo he dicho yo: amigo Numa, usted no ve más que visiones. Ana no tiene motivos para mirarle con despego, muy al contrario, estoy

convencido de que le distingue á usted entre todos los jóvenes que conoce... Pues ¿querrás creer que no hubo medio de convencerle? Nada, erre que erre, que tú no le miras con buenos ojos, que le pones una cara que asusta, y en fin, —dijo don José haciendo esfuerzos para reir,—¿qué creerás que se le ocurrió?

—No sé...

—Pues bien... ¡que tienes un novio! ¡ja, ja!

Ana se puso roja de indignación, como si aquello fuera una delación vergonzosa.

—Sí, hija, un novio oculto, secreto; una verdadera novela, ¿qué te parece?...

—Me parece,—dijo Ana con entereza,—que tiene razón, que ha dicho la verdad...

No quiso mentir. Don José, al hacerse cargo de la confesión, volvió el rostro hacia su hija; y ésta, como si el viejo fuera á recobrar la vista de repente, y á expresar con los ojos su disgusto, dirigió hacia el suelo la mirada, mientras que sus dedos jugueteaban nerviosamente con los flecos de la sombrilla.

—¿Que ha dicho la verdad?... ¡Niña, niña! ¡Sin yo saberlo! Estás loca...

—Pues es cierto... Ya sabes que no sé mentir,—dijo Ana con voz agitada.

—Pero chiquilla, ¿tú ignoras la trascendencia de eso? ¿No sabes que has obrado mal... ¿me oyes? muy mal, al ocultárnoslo todo á mí y á Socorro?... ¿Acaso tienes tú la experiencia necesaria para decidir en asunto tan serio, el más grave de la vida?...

Don José daba á su voz una entonación cada vez más cavernosa y severa. Prosiguió:

—¿Sabes tú acaso la importancia que tiene para la mujer la elección del hombre que ha de acompañarla toda la vida?... Ese Raimundo, por lo que me ha dicho Numa, es un abogadillo obscuro, sin posición, sin nada... mientras que Numa...

—Dicen que juega,—se atrevió á decir Ana.

—Jugará por pasatiempo, como todas las personas acomodadas, hija. Ese no es defecto teniendo fortuna para ello... Pero en fin,—dijo el ciego procurando no dar importancia al asunto,—estoy diciendo

cosas y pronunciando sermones que no vienen al caso, porque todo eso, picarilla, no pasará de ser unos amoríos pasajeros, y á ti te sobran cordura y formalidad para no hacer caso de mequetrefes, y guiarte por lo que te digan tus padres... ¿verdad, loquilla?

Ana calló.

—Contesta, niña...

Contestó con un sollozo. Y luego dijo en voz baja:

—Por Dios, papá... Si es que le quiero...

—Pues hay que olvidar, olvidar,—exclamó don José con impaciencia.—Eres muy joven para querer al primero que llega...

Y diciendo esto se puso en pie el anciano, y siguió así:

—Vámonos hacia casa, y piensa bien lo que he dicho, hija mía, que no es más que por tu felicidad. En esta vida, no puede uno dejarse llevar del primer impulso. Es preciso tener valor, luchar, reflexionar mucho; y cuando no se posee la experiencia suficiente para vivir, como te sucede á ti, que has nacido ayer, es necesario dejarse conducir por nosotros los viejos, los maestros proba-

dos en el combate, niña... ¿Comprendes?

—Sí, papá...

—Pues basta por hoy. Dame el brazo, si no te fatigas... Dentro de unos días, lo más pronto posible, nos iremos á Rocamar... Y á ver si allí entras en vereda y no das un disgusto á este vejestorio... Ahora dame un beso.

Enjugó Ana con el pañuelo la humedad de los ojos, posó sus labios en la frente del anciano, y ambos enderezaron los pasos hacia Nuvareda: la joven pensando en sus cosas, y don José disfrutando del sol que le prestaba fuerzas.

Encerróse Ana en su alcoba aquella tarde, sacó de la cómoda la *caja de secretos*, buscó papel y pluma y escribió largo y tendido. A veces levantábase del asiento, daba una vuelta por la habitación, quedábase mirando los dibujos del papel que cubría las paredes, se ponía ceñuda, meditaba como un hombre de Estado, y volvía á la brecha, á la carta, con nuevos bríos. En una de estas interrupciones, después de empañar con el aliento uno de los cristales del balcón, escribió en él un nombre que borró en seguida... Y

vuelta á rasguear en el papel... Era preciso anunciarle á Raimundo el próximo viaje á Rocamar, pero sin decirle palabra de la escena que había tenido con su padre, ni dejarle comprender los pro-



yectos de Numa. En los momentos de agitación y de impaciencia, Ana tenía por costumbre juguetear con una sortija de oro que siempre usaba; y en ocasión tan grave, el anillo saltó de un dedo á otro cien veces en los momentos de vacilación, mientras la pluma descansaba en la mesa, hasta que al fin quedó en su

puesto, tranquilo y reposado... La carta estaba escrita como Ana quería, sin tachaduras ni enmiendas, y con toda la perfección sintáxica que sólo tienen las mujeres cuando hablan de amor.

Finalizada la peliaguda tarea, Ana abrió de par en par el balcón. Eran las seis de la tarde, hora en que pasaba Raimundo. Esperó, esperó con impaciencia tal, que miraba con tirria á todos los transeuntes que cometían el pecado de no ser *él*... «Vaya un tipo... ¡Cuidado con el tonto aquél!», decía Ana para sí, dando golpecitos con el pie en los hierros del balcón. Apareció el muchacho, y la verdad es que pese á todos los miramientos, y á despecho de las opiniones de don José, Ana, con el alma toda en los ojos, le besó con una mirada insistente, terca, muy honda, y no se quedó atrás el galán, que procuró sorber con la vista aquellos anhelos de amor, hasta que desapareció, volviendo siempre la cabeza.

Guardó la carta Ana para echarla al correo, y después intentó tocar el piano; pero volvieron á ella las ideas tristes, los presentimientos lúgubres, el miedo á la alegría... Y no tocó.

Nadie en la casa volvió á hablar á Ana de sus amores. Don José seguía aislado y solo con sus pensamientos, y doña Socorro evitaba toda ocasión de recordar á Numa, el cual dos ó tres veces más había tenido cabildeos con el magistrado, pero sin ver á la joven. Este silencio en torno suyo interpretábalo Ana como favorable á sus deseos; pero ocasiones había en las que el temor le embargaba de nuevo, y pasaba las horas abatida y quejumbrosa.

Un día al anochecer, don José dijo á su costilla:

—Mira, Socorro, lo mejor es que nos vayamos á la aldea mañana mismo. El tiempo no puede ser más hermoso, y yo siento ganas de marcharme...

—Así lo haremos si quieres.

Y aquella misma noche la casa se convirtió en un baturrillo. Los baúles mundos en medio de las habitaciones, los trebejos de la cocina invadiendo la galería, cuerdas que se arrastraban como culebras por los pasillos; aquí funcionaba la escoba, allá el plumero; cortinas que se venían abajo, armarios vomitando ropa, y al frente de tan complicada maniobra,

doña Socorro dando órdenes, y Ana, que estaba muy á su gusto zambullida y arrebatada por aquel torbellino de cachivaches que pasaban de mano en mano.

Los viajes encantaban á Ana, y cuando se vió en el coche reclinada en los almohadones, abrió la ventanilla para contemplar el paisaje de aquel camino tan conocido por ella. Mientras don José parecía dormitar, envuelto en el gabán, y doña Socorro leía, la imaginación de Ana hizo sus correrías por los campos; trepaba á un monte para visitar una ermita lejana; encaramábase á un vericueto tapizado de musgo; bebía agua en la fuente de un castañar sombrío... ¡Cuánta luz, cuánta hermosura, de la cual apenas nadie disfrutaba, vió Ana desde el coche! Lo que más le gustaba eran los bosques, no los de pinos tristes, sino los de encinas y robles de hojas bordadas, los de viejos castaños roídos, medio huecos, que sacando fuerzas de flaqueza chupaban á la tierra el jugo y lo convertían en el pobre fruto que nos ofrecen en sus últimos días. Apetecíale á la joven correr por las praderas, bien rapadas por la guadaña del aldeano, y lue-

go después, sudorosa y jadeante, tumbarse á la bartola á la sombra de un bálago de hierba. ¡Lástima no poder hacerlo! ¿Qué valía la casa de Nuvareda comparada con aquel caserón inmenso, del cual disfrutaban los pájaros?

El carruaje corría càda vez más. El cochero animaba á los caballos con gritos brutales, y mientras doña Socorro y don José dormían, Ana seguía desarrollando su monólogo:

«¡Cuidado que es grande todo esto!... ¿Qué harán allí aquellos aldeanos?... ¡Ah! están sembrando... ¡Pobre papá, que no puede ver nada!... Nunca vi sembrar. Dios, que está en todo, de seguro que está metido en la tierra recogiendo la semilla... Después dirá: Bien, ya que este año fuisteis buenos y oisteis misa, os daré mucho trigo, mucho trigo; pero con la condición de que habéis de pagar la renta al amo... cuidado conmigo!... La verdad es que mejor era todo para los aldeanos, que son los que todo lo hacen; pero Dios lo manda, y chitón, se acabó. Y dirá Dios también: Si os portáis bien este año, ¡veréis qué vacas tan gordas y qué cerdos os criaré!... En cambio, si

me dais un disgusto, os seco todos los plantíos, ó á lo mejor, hago de modo que caiga una nevada tan grande, que habrá que hacer suscripciones en los periódicos... ¿Qué hará Raimundo á estas horas?»

Entretenida en estos comentarios acerca de todo lo habido y por haber, y si á mano venía, enmendando la plana á la misma Providencia, á la muchacha se le pasó el tiempo volando, y comenzó á notar que el panorama cambiaba de aspecto. El paisaje verde, las tierras obscuras, recién labradas, el terreno fértil, había pasado poco á poco, diluyéndose allá lejos, apareciendo en su lugar los montes escarpados, muy escuetos y crespos, llenos de anfractuosidades, veteados con tintas azuladas. El cielo era más transparente y puro, el aire más fresco. Allí, muy cerca, respiraba el mar, inundando el espacio con la humedad de su aliento.

—Ahora, ahora pronto... en dando esa vuelta se verá,—dijo Ana en alta voz.—¡Allí está, allí está!...

Y despertó á doña Socorro, que abrió los ojos diciendo:

—¿Qué pasa, niña?...

—¡El mar, el mar!... ¡Mira!...

—Es verdad, sí... Pero me has asustado... ¡Qué azul y qué hermoso! Al fin estamos en Rocamar...

Comenzó el coche á subir una ligera cuesta. Se veía la casa. Asomó Ana la cabeza por la ventanilla, y en cuanto vió á la *Mandila* al balcón, agitó rápidamente el pañuelo.

Todavía la marinera ayudaba á doña Socorro á bajar del carruaje, y ya Ana, hecha una pólvora, había entrado en el jardín sin reparar en *Nolo,* qúe estaba en un rincón gorra en mano. Colóse en la casa como una racha de viento, abriendo puertas; todo lo anduvo y husmeó; y después de dejar el sombrero en una silla, salió con el pelo al desgaire encontrando en él portal á sus padres, á la *Mandila* y á *Nolo.*

—¡Hola, granujilla!... Doña Ramona, pero ¿es este el hijo nuevo de que usted hablaba en una carta?... ¡Ven acá, chiquillo!...

Nolo, tieso como un huso, se apartaba de ella sin decir palabra. Corrió hacia él Ana, manoseóle la cara, y á pesar

del brusco esguince del rapaz para desasirse, le plantó un beso en cada mejilla.

—Quite, que la empuerco...—se atrevió á decir *Nolo.*

—Creí que no tenías lengua...

—Le sobra la mitad, señorita,—interrumpió la *Mandila.*—Es más prea y malo que Caín... Mire, mire como le rebullen los ojos y qué pinta se le ve... Pero ¿ónde te has metido, maldito, que voy á tener que fregarte esa cara de gorrino, con perdón de los presentes?...

Nolo no chistó.

—De ese lavatorio yo me encargo... Mañana te meto en el pozo del jardín, ¿oyes?—dijo Ana.

—¿Se pué hablar, señá Ramona?—preguntó con gravedad el pillete.

—Si te dan el permiso y la autoridá...

—Güeno... ¡Quiero oir esa música!...

—El mismo demonio, mal año pa él,—dijo la marinera,—no se atreve á lo que tú, indino...

—¿Qué música es esa, *Nolillo?*

—La que está arriba metía en un armario...

Hasta que Ana prometió formalmen-

te sacar cualquier día á relucir la música misteriosa, *Nolo* no quedó satisfecho, y después de obtener la promesa, hizo unas cabriolas sin atender á las amenazas de la señá Ramona, y se alejó silbando.





VII

Pasaron días. Las delicias de mayo esparciéronse por la aldea, y había en los árboles hoja nueva y luciente; en el mar bonanza, murmullos dulces, y en el cielo mucha luz. Los marineros estaban contentos, y mientras la *Mandila* no se apartaba de sus señoritos y trabajaba en la casa, *Tolete* solía aparejar el bote y lanzarse al agua en compañía de *Nolo;* y tal maña se daban ambos, que raro era el día que no llevaban á don José pescado fresco, y á Ana una cestita de percebes, erizos, mejillones ú otros mariscos.

Nolo, á pesar de la severidad con que le amonestaba la *Mandila* por su desparpajo, ya no se mordía la lengua delante de los señores; antes bien, animado con la bondad y el cariño de Ana, andaba todo el tiempo que podía pegado á sus faldas como un perro de la casa. Tenían diálogos de este tenor:

—*Nolillo,* ¿cuándo me traes *bígaros?*

—¡Diez!... ¡Haberlo dicho... Volando!

Y sin atender razones ni esperar respuesta, echaba á correr, dando con los talones en el trasero, y al cabo de una hora volvía con la gorra llena de sabrosos moluscos. Ana se los engullía tranquilamente sentada en un banco de la huerta.

Cuando Ana observaba que *Nolo* tenía la cara sucia, cosa que era frecuente, le anunciaba un lavatorio en la alberca del jardín. Pero lo mismo era verla venir armada de pastilla de jabón y esponja, y ya *Nolo* ponía pies en polvorosa, y no era fácil darle caza, porque subía á los árboles con la rapidez de un mono.

—Baje usted ó llamo á *Tolete*...

—A ese no, que atiza...

—Pues al agua en seguida.

—¿Me ha de dejar *aoler* el jabón?

—Sí; pero antes hay que lavarte.

—¿Y si me pican los ojos ¡diez! como el otro día?

—No tengas cuidado.

Ana encaminábase hacia el caño, y *Nolo*, ya blando y convencido, bajaba del árbol, corría hacia ella, y al poco tiempo ya estaba desnudo de medio cuerpo arriba, con la cabeza envuelta en los copos de espuma que levantaban al frotar las manos de la joven.

—¡Dios, no apriete!... ¡Por los ojos no, que arden!—exclamaba *Nolo*, agarrándose al brocal, como si trataran de degollarle.

—Ya pasó todo,—decía Ana riéndose.

Y luego poniéndole la mano en el cogote, empujaba la cabeza del rapaz hasta tenerla cerca del agua; dábale tres ó cuatro chapuzones, soltábalo, y *Nolo* pegaba algunos respingos y corcobos como un perro de aguas después del baño.

—Ya eres otro, *Nolillo*... Ahora se te puede besar...

Un día púsose *Nolo* muy serio y sin mirar á Ana, mientras con un clavo se

entretenía en hacer rayas en la pared, dijo casi entre dientes:

—*Tolete* diz que yo no tengo rispeto á naide... y que falto á toos... ¿usted qué diz?

—¿Yo?—contestó Ana.—Que no te falta nada de eso, *Nolillo*.

—Lo mismo que digo yo, ¡recontra! Pero él arrea ca morrá á mano vuelta...

—¿Y tú qué haces?

—Saltar patrás, por si hay madera...

—¿Qué es eso de madera, *Nolo*?

—¡Diez, y no lo sabe!—exclamó el granuja estupefacto.—Pues la estaca, señorita, la estaca... Quiero soltar una cosa... ¿Dígola?

—Dí lo que se te ocurra.

—Quiero oir toa la música que usted tié guardada... ¡Ya está dicho! ¡Amuélate, *Mandila!*

—Bueno; pues la oirás esta tarde. Quédate por el jardín... pero cuidado con subir á los árboles. Cuando yo te llame, dentro de una hora, subes en seguida...

En tanto que Ana y el niño sostenían este palique, doña Socorro, no lejos de ellos, regaba sus plantas favoritas y las escamondaba con unas tijeras.

—¿Qué hace papá?—preguntó Ana.

—Ahora ha llegado el correo... sube, sube por si le hace falta algo.

Todas las tardes la joven leía los periódicos á su padre, sin perdonar el artículo de fondo; verdad es que, á veces, hastiada de oirse á sí misma frases que no entendía, pasaba por alto los párrafos más enrevesados y enigmáticos, sin que el ciego lo notara. En cambio, cuando tropezaba con el relato de un crimen espantoso, no perdía ripio.

Aquella tarde, después de terminar tan escabrosa tarea, dijo á su padre:

—Quisiera tocar un rato; ¿te molestaré?

—Nada, hija mía.

Salió al balcón Ana, y

—Sube, *Nolillo*; pero límpiate los pies.

Apenas terminó la frase, ya estaba el chiquillo en el gabinete. Sentóse en el suelo, á respetable distancia del piano, y dijo:

—¡Ahora toa la maquinaria!...

—¡Toda!

Levantó Ana la tapa que cubría el teclado, y observó la sorpresa de *Nolo*,

que creyó ver abrirse la boca de un animalote aterrador.

—¡La dentadura!—exclamó asombrado.

—¿Qué te parece?

—¡Por ahí canta! ¡Diez!—seguía *Nolo* como hablando consigo mismo.—¡Échala, échala, bocona!—dijo alegremente dirigiéndose al piano, como si éste le entendiera.

—Pronto la *echará, Nolillo,*—contestó Ana llena de júbilo, tomando asiento en la banqueta.—Vas á oirle; verás, verás...

Y la joven tocó, tocó con entusiasmo. Parecíale que bajaba á sus dedos un fluido misterioso, que pedía al piano acentos hondos, que dijeran algo sobre el amor; las teclas, electrizadas, respondían dócilmente, y vertían risas y lloros, que salían por el balcón abierto, atropellándose en el espacio y perdiéndose en las lejanías... El autor escogido al azar era Chopín... Ana olvidóse de *Nolo,* vivió en sí misma, oyendo notas, gozando de la hermosa sinfonía de su alma unida y enmarañada con el raudal de melodías que brotaba del instrumento... ¡Qué cosas decía aquella música! Era una voz ex-

traña que cantaba desde otro mundo, con arranques terribles que inspiraban al alma una fuerza brutal, un ardor sublime para amarlo todo. Parecía aquella voz la de un héroe, un personaje de músculos de hierro y alma tierna, que vivía escondido en un sitio ignoto entre las nieblas del misterio, y desde allí nos cantaba los milagros de su vida y las energías de su alma... A veces, este mistagogo hercúleo, que franqueaba caminos jamás soñados, como por arte endiablado de encantamiento, trocábase en un sér blando, risueño, que también sabía hablar del amor apacible y sonreir como un bendito. Y parecía entonces un buen señor, ameno y dicharachero, que le gustaba vagar por los prados, oler las flores y recoger con cuidado todas las cosas que se les ocurren, cuando cantan, á los arroyos y á los pájaros.

Zambullida Ana en aquel hervidero de notas, que revoloteaban á su alrededor, halagándola y dándole sahumerios de poesía, maldito el caso que hizo de *Nolo,* el cual, como un lagarto hipnotizado, se fué poco á poco arrastrando por el suelo hasta ponerse á la vera del pia-

no, con el oído pegado al instrumento... Después el muy zángano quedóse dormido al arrullo de aquel oleaje de armonía. Las cosas estupendas que *Nolo* vió en sueños, no son para dichas, porque jamás Morfeo inspiró á nadie epopeyas más espeluznantes, ni aventuras más extraordinarias... Vióse, ¿dónde creerán ustedes? vióse en el patache, en el cual había navegado antes del naufragio; pero ¡diez! todo estaba de otra manera. En primer lugar, el patache era de color rojo, todo rojo, arboladura y casco; en la popa había dos sillones muy grandes, y en uno estaba sentado un señor que tenía la cara como una gaviota, y empuñaba una larguísima y descomunal pata de ganso marino, con la que ¡arreaba cada zurriagazo á *Nolo!* El otro asiento ocupábalo gravemente *Tolete,* el cual, reniego del pecado, si no estaba vestido de sacerdote, y el muy animal echaba por la boca toda clase de sapos y culebras, como si nada le importara la vestimenta... El único marinero que había era *Nolillo;* él solo para todo el tejemaneje de á bordo... ¡y nadie echaba una mano!... Estaba lavando el suelo, y ma-

nejaba el lampazo con brío, bajo las miradas vigilantes del *señor gaviota*, cuando de pronto, el diablo, que no duerme, hizo que comenzara á oirse una música muy extraña en el mar; las olas cantaban cosas que daba gusto escucharlas, con un vozarrón que nunca se había oído... Dejó entonces la labor *Nolo*, y observó que sus compañeros estaban pasmados y medio lelos; y decía *Tolete* al *señor gaviota:* «Finómeno como éste, el demonio me lleve si lo han visto los nacidos... ¡Crístole! y desta, ó se acaba y embarulla el mundo too, ó yo no sé dónde tengo la mano derecha ni la zurda...»

Dejó de tocar Ana de repente, buscó al rapaz con los ojos, y vióle dormido al lado del piano; pero apenas se extinguió el rumor en la caja sonora estremecióse *Nolo*, se restregó los ojos, y dijo desperezándose:

—¡Diez! el mar cantaba cosas de sustancia...

—Ya ves *Nolillo*, lo que es esta maquinaria. ¿Te gusta?

—¡Si quisiera él cantar conmigo igual que con usté!...

—Acércate á ver...

El chiquillo oprimió una tecla con un dedo, y al ver que el piano no le desaíraba bailó como un loco.

—Ya puedes decirle á la *Mandila* lo que has visto.

—Que se amuele...

Estando en esto, Ana oyó claramente un toque de silbato dado por el ciego, y dejando á *Nolillo* acudió con presteza á la habitación del enfermo. Lo halló en la cama vestido; hablaba débilmente:

—Tengo fatiga, me ahogo Ana... ¡No sé qué es esto, Dios mío!... Hace días que siento una opresión aquí, aquí en el pecho... Llama á Socorro.

Angustiada la joven al ver la cara lívida y sombría del anciano, bajó al jardín á llamar á su madre, y un instante después *Nolo,* más veloz que un corzo, avisaba á don Laureano, el médico del pueblo. Llegó el buen señor, y encerróse con el enfermo para examinarlo atentamente, mientras doña Socorro y Ana se quedaron en otra habitación gimoteando.

Nolo, que andaba por la casa sin que nadie se fijara en él, comprendió que allí ocurría algo muy serio; aquello de venir

el matasanos tan apurado y meterse en el cuarto con el señor, no le daba buena espina.

—¿Qué hará con él don Laureano? —pensaba *Nolo.*—A lo mejor lo raja por el ombligo, le saca las mantecas, y ya está... ¿Pero y después?... Después ¡ris, ras, pun! le güelve lo mismo que estaba...

Y andando cautelosamente, logró acercar los ojos á la rendija de la puerta del aposento misterioso, teatro de operación tan espantosa; vió á don José completamente despechugado, y al médico que le arrimaba el oído encima del corazón... De pronto incorporóse don Laureano, registróse los bolsillos y cuando *Nolo* estupefacto, esperaba ver relucir la hoja de un cuchillo descomunal... sacó el estetóscopo que el rapaz tomó por una trompeta.

—¡Diosla, va á tocar!...

Sintió *Nolo* entonces una mano poderosa, que agarrándole por la trasera del pantalón, lo arrastró hasta las escaleras. Quiso protestar, pero le dejó mudo la cara iracunda de *Tolete,* que se acercó á la suya hasta tocarle casi con los bi-

gotes, por debajo de los cuales salieron como bocanada de fuego estas palabras terribles:

—¡Tas llamado á morir á mano airada! ¡Crístole!





VIII

—Veremos, veremos... Por ahora no es cosa de cuidado... Cada dos horas la cucharadita esa, y mañana Dios dirá...— dijo don Laureano, y se despidió de doña Socorro.

Apoderóse del magistrado un aplanamiento que le dejó sin pizca de energía. Amodorrado, vuelto hacia la pared, oía lo que hablaban en la habitación inmediata, oía el gargoloteo del caño del patio, murmurando el soliloquio eterno que había escuchado él en su niñez. La imaginación del enfermo, aguijoneada por la calentura, sacaba á la escena mil hechos heterógeneos y raros; tan pronto entablaba un diálogo con una persona á quien don José no había visto hacía mu-

chos años, como dejaba al interlocutor con la palabra en la boca para visitar y recorrer una población lejana. Aparecíansele á lo mejor rostros sonrientes, que se hundían en la sombra. Y estas visiones de panorama misterioso, mescolanza de realidad y sueño, no mortificaban, no herían al enfermo, el cual veía aquella pantomima de espantajos que le bailaban en la cabeza como cosa ajena á él.

Así pasó el magistrado la noche del día que cayó en cama. Al amanecer, doña Socorro le llevó un caldo.

—¿Qué tal se presenta el día?—interrogó el enfermo.

—Muy claro... ¿Cómo te sientes?

—Así, así... algo sofocado... ¿No podrías abrir esa ventana?...

—Puede ser malo, muy malo... el fresco del mar, Pepe... Cuando venga el médico le preguntaré...

Aproximó don José la taza á los labios, y después de beber un sorbo de caldo, quedóse atento como quien escucha. Oíase el tañido de una campana que venía de lejos.

—¿Qué día es hoy, Socorro?

—Domingo... tocan á misa de alba.

—Verdad, verdad... Estoy en babia.

—Procura dormirte un rato... Ana y yo iremos á esa misa. Entretanto aquí quedan *Tolete* y Ramona por si algo se te ofrece...

Doña Socorro abrió la contraventana, y la claridad de la alborada acoquinó la luz que ardía en un vaso colocado encima de una silla.

Un instante después el enfermo quedó solo. La campana seguía tañendo á lo lejos, sembrando por los campos los ecos de su voz que llegaban á oídos de don José, amortiguados, sin sonoridades alegres, como ecos de un lamento, como suspiros cansados de recorrer el espacio en busca de un oído amigo. El ciego escuchaba como si un antiguo conocido le hablara en voz baja, de cosas para él muy olvidadas. Aquella voz le llamaba á misa, y él hacía muchos años que no había oído ninguna... Á pesar de su desvío, la campana le había llamado año tras año, con el mismo cariño, con amor idéntico. Todas las mañanas aquel tañido triste que era una súplica tierna, salía de la iglesia y corría, corría, atravesando el aire, deslizándose entre los ruidos del

Cantábrico, y no paraba hasta llegar casi sin alientos, hasta la alcoba del magistrado para decirle: «¡Eh, arriba! yo soy la de antes, ¿no te acuerdas? Todos los días al rayar el alba me cuelo en este cuarto; á veces no te encuentro; andas por sitios lejanos adonde yo no llego; pero me consuela el pensar que otras compañeras mías te llamarán como yo, donde quiera que estés. Hoy, en cambio, sé que estás aquí, sé que me oyes, y que me desairas, que desprecias mis consejos volviéndote hacia la pared... ¡Cuántos años de súplica! ¿Quién te dice que he de perdonarte?»

Sintió don José viva inquietud y dió una vuelta en la cama. La voz continuó diciendo quedo, muy quedo: «¿No te acuerdas cuando eras niño, y dócil á mi acento venías con tu madre á mi iglesia?... ¡Cuántos años pasaron y cuántas cosas tristes! Recuerdo aún, como si fuera hoy, cuando tú subías al balconcillo del campanario acompañado del tagarote del sacristán, que te enseñaba á repicar... ¡Y poco me has tirado tú de la lengua, haciéndome decir mil disparates que sacaban de sus casillas al señor cura!... ¡La

verdad es que parece mentira, Pepe, las vueltas que da el mundo!... ¡Cuántas veces volteé alegremente al impulso de tu mano de niño! ¡Parece que te estoy viendo; eras un chiquillo ágil y espigado, que trepabas por la escalera, tirabas de la cuerda, y llamabas por mi boca á los pescadores de Rocamar, para congregarlos en la casa de Dios! ¡y hoy, qué diferencia! Parece un sueño... Eso de que tú, el incrédulo, el indiferente, el hombre mundano, hayas sido en un tiempo tan sumiso á mis ruegos, tan dócil á mis consejos, me parece imposible... Yo siempre aquí, atada á mi hogar, canta que canta, toca que toca, dando al aire mis regocijos, murmurando mis penas, y tú, en cambio, ¡el diablo sois los hombres! corriste el mundo, olvidásteme, como si no existiera la pobre campana de la aldea, que para ti no tiene más oficio que alborotar el pueblo y quitar el sueño á las gentes... Yo sigo aquí, ya ves, siempre igual, llamando, llamando á los devotos... ¿Qué quieres? ¿No es verdad que tengo razón al quejarme?»

Sintió el ciego una agitación, un estremecimiento como si le asaltara el mie-

do. Se revolvió en el lecho, y entre la obscuridad que le rodeaba, vió claramente el campanario de la iglesia, y oyó la voz que le hablaba desde lo alto de la espadaña. De pronto, la voz delicada se convirtió en un vozarrón rudo, que vomitaba cosas tremendas, doblando lentamente: «Estás viejo y enfermo, y aun no piensas en las cosas que más te importan, desdichado. Has gastado la vida; y dentro de poco tendrás que entenderte con la tierra y con Dios... Fíjate en tus años pasados, examina tu conciencia, si aun la tienes, y mira á ver si hallas un asidero para tu alma... Piénsalo bien. Aquí no termina todo... Si vas al jardín y coges un puñado de barro, puedes decir: esto es mi cuerpo, pero no mi alma. ¿Oíste tú á Dios decir que aquí terminaba el drama de tu espíritu? Sólo bajo su palabra pudiera creerse eso... Tal vez morir es nacer en la eternidad. Tú creerás que la materia no se pierde nunca, como dicen los sabios; que nada es inútil, que todo cambia y se transforma... Esa vela que se agota, ¿adónde va? ¿qué fué de ella? En el universo quedan sus partes; no lo dudes. Ahora dime, ¿por qué ha de ser

menos un alma que una vela?... ¿por qué crees en la eternidad de una piedra, y no en la del espíritu?... Quisieras tú que todo se extinguiera aquí; que la tumba aniquilara todos tus pecados, para hallar en la nada el eterno descanso... La fe que niegas á Dios la tienes en la nada... ¡La nada! Créeme á mí: no existe. En todas partes hay algo. En la naturaleza todo es movimiento, energía, *algo,* y sin embargo, tienes esperanza de zambullirte en lo que nunca has visto, y crees que ha de darte el descanso, apagando tus remordimientos, matando tus dolores, consumiendo tus ideas, y destruyendo tus picardías. Mírate bien, y no te fíes de ti mismo, que otros más linces que tú vieron flores donde sólo había cardos. Desconfía de ti, porque el inventor de la mentira es el hombre. No creas en quien puede equivocarse; cree en Dios, que te habla desde mil partes, y si te estremeces de espanto pensando en la historia de tu alma, piensa en esta casa, donde aún no te hemos olvidado... Acércate, hombre, acércate; eres ya muy viejo, estás hecho un vivero de achaques y de alifafes, por lo cual no me negarás

que es cosa de pensar en la muerte. Más vale un por si acaso, que un quién lo creyera. Si te presentas ante quien ha de juzgarnos á todos con ese bagaje de pecados de todas clases y categorías, desde luego te digo que estás aviado, Pepe, y que mal año para ti; porque de nada han de servirte tu aplomo y hábitos mundanos, en que siempre has sido un maestro; así es, que haz lo que te digo, y ya que te sientes resbalar hacia el sepulcro, ruega á Dios, pídele con fervor la suavidad de sus bálsamos, y no te guíes por tus locuras. Tienes un camino recto y seguro, que es la oración... ¡Orar! ¿Sabes lo que es eso? Es dirigirse á Dios, es hablarle... En el fondo del alma hay unos ojos, Pepe, que pueden ver á nuestro Padre. Orar es ver con esos ojos, es despojarse de pensamientos terrenales, y dejar que el alma pura y sola suba hasta el Creador, para verle y adorarle... ¿Recuerdas?... Viviste ¡ay! al ras del suelo, pastando vicios, y educaste á tu alma como una esclava de tus placeres carnales... ¡Qué lástima da ver unas alas entumecidas!... Además, ¿no te avergüenza tu egoísmo? ¿Has pensado cristiana y no-

blemente en el porvenir de tu hija, el día que Dios te llame á sí? Tu obra fué esta: en vida hiciste una mártir, y á la muerte harás dos pobres...»

Un sudor frío humedeció la frente del magistrado; sintió opresión en el pecho, y haciendo un esfuerzo, sentóse en la cama, buscó el cordón de la campanilla, y después de tirar de él, reclinó la cabeza en la almohada. No tardó en oir las pisadas de unos rudos zapatones, que pretendían ser ligeros y suaves; después presentóse en la habitación *Tolete,* con la pipa en la boca, y una blusa muy limpia, que olía á jabón. El sol alumbraba ya claramente la estancia.

—¿Manda algo, don José?

—Nada, *Tolete;* siéntate... Llamé por si acaso... no estoy tranquilo...

—Na, en total... Dentro de dos días se ha de ver el señorito como un roble.

—Dios te oiga, *Tolete.*

—¿Pos no ha de oirme, don José? ¿En qué día vivimos?... Hoy domingo, güeno. Lunes, martes... Pal miércoles ya estamos andando por la carretera palante, con la fiambrera en una mano, y unas lágrimas de vino en la otra... ¡y ande que

preste! ¿Se acuerda, don José, de aquellas langostas que nos zampábamos solicos, después de dar un *saleo* pol agua?

—Eran otros tiempos, *Tolete*...

—Pero siñor, á este tiempo otro le arrea, don José... Si el hombre, es un decir, se siente estremecío, y por mor de una laceria le tembla una pierna, ¿tá bien que el hombre temble too él como la pata? Una cosa ¡recristole! es la pata y otra el individuo... En fin, yo me entiendo, y si se me salió de la boca alguna animalada, no es chocante; porque como icen son más los burros que nacen que las albardas que se hacen... No sé si me habrá entendío... En resúmene: na de melecina, y como decía un capitán mío, con aire limpio en el pecho y güena tajada en el pellejo se marcha viento en popa...

Y *Tolete*, después de propinar al viejo consejos tan sabios y profundos, se dejó caer en una silla muy satisfecho. Don José volvió hacia él el rostro, y la verdad es que el marino quedó sorprendido. Nunca había visto al señorito tan demacrado y alicaído. Aquellos ojos sin vista parecían dos ventanas cerradas, detrás

de las cuales un alma prisionera pugnaba por asomarse.

—¿Y si me muero, *Tolete?*—dijo el enfermo.—Yo nunca tuve la vida en peligro, ¿oyes? Y ahora ¡quién sabe! Estoy muy débil... Tú ya *la* has visto de cerca, ¿no es verdad? ¿De qué te acordabas, qué sentías?...

—Déjese de esos pensares y no haga caso del celebro, que siempre da en lo peor... ¿Qué tien que ver usté, ahí en la cama, conmigo cuando andaba pol mar?

—Dime, contesta, ¿qué pensabas?...

—Bah, señorito, ¡pos en Dios!... y en la *Mandila*... ¡Cristole! paecía que allí estaban los dos conmigo, de tan fijos y claros como yo los veía en la cholla. Júrolo. Paecía que los dos me decían á un tiempo: ¡hala, *Tolete,* aférrate á ese madero con las uñas, hombre, miá que la mar es el mismo demonio en persona, y cuando se empeña en dar de beber á la gente, le cura á uno los cólicos pa *sicula siculor*...

—¿Dices que Dios te animaba?—dijo don José;—¿le viste tú?

—Tan claro como esa luz que da en la ventana... Estaba allí con la *Mandila,* mientras yo braceaba pol mar...

—De modo que tú estás seguro de que hay un Dios...

—Acabara de verle de broma como antes, señorito... ¡Güena siñal es!—interrumpió *Tolete* alegremente.—Cuando yo digo que el miércoles ó jueves nos zampamos una...

—No es broma, *Tolete*... Hay hombres que no creen en Dios...

Quedóse *Tolete* pensativo, con la pipa ladeada en la boca, y luego dijo:

—Basta que usted lo diga, y ahora me ricuerdo oir hablar de tierra de moros... Pero acá, por la costa, en jamás oí tal... Blasfemas, sí las soltamos, porque too el mundo se acalora, y entonces el pico charla cuando el corazón no lo manda... y así va ello...

—Pues es cierto, *Tolete*, hay hombres para todo...

—Cosas de desocupados, señorito... Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo espanta moscas...

Don José no contestó. Habló consigo mismo un buen rato.

—¿Tardarán mucho en venir de la iglesia Socorro y Ana?—preguntó al fin el enfermo.

—Ni dos Jesuses. Don Gregorio despacha toa la misa volando...

—Tú no la has oído...

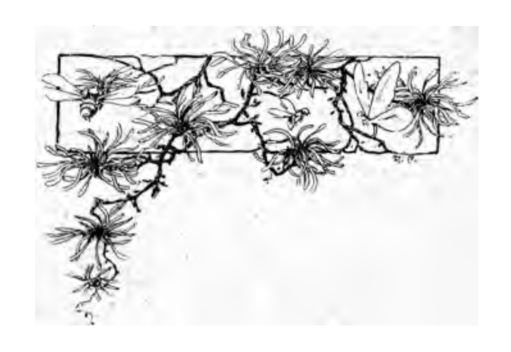
—No, señorito; pero cuando el hombre tiene la intención... Alguno se había de quedar en casa.

—Mira, *Tolete*... Y ¿el médico cuándo vendrá? Esto va de mal en peor...

Incorporóse el marinero, dió un paseo por la alcoba murmurando entre dientes:

—En seguida, don José... ¡Cristole con las melecinas y los facultativos que se usan!





IX

Las dolencias de don José se agravaron lentamente. El médico no ponía muy buena cara, y aunque no esperaba un próximo y rápido desenlace, hablaba de una afección cardiaca, y luego claro, «los años, los pícaros años»...

Una tarde, mientras doña Socorro descansaba, quedó Ana al cuidado de su padre, sentada cerca de la ventana, que tenía las maderas medio plegadas, oponiéndose á que se colara como Pedro por su casa en la triste alcoba, toda la alegría de afuera, esparcida por el aire, por la arboleda y por el mar. De todas estas galas de la Naturaleza, sólo tenía entrada en el cuarto una franja de luz, y ésta no en todo su esplendor, sino

después de dejar parte de sus fulgores en la muselina de una cortinilla blanca. No se oía en la casa más ruido que las pisadas de *Tolete,* que subía ó bajaba la escalera. Estaba envuelta la vivienda en esa tranquilidad y sosiego de la aldea, en medio del cual se oye sin cesar un continuo rumor que viene de todos lados, la voz de los campos en el verano, que convida á soñar, al arrullo de helitros que se rozan, refunfuños de abeja, charlatanerías de hojas que chocan, canto de grillos y cigarras, y de mil animalejos que parlan, chillan, retozan y cantan que se las pelan, bañados en luz, saltando de hierba en hierba, volando de flor en flor, probando aquí el néctar de una corola, deslizándose allí entre el césped, y disfrutando al aire libre del amor ardiente bajo el amparo del sol.

Más de una hora hacía que el enfermo estaba amodorrado, respirando fatigosamente. Removióse en el lecho al fin, y dijo:

—Es insoportable este calor... ¿Estás ahí, Ana?

—Aquí estoy, papá. La habitación está á media luz. Fuera hace un sol que abrasa.

—¡Pobres enfermos, hija!... ¿Y Socorro?

—Se ha tumbado un rato á descansar. ¿Necesitas algo?...

—Sí. Necesito que continuemos aquella conversación... ¿No te acuerdas?—dijo don José, sentándose en la cama.—Colócame una almohada detrás de la espalda... ¡He pensado unas cosas, chiquilla! Hablaremos, hablaremos... Estos médicos no entienden una palabra, y se me figura que esto no lleva trazas de acabar... digo, de acabar sí... sí...

Hizo una pausa el viejo, en tanto que su hija le arreglaba las ropas del lecho, y prosiguió:

—Me paso el tiempo con la cabeza llena de cosas tristes, niña...

—Pues dentro de unos días estarás tan valiente como antes,—interrumpió Ana vivamente.—Lo que debes hacer es no pensar tanto, tanto... Los hombres siempre imagináis lo peor...

Calló Ana al notar que le temblaba la voz con la emoción. El ciego entonces se volvió hacia ella.

—¿Qué es eso, Ana, lloras?... ¿Estás convencida de que me muero, eh?—dijo

con exaltación.—Tú tiemblas... No puedo verte llorar, pero lloras... A ver, pronto, háblame tranquila, serena... No me coge de sorpresa... Yo también lo creo...

Haciendo un gran esfuerzo la muchacha, dió á su voz una entonación casi jovial.

—No digas tonterías... ¡Pues bien me acordaba yo de llorar!...

—Ven, me habré equivocado; dame un beso,—repuso con calma el viejo.

Y cuando tuvo á Ana al alcance de su mano, logró humedecer sus dedos con las lágrimas que habían dejado rastro en las mejillas de la joven.

—¿Ves? Querías engañarme. Has llorado. ¿Por qué? Bien lo sabes tú... ¡y yo también, chiquilla! A los viejos no hay quien nos engañe... ¡Dios mío, Dios mío, todos convencidos, todos!...

Después de unos momentos de silencio, don José siguió hablando:

—Sí; las cosas alguna vez han de acabarse. Lo sé yo como el primero... Lo que conviene ahora es pensar en ti y en Socorro, que sois las que quedáis. Tienes que armarte de valor, Anita... Siéntate, y óyeme, que ya es hora...

Tengo remordimientos, niña... A ti te parecerá mentira... Y es que no me conoces, no me conoces.

Oía Ana á su padre, sin atreverse á decir palabra.

—Algo me cansa el hablar, Anitilla; pero hay que hacer un esfuerzo... Tengo el deber de aconsejarte, de remediar ciertas cosas, ¿oyes? ¿Te acuerdas que poco antes de venir á Rocamar, hemos hablado de asuntos muy serios?... Pues bien; no olvides que me sobran razones para insistir... Tengo el deber de velar por ti, que eres una niña, y mañana te quedarás sin padre... Por eso te he dado consejos que ahora te recuerdo de nuevo...

Interrumpió el ciego su discurso para toser y carraspear; seguidamente extendió una mano huesuda y blanca hacia Ana, y prosiguió:

—Antes de venir me habló Numa de ti, muy formalmente, y ya sabes lo que él pretende... Si yo tuviera, Ana, la seguridad de vivir muchos años aún, no trataría de convencerte... Pero las cosas empeoran... Sí; esto más huele á botica que á jardín de flores... He prometido á

Numa darle noticias de tu resolución, y óyeme bien, esta resolución quiero dársela cuanto antes... ¡sé yo que urge; hoy mismo, ahora, antes de que sea ya tarde... y yo me muera con un tormento, un tormento horrible!—exclamó don José con todo el vigor que pudo.

Nada contestó Ana. En el hablar de su padre, comprendió que venía sobre ella una avalancha de amarguras, y quedó anonadada.

—Dime algo, niña... serénate. Quiero que sepas que tengo motivos poderosos para aconsejar ese enlace...

Don José esperó unos instantes á ver si su hija hablaba, y luego, comprendiendo que nada oponía á sus ruegos por delicadeza y respeto, continuó aclarando sus ideas:

—Tú verás como más adelante me lo agradeces... Hoy te costará trabajo comprender el por qué contrarío tus sentimientos... pero la vida es así; hay que meditarlo todo... El primer impulso siempre es malo, si no viene á confirmarlo el razonamiento frío y sereno... Así como hoy quieres á *ese chico,* mañana amarás á Numa... Debo darte alguna explica-

ción... No quiero que me creas un tirano, que manda y ordena por capricho. ¿Me oyes?... Hay motivos, hay causas que piden esa unión... ¿Me oyes?

—Sí, sí,—balbuceó Ana.

—Bien; así me gustas... Valiente y serena... Déjame descansar un rato. No me siento mal, pero me canso.

Calló el enfermo. Ana dirigió la mirada á la luz de la ventana. En el jardín cantaban algunos pájaros. La joven oyó la voz de *Nolo* que también cantaba allá fuera.

No pué ser hoy,
no pué ser hoy;
y mañana
no me da la gana,
no me da la gana,
no siñor...

Perdióse la voz á lo lejos como la de un pájaro que pasa, y Ana sonrió leve y tristemente acordándose de aquella alma de niño fresca y risueña.

Reanudó don José su discurso, diciendo así:

—Entre las muchas cosas que tú ignoras, las hay que deben seguir desconocidas para ti; pero otras hay que me

veré obligado á revelarte, para que nunca creas que si yo me opongo á tus deseos, lo hago fundado en fútiles motivos. Ten valor para oirlo... El día que yo falte será terrible para vosotras... seréis muy pobres... Nada os queda, nada os dejo... ¡Dios mío, Dios mío, qué dolor!

Sintió Ana dentro de sí una fuerza heroica que le dictó estas frases:

—La miseria... Bueno, no seremos las únicas. Pero tú no te morirás... No tengo miedo.

—¡Cállate, niña!... ¿Y tu madre? ¿Y mi conciencia?... ¿Por qué no evitarlo? ¿Quieres ver á tu madre vieja y pobre?... No, no hay remedio... Numa te quiere, es rico y bueno... te pido en el nombre de ella, de Socorro, que aceptes... Sí. Hoy escribiré yo á Numa... Quiero morir tranquilo; quiero que nadie sufra por mí... ¿Oyes? ¿Qué dices?—exclamó el ciego con extraña agitación, clavando en Ana sus ojos de estatua.

—¡Dios del cielo!—exclamó la muchacha sollozando,—mamá y yo...

—No perdamos tiempo, contesta, obedece...

—Mamá y yo, viviríamos aquí, en la aldea, con nada...

—Esta casa es de Numa. Nada os queda. ¡Nada!... ¡Y yo me ahogo!...

—¡No, no!—gritó Ana temblando, ardiendo de amor.—Tú, aquí con nosotras... Tú, no te mueres...

Y sin saber lo que hacía saltó hacia la cama, y una bandada de besos filiales que palpitaban en su boca, salió volando á posarse en la frente del anciano. Allí, abrazada á él, hablando con lágrimas y llorando con la voz, vertió sobre su padre la esencia del alma, el cariño de hija. La ternura de Ana brotó de sus labios, convertida en frases, en palabras incorrectas y cortadas; y lo que era inefable, lo más sutil y hondo que elabora el corazón humano, y que nada tiene que ver con el lenguaje, salió también en el efluvio de los ojos, en el color de las mejillas, en el ardor del aliento. Hablaron en voz baja, como dos niños escondidos.

—Haré lo que quieras, todo lo que quieras...

—Lo sabía, niña; tenía confianza...

—Pero no digas cosas tristes; no

pienses en la muerte; ¿me das palabra?...

—Ahora estoy tranquilo... De esta me pongo bueno, Anita... No sabes lo que temía morir así... sin dejar arreglado...

—Bien; ya está todo... Haz lo que quieras. Lo que siento es haberte disgustado... ¡Qué mala he sido!... Mira, yo tiemblo; no sé qué me pasa. ¡Qué loca estaba, qué loca!...

—Me has quitado de encima un peso enorme, niña... Hoy escribiré á Numa.

—Bueno. Ya ves; estoy tranquila...

Comenzaba á obscurecer cuando doña Socorro entró en la alcoba á relevar á su hija. Al salir ésta del cuarto, oyó decir al enfermo.

—Dentro de un momento tenemos que escribir una carta, Socorro...

Salió Ana á la escalera para bajar al jardín. En aquel instante, parecióle sentir que á través de su alma dolorida se filtraba suavemente una placidez consoladora... Desde el último tramo de la escalera oyó hablar, y se detuvo. La *Mandila* y *Tolete* cuchicheaban en el portalón, y el veterano, á veces, levantaba el gallo:

—¡Pa no hacer caso de mí, como si

yo fuera una burra, más valía que me tiraran al agua atao por el piscuezo!... ¿Pa qué vale el sentío de la sesera, sino pa ver lo que está cantando de puro claro?... Yo ya di mi dictámene ¡crístole! y no quiero ya decir na... ¿Que así, que asao, que esto y lo otro? Bien; pues *Tolete,* con la lengua metía entre los dos carrillos, y los dientes apretaos... ¡Boticarios, facultativos, melecinas (*Tolete* contaba por los dedos). ¡Por vida de!... ¡Le matan como hay Dios en los cielos!... Y cada vez que lo pienso, siento que me andan los humos del cuerpo de aquí pa allá, y en final... que entre ese matasanos y tanta cama, lo llevan al barrio de los calvos, ¡crístole! ¡Y al burro de *Tolete* no lo cree nadie!...

Y decía la *Mandila* en voz baja:

—Pero ¿quién te ha de creer y oir esos rebuznos, manguanazo?... A ver si hablas con más rispeto de don Laureano y de toos... ¿Quién eres tú mas que un probe calzonazos, que no...?

—¡Calzonazos, no!... Y no me metas las narices por la cara, ni acerques el morro pa razonar, ¡recrístole! porque un día disgraciado, te como hasta las asa-

duras... ¡A buena parte!... ¿No me oyes decir que estoy que ardo?... Pus calla, rispeta y no tientes...

—Chist, abaja el gallo, maldecido...

—Digo con la voz que me da la gana, que aquí no hay competencia, como decía un capitán que tuve...

—¿Qué quiés dicir?...

—¿Ves como tienes la mollera desocupada?... Pos quier dicir, pa que lo sepas, que don Laureano tien lo que no debía tener, y no tien... Vamos á ver si se te alcanza... Hazte la figuración de dos lanchas, una cargada de bonitos, y otra de cencia y sabiduría... ¡Pos don Laureano va en la primera! ¿ta explicao? ¡Ahí duele!





X

Dejando á *Tolete* y la *Mandila* enzarzados en el diálogo anterior, Ana salió al jardín, y sin darse cuenta de lo que [illegible] frondoso, obscuro, [illegible] cobijado por unas [illegible] tupida. La ventana [illegible] completamente [illegible] estaba allí [illegible] de fuego.

[illegible] que las frases [illegible] penetrado en el [illegible] arrasando todo [illegible] el ídolo de su [illegible] á sí misma, [illegible] todo abajo, [illegible] dentro una soledad [illegible] donde posar una

mirada tranquila. Hacía pocos días, aun tenía en sí un oasis de color de rosa. En aquel mismo banco había visto ella cuadros distintos, de matices alegres. Ahora parecía que la claridad de antes no volvería á lucir: era aquello un ocaso horrible: la despedida de un sol que no volvería jamás... Cerca de ella estaba el caño del agua, medio seco en aquellos días, arrojando en la alberca el agua gota á gota. Todo lo que veían sus ojos, envuelto en las negruras de la noche casi cerrada, habíale inspirado otros días pensamientos halagüeños, ideas dulces; y ahora... todo, todo, árboles y brisas, despedían sobre ella efluvios tristes. Nada había allí que le sugiriera algo animoso y consolador... ¡Qué cosas había aprendido Ana por boca de su padre, á quien tanto respetaba y quería, pese á sus mandatos dolorosos para ella!... Era necesario obedecer, obedecer siempre. Las flores y los pájaros obedecen á Dios; ella á su padre... ¡Qué días la esperaban!... Había dado palabra de olvidar á Raimundo, de querer á Numa, y esto... parecía una cosa mala, á pesar de mandarlo su padre... Pero era necesario; las razo-

nes eran evidentes, tremendas... La miseria de su madre, la vejez sin pan... No había otro camino... Y sin embargo, no podía menos de repetir mentalmente: «Es una infamia». Y pese á los reproches que se hacía á sí misma, y á despecho de todos los consejos paternales, tenía dentro de sí un diablillo nervioso, insubordinado, salvaje, descarado, que se oponía á todo, que osaba decirle sin cesar desde un rincón del cerebro: «Eso es malo»... ¿Tendría ella dentro un espíritu pecador? ¿Sería aquélla la voz del diablo? ¿Sería el espíritu malo, aquel de que hablaban los curas, que siempre está incitando las almas á la perversidad y al pecado? Recordaba Ana que ella, en su niñez, cuando en la calle aprendía á decir palabras feas, las repetía constantemente á su pesar, sin poder reprimirse, y acordábase también de un día que sin poder ahuyentar de la cabeza esta frase: «Muera Dios y viva el diablo», entróle un miedo espeluznante, y corrió desolada al regazo de su madre á contarle tan horrible blasfemia. «Reza, reza, Anita, le dijo entonces doña Socorro riendo; eso pasará rezando ó jugando.» ¿Sería lo de



ahora algo semejante? ¿Por qué aquella voz no acataba la orden superior? Todo era un misterio, todo era inexplicable. Quedó como helada de pronto. El pensamiento de Ana, cansado de revolotear, chocando siempre contra paredes duras y frías, descendió fatigado, alicaído, á las cosas vulgares, y ya sin rumbo, desorientado, como una golondrina perseguida, evocó mil tonterías y futesas, con un relieve insuperable. Sacó á luz con todos sus dibujos y colores escenas del colegio, en las horas que ella jugaba con las chiquillas bailando en corro, y cantando la historia del pajarillo muerto. Vió claramente á un hombrón de boina azul, que hablaba siempre con su criada, y que una vez le dijo á ella: «Cuando tengas diez años más, ya no seremos amigos, Anita.» Un día, en la escuela, la besó en la boca un señorón de ojos sanguinolentos, y Ana al sentir la humedad de aquellos labios, se echó á llorar, limpiándose la boca. «Es muy arisca esta chiquilla», decía la maestra riñéndola. Acordóse del dibujo de una alfombra de la sala donde se sentaba á oir los cuentos del aya, y de un enorme reloj de pared, cuyo ruido

le infundía gran miedo si se quedaba sola en la habitación... Recordó las primeras palabras cruzadas con Raimundo, luego quiso recordar su rostro, y sólo vagamente lo conseguía... Volviendo á pensar en su amor ahogado, lloró en el jardín, cada vez más sombrío... El agua seguía cayendo gota á gota del caño, las cigarras cantaban alegres, y entre aquel cuadro negro de árboles sombríos, la ventana del cuarto del enfermo alumbraba cada vez más, y seguía allí mirando, mirando... El aire del mar había refrescado el jardín. Ana, de pronto, sintió un vacío en la cabeza, como si se le acabaran las ideas; sintió frío luego, y amedrentada y nerviosa, al verse sola, iba á llamar, cuando oyó pasos en la arena que se dirigían hacia ella. Era *Nolo,* que venía hablando solo.

—Si yo mandara en too, habían de icir que siempre tenía razón... pero como no soy na, ahí está... ¡Qué oscuriá!... ¡Enenseguida va á estar aquí la señorita... y toos emperraos en que sí!...

—Aquí estoy, *Nolillo*...

—¡Diosla!... No se ve gota... Ande, que la llaman arriba...

—Voy... Dame la mano... ¿Qué has hecho esta tarde que no te has dejado ver?—dijo Ana con voz débil.

—Lo de siempre. Achicando la lancha del morral de Bastián... Dimpués salí á las varas pa hacer estrobos... y en seguida me dió dos patás *Tolete,* por llegar tarde...

—¿Te han mandado buscarme?

—Ni más ni menos... Too lo manda *Tolete..* ¡Como tien mal genio!...

Ambos se dirigieron á la puerta de la casa. *Nolo* charlaba por los codos acerca de los pescozones de *Tolete;* Ana iba callada, oyendo á medias la cháchara del granuja.

Dormía la joven en el segundo piso de la casa. Subió la escalera apoyándose en el pasamano, porque sentía á veces gran debilidad que la hacía creer que no tenía cuerpo, y que sólo la cabeza andaba por el aire. Al llegar al pasillo del primer piso, que estaba obscuro, vió allá en un rincón una claridad débil que aumentaba gradualmente. No se dió de pronto cuenta de lo que era, hasta que vió iluminada la nariz y el bigote de *Tolete,* que chupaba en su pipa. La visión

sumióse pronto en la sombra. Desde que don José estaba en la cama, el veterano no se separaba de la casa. De día, con las manos atrás, discurría silenciosamente por los pasillos y galerías, bajaba al jardín, subía, todo sin hablar palabra; de noche sentábase en un banco del pasillo, cerca del cuarto del enfermo, y allí, entre tinieblas, como un alma en pena, fumaba, sin que se notara su presencia más que por el ruido del eslabón ó por el resplandor del fuego de la pipa. Lo mismo era ver al médico, en el cual no creía, que decirle rudamente:

—¿Escampa ó no escampa?

—Veremos, veremos...

—Na hay que ver, ¡crístole!... El jueves ó el viernes ha de estar sano como un coral ó...

Y creyendo que el médico estaba matando á don José, hallábase convencido, sin embargo, de que el jueves saldría con él á dar un paseo... Con estas ideas volvía á sus tinieblas.

Pasó Ana, como decíamos, por delante del marino, entró en el cuarto de su padre á dar las buenas noches, y al retirarse, dijo á doña Socorro:

—Me voy á la cama... No tengo ganas de cenar...

Entró en su dormitorio, alumbrado por la luna, y se asomó al balcón que estaba abierto. Vió á lo lejos algunas casuchas del pueblo. Contempló las nubes del cielo, la ardencia del mar, y después de un rato, molestada por una gran excitación, se sintió mal, comenzó á mezclar el paisaje de la noche con las ideas del cerebro, formando un amasijo extraño, una mescolanza de cosas materiales y del espíritu. Parecíale que en el aire flotaban sus penas, que los jirones de aquellas nubes eran cosas tristes de la imaginación; que el mar era un enemigo perturbador, horrible, y que ella flotaba también solitaria por el espacio, viendo sombrajos, campanarios, estrellas, tejados, arboledas enormes cubiertas de negruras... Sintió un escalofrío que la hizo dar diente con diente... ¡Qué horror!—exclamó Ana. Y como empujada por un miedo espantoso, cerró de golpe el balcón, y se tumbó en la cama vestida. Tuvo mucho frío, y quedó medio aletargada. En medio de tal congoja, acordóse de escribir á Raimundo, «para termi-

nar». Pero no pudo. Además, ¿para qué?

Y estando Ana entregada á tal baturrillo de pensamientos febriles, oyó golpear en la puerta suavemente. Acordóse de que había ordenado subir á *Nolo* para darle la carta, y dijo:

—Pasa...

—Ya estoy aquí... Venga el papel.

—Enciende luz, *Nolo*... Me siento muy mal. Avisa...

Después de revolver en el cajón de la mesa de noche, encendió *Nolillo* una vela, y vió á la señorita en el lecho. Tenía la cara sonrosada, los ojos brillantes.

—¡Diosla! ¿Ice la señorita que está mala? ¡Si está encarná, y los enfermos son blancos!... ¡Como no los haiga de toos colores!...

Dejó la vela en la mesa; bajó *Nolo* á llamar á la señora; pero al abrir la puerta del cuarto de don José, detúvole *Tolete*, diciendo:

—¿Adónde vas, sinvergüenza y cochino?... Atrás, que aquí no entra naide sin que yo quiera. ¿Tas figurao acaso que estás en el arenal? ¡Crístole!... Estoy hasta la coronilla de ver entrar aquí pazgüatos y faldas, y entavía voy á hacer

un picadillo de ti y too el que se presente...

Hervía *Tolete* de indignación. Cavila que cavila en sus soledades, había llegado á convencerse de que allí sobraba todo el mundo menos él y la señora. Lo que le traía á mal traer, era la presencia de una criada gorda que había venido de Nuvareda con los señores. Cada vez que se tropezaban, *Tolete* mascullaba algún dicho.

—¡La pandorga esa de la ciudá!...





XI

Todos en la casa andaban de puntillas. *Tolete* vagaba por los rincones mareado, como si tuviera en la cabeza todo el oleaje del Cantábrico. La *Mandila* y doña Socorro iban y venían de un lado á otro, atortoladas, y *Nolo* en el patio, se entretenía en ver navegar en la alberca barcos de papel. Ana, presa de una fiebre nerviosa cuya intensidad había alarmado al médico, permanecía en la cama delirando á ratos.

No tenía tiempo doña Socorro para fijarse en sus dolores. Nerviosa y agitada, extrayendo fuerzas, por arte del amor,

de las debilidades de su organismo, atendía á los enfermos sin darse punto de reposo. Tenía dentro de sí un mar de lágrimas estancado.

Llamóla aparte una mañana el médico. Se encontraron frente á frente, sin cruzar palabra unos momentos. Al ver el rostro meditabundo de don Laureano, comprendió doña Socorro que estaba puliendo, limando un pensamiento cruel, para presentárselo con delicadeza sin herirla brutalmente... Habló ella primero.

—Lo adivino todo... Sólo nos queda la confianza en Dios, ¿no es eso?

—Así es, así es, por desgracia... La noche de ayer le hizo perder mucho terreno...

Cada vez que doña Socorro se acercaba al lecho del ciego, éste hablaba muy trabajosamente de Ana, de Numa. ¿Habría recibido éste la carta? ¿Cuándo contestaría? Era un gran muchacho. Tal vez vendría él mismo á Rocamar de un día á otro.

Don José ya no padecía el terror á la muerte. Fuera de la gran opresión en el pecho y de los dolores que le morti-

ficaban, todo lo veía de color de rosa. Pensaba en sanar, en levantarse, y en ir á comer una langosta en compañía de *Tolete*. Otras veces no pensaba en nada. La muerte le tenía lástima, y antes de darle el zarpazo, se complacía en animar á su víctima, despertándole las viejas ilusiones y la creencia en unas fuerzas soñadas.

Habló don Laureano de preparar al enfermo para el trance final, y doña Socorro tan luego como encontró camino ó vereda para comunicar á don José deseo tan triste, se decidió al fin. No se negó el magistrado á recibir el Viático; pero no creyó oportuna la ocasión. Más adelante. No estaba tan mal como se figuraban. Y no hubo medio de convencerle.

Al día siguiente halló doña Socorro á su esposo, lívido, tan alejado de la vida, que se estremeció de espanto. La muerte estaba allí, muy cerca. Aquel rostro tenía ya el sello de lo que no vuelve á animarse.

—Ahora sí, ahora sí, Socorro; *la* veo cerca, viene.—Y siguió hablando solo, mientras su esposa salió á ordenar que vi-

niera el cura. Cuando volvió, decía el viejo:

—No te apures, siempre está Él donde estás tú... Acércate. Creo, creo en Dios y en el dolor de tu martirio... Recomiéndame á Él tú... y eso basta. Creo en el amor de tu pecho, y en tu bondad, Socorro, y al saber Él que voy de parte tuya, tal vez se apiade... Pronto será; pronto... Quiero tu perdón, tu perdón me basta... Sólo Dios y tú podéis perdonarme... Sólo tus súplicas podrán ablandarlo... Sólo las oraciones de tu alma tendrán fuerza para subir tan alto... Perdóname tú, víctima mía...

Hubo un silencio. El drama refugióse en la soledad de las almas. Los dos viejos sollozaron abrazados. El mar también decía sus cosas bufando allá fuera.

—¡No, no; tú no me dejarás tan pronto, Pepe!—dijo doña Socorro en el paroxismo del dolor.

—Sí; no es pronto... ¡Ahora veo claro!—exclamó el ciego haciendo un esfuerzo supremo.—Veo bien tu aflicción de toda una vida... ¡Has sufrido tanto por mi causa!... Ya que tanto has amado las miserias de tu Pepe, Socorro mía, sálvame ahora, perdonándome...

La anciana, entonces, serena, como investida de un sacerdocio sublime, levantó la frente arrugada que destellaba amor; acarició con manos temblorosas la cabeza de su compañero, empañada ya por las nieblas de lo eterno, y después de enjugarse los ojos con el pañuelo, siempre húmedo, dijo así:

—Ten valor, Pepe... No nos separaremos tal vez... Mi perdón nada vale, siempre le has tenido, como yo el tuyo... Confía en el cielo...

—Creo en él... tiene que haber un sitio para ti, para tus bondades... y es el cielo... ¿Y Ana?

No habló más. Se acrecentó la agonía. Seguida del médico, entró en el cuarto la servidumbre de la casa. Doña Socorro, en pie, con los ojos fijos, como vidriados, miraba sin ver la puntilla de una almohada en que descansaba la cabeza del moribundo. Obscurecía. Mientras el médico observaba á don José, la *Mandila* pugnó por sacar de la habitación á doña Socorro; pero fué en vano. Allí estuvo, fuerte como alma templada en el sufrir. Sintió la frialdad que iba poco á poco robando la vida del viejo,

y le oyó respirar levemente por última vez.

Cuando llegó el señor cura, era ya tarde. Doña Socorro salió de la alcoba apoyada en los brazos robustos de la *Mandila*. Momentos después, una criada abrió de par en par la ventana del cuarto. Por ella se colaron de rodón todas las delicias del campo y del ambiente. Las brisas del mar también entraron; ya no molestaban.

Veló el cadáver el fiel *Tolete*. Envuelto en una vieja manta, sentado en un rincón, pasó la noche con la blanca cabeza descubierta inclinada hacia la tierra; y debajo del pelo canoso no dejaron de rebullirle muy hondas cavilaciones. Allí á solas, á la vera del *amo,* que ya no charlaría con él nunca, más de cuatro lágrimas de las pocas que habían vertido sus ojos, bajaron lentamente á escabullirse entre las púas, ya muy viejas, del bigote. La muerte de don José dejó á *Tolete* tan apesadumbrado y afligido, que en más de un mes no cesó de repetir á solas esta frase: ¡No somos na, crístole!

Al lado del cadáver no se atrevió á

fumar en toda la noche; á eso de las tres y media de la mañana vino *Nolo* á hacerle compañía. Ya la aurora apuntaba, esfumando su resplendor rosado en la obscuridad del cielo. La brisa del amanecer estremecía levemente las copas de los árboles, anunciando á los pájaros dormidos que era ya hora de estar despabilados, y de salir cantando á saludar al sol, que no tardaría en aparecer espléndido y amoroso, dispuesto á secarles las alas, húmedas aún por el rocío de la noche. Del lado del mar oíase el bramido ensordecedor del Cantábrico, como voz ronca expelida por un pulmón inmenso, que exhalase sobre la tierra una espantosa amenaza sin palabras. En esas horas del alba, cuando en la tierra todo es dulzura y misterio, daba miedo pensar en aquel monstruoso gigante que rugía intranquilo allí cerca, como si estuviera mal á gusto en su lecho, y pretendiera con indomable rebeldía lanzarse sobre la tierra, agitando mil lenguas maldicientes y mil brazos destructores...

Tolete, en cuanto vislumbró la claridad del día, abrió la ventana, sin temor al fresco del amanecer, para que saliera

el tufo de los cirios que ardían al lado del cadáver. *Nolo,* aterrado, sin pestañear, ni atreverse á respirar apenas, contemplaba los restos de don José, á respetable distancia.

—¿Cuándo le entierra el cura?—se aventuró á preguntar tímidamente.

Y *Tolete,* que acodado en la ventana, miraba las sombras del jardín, volvió la cabeza vivamente hacia el pillete, y dijo con brusquedad:

—¡Lo que está ahí na vale... don José too está allá arriba... y chitón!

No tardó doña Socorro en venir al lado de su esposo muerto. Rezó más de una hora, y meditó en silencio. En aquel mismo cuarto con vista al jardín, habían pasado sus días de noviazgo, su luna de miel. Las plantas sombrías, obscuras, las enredaderas de hoja menuda, la parra trepadora que escalaba la pared hasta llegar á los cristales, habían presenciado sus horas de amor y de deliquios; y allí fuera estaban todavía año tras año arrojando las hojas y esperando primaveras... Doña Socorro, abismada en sus melancolías, salió á la ventana, respiró el aire libre, y luego, separando un poco la vis-

ta de las cosas de adentro, miró al cielo aun algo obscuro y sembrado de estrellas pálidas: nunca le pareció tan grande, tan inmenso, tan protector; y con la energía que suelen dar las grandes penas tuvo fuerzas para rezar al cielo con oraciones propias que le brotaban límpidas del fondo de su espíritu.

—¡Dios mío, Dios mío, guárdale, guárdale en tu seno y has de amar su alma... la pobre!...





XII

—Cuidado, cuidado que Ana no oiga las pisadas...—dijo doña Socorro.

Con una fortaleza increíble dirigió la operación de bajar el ataúd á la hora del entierro. Cuatro mocetones, que iban descalzos para evitar el ruido que pudiera oir Ana, que nada sabía, posaron la caja en un banco de piedra del jardín. Dos curas esperaban en la carretera, y dada la señal de marcha, los marineros volvieron á cargar con el cadáver. El entierro, á poca distancia de la casa, dejó el camino real y tomó una vereda no muy ancha que iba hasta el cementerio, que

se distinguía á lo lejos por un ciprés elevadísimo, que asomaba por encima de una tapia. Doña Socorro, en tanto, apagó los cirios de la habitación de su esposo, quitándoles el pábilo con un paño mojado. Había hojas de laurel esparcidas por el suelo. Acercóse á la ventana y pudo ver el último viaje de su pobre ciego. Iba el entierro por la tortuosa vereda como una culebra abigarrada, que se escurría por entre sebes y prados. Resignada y serena, comprendió lo que era la vejez solitaria. Ya sobraba ella aquí; poco á poco todos los suyos habían llevado aquel camino, hacia el ciprés gigante. Todo quedaba atrás. Sólo ella se mantenía en pie, entre cenizas, paseando la corona plateada de sus canas, y el corazón ajado al calor de tantos amores... La culebra seguía deslizándose. El viejo se alejaba.

—¡Todo acabó, todo acabó, Dios mío!... Pero ahora empezará esa niña...

Recordando á su hija, que seguía aletargada por la fiebre, sin darse cuenta del despertar que la aguardaba, acudió á su alcoba. La *Mandila* estaba á la puerta.

—¿Está tranquila?

—¡A veces habla la probe!...

Ana estuvo cuatro días más en la cama. Al fin volvió la salud á su cuerpo. Parecíale entrar en una vida nueva; las fuerzas que llegaban debían de ser otras, más dulces y alegres que las de antes, porque ahora todo lo veía agradable y sonriente, y la nueva vida traía consigo goces infantiles. Más que convaleciente, Ana parecía una recién nacida... de diez y siete años. Hablaba de levantarse para ver á su padre, y ni siquiera notaba en el amargo semblante de doña Socorro, el reflejo de una pena inmensa.

Cuando llegó á levantarse, prohibiéronla salir del aposento en unos días: y entonces presentóse *Nolo* en la escena, porque nada había como él para distraer á la señorita; y jugaban juntos con cartas de baraja, levantaban palacios con fichas de dominó, y tan pronto riñendo y correteando con *Nolo*, como sentada en un sillón contándole cuentos, Ana, en aquellos días apacibles, realizó un viaje á la niñez pasada... Ni una palabra se le escapó á *Nolo* acerca de la gran desgracia.

Doña Socorro temblaba al pensar en el efecto que la noticia produciría en su hija, que hablaba de don José como si estuviera sano y bueno...

Una mañana muy temprano, sintiéndose fuerte y ágil, decidióse la muchacha á sorprender al ciego, presentándose en su habitación sin que nadie lo sospechara, y aprovechando un instante en que la dejaron sola, salió del cuarto despacito, casi aleteando, bajó la escalera la muy pícara, y entró sin ser vista en el dormitorio de su padre. Todo estaba en orden. La cama vacía, la ventana abierta.

—Se ha levantado, y nada me han dicho...—dijo alegremente.

Vió en el suelo muchas gotas de cera; pero nada entendió de lo que le decían... Oyó allá arriba la voz de *Nolo,* que gritaba:

—¡La señorita no está aquí!

Fué á salir Ana, y en la puerta vió á su madre más blanca que la nieve. Los ojos alegres miraron fijamente á los tristes; éstos hablaron, y aquéllos leyeron de corrido la dolorosa historia. Ana sintió un dolor como si le aplicaran un hierro

enrojecido en una llaga ya cerrada, y cayó en los brazos de su madre...



Seguían en Rocamar los días de sol, como la bendición de Dios sobre el mar y la tierra. Los marineros no reposaban, porque la pesca era abundante y había



que aprovecharse. Diez ó doce lanchas salían diariamente á la pesca del bonito, y Ana entreteníase desde el balcón en verlas alejarse ó llegar, con las velas hinchadas por el viento fresco...

Tolete entregó un día á doña Socorro una carta. Impaciente y nerviosa miró el sobre, dirigido á ella; abrióla. Era de Numa. La leyó, y al principio no pudo dominar un movimiento de indignación; después quedó tranquila. En nada con-

testaba la carta á la de don José. Palabras frías, corrientes, de pésame, «resignación cristiana para soportar tan irreparable pérdida, etc.» De *aquello* nada; ni un vislumbre.

—Tal vez sea mejor así...—dijo tristemente doña Socorro.—¡Qué diría Pepe si leyera esto!...

Buscó á Ana y le entregó la carta.

—Me lo decía el corazón,—dijo.—No me importa... ¡Dios mío! pero ¿y tú?...

—Déjame á mí, niña... Dios lo prevé todo.

—¿Sabes tú lo que somos?—preguntó Ana sollozando.

— Somos muy pobres... Lo sé.

—Vivimos en casa de Numa... Esto ya no es nuestro...

—Mañana mismo le dejaremos lo suyo, niña. Dame un beso y pide á Dios esperanzas...

. . . .

Los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de la quinta, pateaban impacientes el polvo de la carretera.

—Un abrazo, *Mandila*,—dijo Ana sonriendo.

Y se abandonó en los brazos rudos de la marinera, que no sabía más que apretar con fuerza, y decir llorando:

—Angelín de Dios, angelín...

A *Tolete* no hubo modo de verle la cara. Andaba dando traspiés alrededor del coche, tosiendo y soltando resoplidos, como un perro acatarrado.

Ana le tocó en el hombro para decirle adiós, y entonces habló así sin mirarla:

—Y ¿hasta cuándo?...

—Hasta siempre, *Tolete*... Ya no volveremos...

—¡Crístole!... Eso no debía de icirse siquiera en groma... Haiga salú, señoritas.

Vió Ana una tristeza tan honda en los ojos del viejo lobo del Cantábrico, que se apartó de él acongojada... ¡Pobre *Tolete!*

Cuando iban á subir al coche, llegó *Nolo* sudoroso y jadeante, dando gritos.

—¡Toavía no, diosla!... ¡No arrear!

Traía una cestita llena de mariscos para Ana, que le besó cien veces.

—¡Adiós, adiós!

Comenzó á correr el coche. La casa de Rocamar, morada solitaria de los recuerdos viejos, no tardó en desaparecer

ante los ojos de doña Socorro, como una cosa viva que se muere, como unos restos más que había que enterrar también. Y al recordar quién sería en adelante el poseedor de aquellas reliquias de su vida, que estaban en toda la vivienda, en las grietas de las paredes, en las cortezas de los árboles, en el papel de las habitaciones, en los nudos del entarimado, lloró silenciosa, más que con los ojos, con todo el rostro, como lloran los ancianos... Miró al mar, que aun se veía, y dijo á Ana:

—¡Ya estamos solas, niña, ya estamos solas!...

Noviembre-Diciembre, 1895.





Libertad

—•—

Sombra, sombra de hojas verdes, era lo que buscaban ambos en las horas de amor. ¡Cuánto cantaron juntos aquella primavera! ¡Cuántas ternezas se dijeron los dos en la copa de un árbol agitado por la brisa!... Si ella, mirando al cielo, se arrobaba en su canción, oíala él atento, ladeando un poco la cabecita temblorosa; y cuando morían las últimas notas en el pico de su compañera, sacudíase las plumas, se erguía con gentileza para entonar también la trova del amor ardiente. ¡Jilguero de más inspiración y más fachenda! Era grande y tenía el plu-

maje limpio y hermoso. Había pasado en la vida sus aventuras serias y graves. Una mañana, cayó preso en liga; vió correr hacia él cuatro chiquillos locos de gozo; hizo entonces un esfuerzo supremo, y escapó... Dejar, dejó allí plumas, compró con sangre la libertad de sus alas; pero logró huir á la espesura, á los rincones sombríos de follaje, al hogar de hojas de sus sueños... Aquel día voló mucho, bebió con ansia la dicha de ser libre, y á una araña que sorprendió acechando á una mosca, matóla de un picotazo...



¡A cuántos afanes les llevó el amor, á él y á su compañera! Gracias que ésta, salió la pájara más hacendosa y sabihonda que se había visto. Estaba en todo. Hilos, briznas, tamo, cerdas, todo se lo colgaba del pico, y lo traía á *casa* para hacer el nido; y mientras su amante enmarañaba y tejía aquellos materiales, ella le contemplaba enamorada, charloteando en voz baja, y dando también sus planes... Así elevaron á su amor un templo, y en él se unieron felices, escondidos en

la fronda misteriosa, teniendo como regalo de bodas azul de cielo, rayos de sol, caricias de la brisa, música de hojas...

Tuvieron hijos; cuatro diablejos tragones, que todos se volvían boca en cuanto olían comida; había que cebarlos; había que salir y buscar alimentos. En esto se pasaban el día. El calor de sus plumas, el pan de sus bocas; todo era poco para aquellos golosos. ¡Qué fatigas!

Cuando los pequeñuelos comenzaron á echar pluma y alegraban el árbol con su charla, salieron un día los padres en busca de alimento. Volvieron al obscurecer... No hallaron en el árbol nido ni pájaros; no tuvieron á quien cebar. Entonces comenzó el amor triste, el cantar llorando, la queja inmensa que se perdió en la soledad de la arboleda. Cuando cerró la noche, velaron juntos su dolor, sobre las ruinas del nido; no pegaron los ojos, y á la luz del alba de aquel día no la saludaron cantando...

* * *

El amor les guió. Volaron, volaron, buscando aquí y acullá. No se sabe quién

les mostró el paradero de sus hijos... pero dieron con ellos. En una casa, no muy lejos del bosque, había un balcón, de cuyas rejas pendía una jaula; allí estaban los cuatro tragones encerrados entre alambres, presos por un rapaz, un diablejo tirano, un saltabardales, que había dicho á un compañero de correrías:

—Ya verás como vienen los padres á cebarlos...

—Vendrán; pero hay que tener ojo; dicen que los jilgueros envenenan á sus hijos, cuando ven que es imposible libertarlos...—le replicó el otro tirano.

Sí; los padres vinieron; llegaron angustiados; posáronse primero en las ramas de un árbol cercano á la casa, para estudiar la situación, y cuando se creyeron solos y seguros, lanzáronse como locos encima de la jaula, erizadas las plumas, los ojos ardiendo... El padre aferró el pico á una reja, intentando arrancarla; la madre besaba á los hijuelos y extendía las alas como para abrazarlos y darles calor... ¡Malditas rejas!

Convencidos de su impotencia, instaláronse ambos en un árbol próximo á la cárcel; desde él veían á los cuatro tra-

gones; desde él volaban todos los días á llevarles de comer, con lo cual el chiquillo tirano estaba satisfecho; crecían los pájaros que era un primor; de día en día, se les notaba crecer las plumas de las alas, ¡de unas alas que crecían aprisionadas!... Días y más días se pasaron padres é hijos contemplándose; aquéllos en el árbol, éstos en la cárcel...

. . . .

. . . .

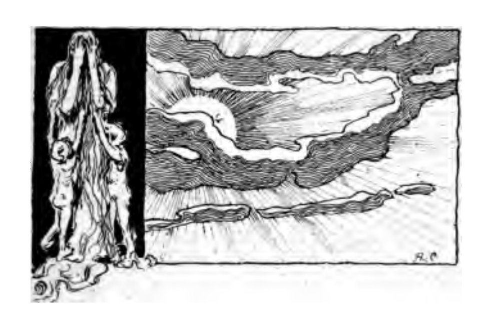
Moría la primavera. Una mañana, ambos jilgueros partieron del árbol como saetas. Nadie los vió en todo el día; pero volvieron al ponerse el sol, y cebaron como siempre á los golosos; luego volaron á las ramas de su hogar, y en él pasaron la noche silenciosos, encogidos, inmóviles, hasta que apuntó la aurora. Tampoco aquel día la saludaron cantando...

Cuando ya el sol alegraba los campos, apareció en el balcón el chiquillo carcelero á visitar los presos. Estaban muertos, y velaban sus cadáveres, desde el árbol cercano, dos jilgueros, inmóviles, silenciosos, que parecían dos puntos negros.

Recordó entonces el niño lo que le había dicho su amigo. ¿Sería verdad lo del veneno?

Y miró á los dos pájaros. Estos, entonces, entonaron no sé qué himno de libertad sagrada ó terrible protesta; revolotearon un momento contemplando los cadáveres de sus hijos, alejáronse luego, y el rapaz los vió perderse para siempre en el espacio azul. Iban cantando...





Nube de paso

Si alguien preguntaba á Quico de qué vivía, la contestación era segura:

—De esos cuatro terrones, decía señalando la finca que llevaba en arriendo y que antes habían llevado sus padres; tres ó cuatro tierras de labor, un castañar, una casucha con un horno en la parte de atrás, que parecía una joroba, un cobertizo para los aperos de labranza, un hórreo y un huerto con cuatro perales, una higuera y algunos manzanos viejos, medio derrengados y consumidos por el muérdago.

A la puerta de la casa había un banco. Sentábase en él Quico después del trabajo. Del labio inferior colgaba el papel de fumar; después, con mucha calma, restregaba el tabaco entre las manos, hacía el cigarro, y lo encendía con yesca... En aquel banco había pasado lo mejor de su vida. ¡Había descansado tanto en él! Allí había envejecido lentamente; allí, de rapaz, fué donde tuvo paliques amorosos con su Pepa, que era entonces gala de la aldea, flor de aquellos campos, sonrosada, sana, limpia como el rocío, y dura como una encina... Ahora estaba vieja y seca como la madera del hórreo. ¡Cuánto habían luchado! ¡cuánto habían sufrido á la sombra de aquellos árboles! ¡qué penoso esfuerzo les costaba llevar el pan desde la tierra á la boca!...



Por el medio de la finca pasaba, entre árboles, un regato silencioso, en el cual mamaban humedad las tierras, que á su tiempo pagaban el favor con buenas cosechas. Era una gloria, en la épo-

ca de la recolección, ver el balconcillo de la casa lleno de colgajos amarillos, que eran ristras de maíz, y dentro del hórreo montones de trigo. Quico era dichoso... Borona á pasto, en el granero escanda, en el cubil un cerdo, en el corral gallinas y un par de vacas de leche y de trabajo, ¿qué más quería? Tampoco faltaban en la cocina unas vejigas de manteca y un perol de aceite...

Pues llegó un año malo, un año maldito de escaseces. Secó el regato, cosa que nunca había sucedido en vida de Quico; en tres meses no cayó gota de agua. Daba pena ver aquel cauce seco, lleno de guijarros, y aquellas tierras muertas de sed, abriendo todos los días nuevas grietas, como bocas dispuestas á pedir un poco de agua á la primer nube que pasara... ¡Desolación como ella! El cielo siempre azul, amenazando siempre con su hermosura, con su limpieza; y luego el sol despiadado hería, resquebrajaba los tallos para sorber el jugo en las entrañas mismas de las plantas, y después de robarlo el muy ladrón, se lo llevaba hacia arriba, lo evaporaba en el espacio juntamente con la poca hume-

dad que conseguía extraer de los terrones...

Quico, que leía la hora por la altura del sol, decía á su mujer bromeando tristemente, al ver que nunca se nublaba:

—No hay reloj de oro que tenga cuerda *pa* tres meses como este mío. Y trazas de parar no las tiene...

Pepa lloraba pensando en la miseria. Todo lo que veían sus ojos le hablaba del hambre, que venía á pasos de gigante haciendo crujir bajo sus pies las plantas secas, amarillas, que formaban el cuadro de aquella naturaleza agonizante... Quico dejó de hablar de puro triste; por la noche rezaba con su esposa: — Un Padrenuestro porque Dios nos escuche... Un Avemaría, para que las nubes que van hacia el mar vengan *pacá*, que hacen más falta...

Una ligera esperanza que sobrevivía á tantas como habían muerto, estaba á punto de expirar también. Tres días más de sol, y no se salvaría *nada:* sería tarde. Todos los recursos se habían agotado: rogativas, procesiones... Nada, ni una gota bajaba.

Apareció un día el horizonte brumoso, muy obscuro. Viólo Quico y dijo á Pepa:

—¡*Pos* aquella negrura *pué* que venga á ponernos el jarro en el pico!...

—Dios te oiga... Algo puede salvarse todavía,—contestó la anciana.

La cerrazón crecía; continuaba avanzando la nube poco á poco. Varios aldeanos de las cercanías vinieron á casa del veterano Quico, y formóse un corro delante de la puerta. Todos los ojos miraban al cielo; dos ó tres mujeres rezaban de bruces besando la madre tierra. La nube seguía extendiéndose. Llegó á nublar el sol. En el grupo de aldeanos no hablaba nadie; algunas mujeres sollozaban con el rostro en el polvo...



Y de pronto sopló ligeramente el viento. Clareó el horizonte... La nube comenzó á huir con lentitud, pasando de largo, indiferente, fría como la felicidad que escapa... Seguían los aldea-

nos en silencio; algunos temblaban. El viejo Quico dejó de mirar al cielo; clavó los humildes ojos en la tierra seca, y lloró.

Después apareció el sol...





La última mosca

Llegó el invierno «con sus nieves cano». De tarde en tarde podíamos tomar un sol de tan pocos alientos, que más bien parecía querer robarnos el humilde calor que cada cual llevaba debajo del abrigo, que prestarnos buenamente un haz de rayos tibios para ir viviendo.

Una noche disponíame yo á leer me-

tido en la cama, cuando oí á mi lado el aleteo de una mosca. Era flaca, desmirriada, y tenía las alas rotas. Debía de ser la última del invierno. Los restos mortales de sus hermanas, pegados á las vidrieras, habían desaparecido como mísero polvo, ahuyentado por el plumero de la criada... ¡La última mosca que aun luchaba!... Ardía en mi candelero la mitad de una vela, y en ella se posó, alicaída y débil; luego, poco á poco, fué ascendiendo, como granuja por cucaña, hasta colocarse á distancia tal de la llama que sintiera el halago del calor sin peligro de quemarse.

Comencé á leer. Entró mi espíritu de tan buena gana en los laberintos del libro, que en vano el reloj me dijo: ¡las once, las doce! No oí maldita la campanada. Al fin el sueño empezó á vencerme; la voz que me hablaba escondida en el bosque de páginas, se hizo más confusa y suave, y mi alma, como vieja miedosa, que cuida de *cerrarse por dentro,* dejaba plegarse á los párpados rendidos... Incorporéme pesadamente para apagar la luz. Sólo quedaba un pequeño cabo de vela; y la mosca solitaria había ido des-

cendiendo, á medida que la llama bajaba, mendigando al fuego un instante de vida, pero disfrutando del calorcillo agradable que exhalaba la muerte... Sí, la muerte estaba en mi cuarto. La víctima iba á ser una mosca; ¡pero era la muerte! El día señalado, tan polvo será mi cuerpo como el de ese animalejo... Como el más respetable *homo sapiens,* esa mosca nace, vive, muere, y ansía el alimento y tiene apego á la vida... La llama y la mosca seguían bajando...

Con gran arranque fuí á soplar la luz y me detuve. No. Que la mate el frío ó que la mate el Tato, como decían nuestros padres. No todos los días está uno para quebrantar Mandamientos. Soy hombre que no mata una mosca.

Volvíme hacia la pared y dije para mí: Quédate aquí, desdichada, ya que te condena, quien puede, á morir con los últimos alientos de esa vela. Día llegará en que el calor huya también de mí y de nada han de valerme entonces estas mantas felpudas, ante los témpanos con que la muerte rodeará este lecho...

Y hubiera continuado este discurso grave, si no me cortara los vuelos el so-

por del sueño. Recuerdo vagamente la agonía de la luz: claridades y sombras que aleteaban en las paredes de la alcoba en medio del silencio...

. . . .

Desperté al día siguiente y vieron mis ojos el sol de invierno que iluminaba el dormitorio. La vela había desaparecido, y en el mármol blanco de la mesa de noche yacía, chamuscado y patas arriba, el cadáver de una mosca.



Historia de un cojo

Era un gatazo blanco con dos manchas negras sobre el lomo. En su mocedad jugueteó con los niños, les arañó á su gusto, le sacó el bandullo á un sofá, y además... no había en la despensa tajada segura. Limpio, lo era. Todos los días dormitaba á la hora de la siesta, enroscado encima del periódico que tenía en la mesa del despacho el señor de la casa; pero, eso sí, siempre alerta, moviendo las orejas hacia el sitio en que oía ruidos precursores de un puntapié.

Dos veces se acordó en la casa la expulsión de aquel animal. La cocinera le echó una vez por la ventana á un patio amorrillado.

—Siquiera se ve uno libre de ese diablo,—dijo el señor, á la mesa, mientras se ponía las gafas para leer el periódico.

¡Ilusiones! Al otro día se presentó en casa el despedido. Llegó tristón, embadurnado de hollín y cojeando de una pata trasera. Indiferente, frío, se encaminó á la cocina, husmeó debajo del albañal á ver si había algo que masticar... y, por suerte, nadie se metió con él; verdad es que durante unos días vivió en el retraimiento y cazó más de seis ratones, lo cual le dió cierto prestigio.

Al fin, un día dijo el ama de la casa:

—Dejad en paz al pobre cojo... Sin gato no podemos estar.

Y el cojo triunfó; creóse una reputación sólida, y entre tomar el sol en la galería, hacer escapatorias amorosas y martirizar las ratas enormes que salían de debajo del hogar, entró en el período serio de la vida, y llegó á permitírsele, habiendo visitas, atravesar la sala á paso lento, luciendo la cojera que le duró hasta la muerte.

—Dejadle, dejadle, es que huele algo.

Así pasó algunos años de conducta

intachable, tranquilo, gordo, sereno, plácido, sin disgustos. Sólo una vez le vi, en presencia de un perro, arquear el espinazo, elevar la cola heroicamente... El perro huyó, cesó el peligro de un lance; pero el cojo aun no las tenía todas con-



sigo. Le vi aún después de media hora, solitario, adusto, paseando por los rincones de la casa en la misma actitud hostil.

. . . .

Pasaron doce años, que acarrearon la senectud del cojo. En una silla de la galería había unos trapos aplastados que formaban una concavidad, donde se arrellenaba el viejo en las horas de sol. Se respetaba aquella silla. Las mismas manos que cuando eran de niños las había arañado el gatazo, ahora eran de hombre y le halagaban.

—¿Cómo está el cojo?

Y ¡tras! una palmada cariñosa.

Llegaba la noche... y el cojo á su puesto, á su trono, encima del hogar, al amor del calorcillo que exhalaban las planchas de hierro.

¡Fué héroe de tantos dramas que quedaron en el misterio! Mientras todos dormían en la casa, él, allí sentado, silencioso, atusándose de vez en cuando los bigotes, espiando todos los rumores de la noche y dispuesto á luchar. Había ratas terribles. Desde lo alto del hogar saltaba sobre ellas, sí, pero... había pelea. No infundían temor sus uñas; le faltaban agilidad y fuerza al viejo, y el enemigo mordía, chillaba; á veces lograba escapar.

No pasó mucho tiempo sin que el cojo quedara casi ciego. Al andar chocaba contra las paredes, padecía vértigos, se tambaleaba... ¡Una debilidad muy triste! Intentó una vez subir al hogar y no pudo. Se pasó la noche en el santo suelo de la cocina. ¿Qué tragedia representó allí el pobre cojo?... Al día siguiente aparecieron en la cocina tres ratas muertas, y el viejo tenía dos heridas en el cuello ensangrentado...

—El cojo se muere de viejo,—dijo la criada,—da asco verlo...

En un rincón de la cocina había un sitio para las barreduras, que fué el lecho mortuorio de aquel veterano. Ciego, tembloroso, sin saber adonde iba, allí cayó. La criada, antes de que nadie se levantara de la cama, cogió el cadáver por la cola y lo arrojó con fuerza á un jardín cercano.

—¡Fuera basura!

—¿Y el cojo?—preguntó por la mañana un chiquillo.

—Allí.

Miró. Se veía una mancha blanca entre el verdor del huerto. El sol bañaba ya la silla del cojo, aquella silla cóncava...





Un genio

—•—

Sin duda era un genio aquel hombre, calvo como la mesa de mármol, que se sentaba cerca de mí en el café. Debía de ser un caballero ahorrado, porque se guardaba los terrones de azúcar; debía pegarse él los botones, porque llevaba agujas en la solapa, y debía de ser sucio, porque se limpiaba la pluma en la manga. Jamás le vi pagar... y el mozo no murmuraba de él: le servía y le admiraba... ¡A la fuerza era un genio! ¡Qué remedio! Además, tenía cara de haber inventado la estadística...

Cogía el periódico, apoyaba el codo encima del velador, y mientras el dedo meñique, agitado por un movimiento rapidísimo, arrojaba al suelo la ceniza del cigarro de diez céntimos, el hombre se abismaba en las letras de imprenta.

A lo mejor suspendía la lectura y tocaba las palmas.

—¡Voy!—decía el mozo.

—Va á pagar,—pensaba yo.

Y el hombre calvo le decía al camarero por lo bajo:

—¡Siguen tan brutos!... Aquí para *inter nos:* han ascendido á Sánchez... que suma por los dedos. ¡Así va la Hacienda! Aquí no se atiende al mérito; aquí todo es farsa... ¡El crédito por los suelos! ¿Estamos?

—Cierto, cierto,—decía el mozo que no cobraba.

—Y lo pruebo,—decía el hombre calvo sacando el lápiz.

Y lo probaba, sí, llenando el velador de números.

Le vi cien veces «demostrar palmariamente» que en España no había ni un céntimo... y que era necesario que le emplearan á él, «que tenía vocación deci-

dida». Creí que era un cesante, y averigüé que jamás había sido empleado.

Todas aquellas matemáticas las pagaba el mozo, que tardaba media hora en limpiar la mesa, y aun me decía:

—Es un gran parroquiano... Pagará cuando pueda. ¿Usted no cree que le emplearán? ¡Tiene un talento natural!

¡Y frota que frota el mármol!

Quedé convencido. ¡Obtener la admiración de un acreedor es cosa del genio!

Faltó un día al café el hombre calvo, y me dijo el camarero muy compungido:

—¿No sabe usted que ha muerto? Era un gran sujeto... ¡Quinientos cafés y doscientos con tostada! ¿está usted?

—Estoy.

Y miré el velador del hombre calvo, donde aun, como al través de una gasa, se vislumbraban columnas de números mal borrados. ¡Allí había muerto el crédito de España, y el de mi vecino de café, aquel gran deudor de «talento natural»!!



Rodríguez Chanchullo (D. Próspero)

Cuando llegué á casa del excelentísimo señor don Próspero Rodríguez Chanchullo, ex ministro, padre de la patria (y de tres hijos que también tenían acta) y tío de quince sobrinos, *condecorados* con otras tantas credenciales, me dijo un criado muy respetable con cara de senador:

—¿Qué se le ofrecía á usted?

—Deseo ver al excelentísimo...

—No está.

—Le advierto que soy periodista... y vengo con buen fin; de modo que bien pudiera estar usted equivocado.

—¡Ah! Voy á ver.

Volvió el criado al poco rato, y me dijo muy finamente:

—Pase usted.

Y entré en el despacho del ilustre y famoso estadista, que era un hombre de esos de quien «debe esperar la patria» días de prosperidad y bienestar. Tenía fama de político serio y de *principios*, y hallábase atareado, como quien tiene á su cargo la empresa de hacer la felicidad de un país. Sentado tras de una mesa cubierta de papelotes, parecía meditar sobre los asuntos de que le daba cuenta una especie de Pablo Cruz, que estaba cerca de él, en la misma mesa de don Próspero.

Éste se fijó en mí, cosa que me enterneció. Aquel pensamiento *de águila rampante* (como le dijo una vez un periódico, que de puro serio parecía satírico) abandonó los picachos y cimas del mundo intelectual para posarse en mí. ¡Sabe Dios de qué alturas bajaría el pensamiento de don Próspero! Me saludó cortesmente, y dijo de golpe:

—Pronto... Gracias... Bien... ¿Trae usted la máquina? ¿Viene usted á retratarme, eh? Pronto, pronto... ¿Cómo quiere *sorprenderme*, en el despacho, de sobremesa, tomando te, en familia, solo, con mis diputados, digo con mis hijos,

en la biblioteca?... En fin, ¿cómo le parece á usted mejor?...

—Tengo encargo de conseguir de usted una *interview,*—dije humildemente. —Si tuviera la bondad de decirme lo que piensa usted sobre la política de...

—¡Oh! ¡Estoy tan ocupado!... En fin, no habrá remedio,—dijo,—y luego dirigiéndose al secretario: —Siga usted enterándose, y si hay algo importante me interrumpe usted y me da cuenta... Así no perderemos tiempo... Vamos *(á mí)*. Puede usted tomar nota.

Repantigóse en el sillón, inclinó la cabeza, y estuvo más de seis minutos en silencio, elaborando ciencia y mirándose el ombligo. Por fin rompió á hablar:

—Solicitan ustedes mi opinión... ¿Qué he de decirles, sino que yo me debo á la patria, cuanto más desdichada más querida, y que estoy dispuesto á sacrificarme en todos y en cada uno de los órdenes de la vida, en aras del sentimiento patrio; este sentimiento noble y santo que anima á todos y á cada uno de los que tenemos la honra de haber nacido en esta querida España?...

(El secretario.—Permítame... Hay que

reponer al cabo de serenos X... ¿Escribo al alcalde?

Don Próspero.—Telegrafíe.)

... en esta querida España, donde hoy están planteados los más arduos y trascendentales problemas que pueden presentarse, así en la esfera económica como en la esfera política, á la solución de los cuales dedico mis energías, impulsado por el amor que profeso á esta tierra que me vió nacer... ¡Ah! señores; es preciso, porque así lo exigen las circunstancias; es necesario, mejor diré, es indispensable, que todos y cada uno de nosotros...

(El secretario.—Permítame... Piden de X que se procese al secretario del Ayuntamiento. ¿Qué se hace?

Don Próspero.—Dígales que... se procurará.)

... y cada uno de nosotros, coadyuvemos con nuestro óbolo á esa obra grandiosa de la regeneración de la patria, para lo cual debemos todos y cada uno de nosotros abdicar de nuestras pasiones, sacrificar el interés personal en aras del interés público, pensar alto y sentir hondo...

(El secretario.—Dicen de X, que sería conveniente trasladar al juez aquel que dictó sentencia contra el parecer de V. S.

Don Próspero.—Cierto... dígales que irá á Canarias.)

... dejando expeditos y francos todos los caminos que necesariamente han de conducirnos á la prosperidad y adelantamiento del país. He dicho una y mil veces, en ocasiones solemnes, que todos y cada uno de nosotros, en la medida de nuestras fuerzas, debemos contribuir á que el cumplimiento de la ley sea un hecho, para que, de este modo, todas las manifestaciones de la vida nacional puedan vivir á la sombra de los poderes públicos; por todo lo cual entiendo yo...

(El secretario.—Hace falta conseguir un estanco que pide don Fulano...

Don Próspero.—Mala ocasión es; pero ya veremos...)

... entiendo yo, que todos debemos sacrificarnos poniendo á prueba nuestra abnegación y nuestro patriotismo...

Hizo una pausa don Próspero, y viendo que yo no tomaba notas, me dijo:

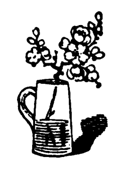
—Pero ¿qué? ¿no escribe usted? Así nos atribuyen ustedes tantos errores.

—Permítame usted que me retire,—contesté.—Notas tengo las suficientes... «todos y cada uno», «coadyuvar», «entiendo yo»... Todo lo tengo aquí apuntado, y si algo falta por decir no necesito anotarlo...

—¿Por...?

—Porque á usted, ilustre don Próspero, me lo sé yo de memoria.

Salí á la calle pensando cosas tristes... «De hombres así es de quien debe esperar la patria»... ¡Oh gran Carlyle, también en política lo absorbe todo la gran *calabaza rotatoria* de que tú hablaste!...



Ramírez, poeta lírico...

En el fondo, Ramírez era un poeta de solemnidad... Un alma romántica de miras elevadas, empingorotada, que trepaba á todos los idealismos y vivía en un cuerpo embutido en un gabán claro. ¡Miserias á él! Podía llegarle al cuello el torrente de privaciones en que vivía... Para él, que firmaba versos en el *Semanario de Nieva*, defensor de los intereses materiales y morales de la localidad, no había negruras ni obscuridades. Jamás faltó á su imaginación un

rayo de luz; la buscaba no se sabe dónde, como el agua del mar arranca reflejos á las tinieblas mismas...

Eso de la propiedad individual no iba con Ramírez... El sol le pagaba su renta en calor, en luz; el campo le obsequiaba con flores.

Aleteo de pájaros, brisas ledas, murmullo de arroyo... todo era para Ramírez, de parte de Dios. El sabía pagar al Supremo Hacedor, con odas preñadas de solecismos, todas aquellas caricias que exhalaban para él el cielo, la luz, el prado, el mar, las estrellas, que venían á vigorizar su alma y á prestar alas á sus ensueños...



Había nacido en un pueblecito de la costa cantábrica, de esos en que siempre se escucha rumor de olas. Llegó á los diez y nueve años pobre... pero poeta. Vestía chaquet, pero desarrapado; era ignorante, pero con la cabeza más erguida y esplendente que el faro del puerto, que se veía desde su casucha... Un día, como otro cualquiera, se le murió á Ramírez su madre: una pobre mujer que

admiraba sus versos, que trabajaba día y noche para que su hijo se pareciera á un señorito. ¡Adiós la colaboradora de los sueños del poeta! Se fué aquel ángel triste, sacrificado, que nadaba en la miseria, y que alentaba siempre á Ramírez...

Aquella muerte fué un rayo para él. Horas y horas permaneció al lado del cadáver, sufriendo el horrible resquemor de tanta pena... La ventana del cuarto caía al mar, al mar brillante, que comenzaba á teñirse con los fulgores del sol del alba. El pobre poeta, cursi, de chaquet, tendió la mirada sin querer hacia aquel cuadro, que había herido su vista desde niño. La frialdad, la indiferencia de aquellas olas, de aquellos pájaros blancos que cruzaban el cielo y á quienes él tenía tanto cariño; aquella impasibilidad del cuadro, le pareció una ingratitud, una crueldad satánica... Las olas lanzaban salivazos despreciativos, muestras quizá de un odio ignoto, oculto; las gaviotas parecían silbarle. Pensó cosas terribles; bulleron en su mente ideas secas, heladas, hijas del dolor, embadurnadas de negrores infernales, y sintió un odio franco á la naturaleza ingrata, á todo lo que veía.

Se fijó sollozando en el cadáver de su madre, sin mortaja, vestido con la ropa de siempre y alumbrado por un cirio que le había prestado el sacristán.—¡Un robo, un robo, —pensó,—que se comete conmigo!...—y siguió lloriqueando allí, ante el mar, mirando al horizonte y sintiendo el inmenso desengaño de aquel amor suyo, á todo lo que vieron sus ojos... Después oyó pasos junto á sí y un gran resoplido. Era el sacristán que apagaba el cirio que alumbraba el cadáver.

—¡Ahora que alumbre el sol!—dijo sonriéndose.—Ya amanece...



Y alumbró el sol, como dijo el sacristán; pero Ramírez, convencido de que en aquel paisaje de su pueblo, tan amado por él, había ojos invisibles que le miraban con rabia, decidió marcharse lejos, lejos, á Madrid, por ejemplo, donde fuera imposible divisar aquella tierra que se había tragado al ser que él más había querido. ¡Lástima no poder huir también adonde no hubiera sol ni cielo, testigos sin entrañas de su dolor!

Ramírez no vistió luto porque no tenía ropa y, además, porque no se ocupó de eso. Durante más de ocho días paseó por las carreteras menos transitadas, con mirada ceñuda, como un hombre ultra-ado y escarnecido, que estaba dispuesto á poner las peras á cuarto á toda la creación. En aquellos paseos, á solas con sus disparates y sus melancolías, caviló varias composiciones, poniendo de vuelta y media á la alborada, á las aves marinas que le habían silbado y, «en general», á todo el paisaje de los alrededores. Ripios aparte, era el de Ramírez un dolor sincero, punzante, hondo, que hizo reir mucho en el pueblo.

¡Maldigo al sol!... execro la gaviota,
que va volando hacia región ignota!!

Dijo Ramírez, con estro elevadísimo en el *Semanario de Nieva*. Y más adeante:

Decidido ya estoy á ser exótico...
¡Adiós, mi patria, adiós!...

Y dicho y hecho; Ramírez se presentó en Madrid sin un cuarto, pero con un

hervidero de ilusiones y de sueños, que le hacía vivir feliz. No le acoquinó el verse solo, ante un pueblo desconocido, ante miles de personas indiferentes. Buscó caras amigas, y buscó dinero, en vano: no desmayó por eso; vivió no se sabe cómo durante una temporada, siempre altivo, con la cabeza erguida y con el andar jacarandoso. Si la fachada del Banco de España tuviera ojos, no miraría á las gentes de Madrid con el desdén con que Ramírez miraba á los transeuntes por adinerados que fueran...

A los escaparates de los restaurants les echaba una ojeada de hombre bien comido... En vano el estómago, sincero admirador de todo lo suculento, le hablaba en voz baja: «¡detente, poeta! y admira ese cuadro». Nada, Ramírez apagaba aquella voz, y pasaba de largo, con indiferencia, siempre soñando...

Pasó un año, que valió por veinte, y Ramírez quedó hecho una ruina. El hambre le arañó la cara, se la llenó de surcos; *el volcán* que tenía en la cabeza le secó el pelo, que aparecía gris; el paletó viejo, hirsuto á trozos, también parecía tener canas. Ramírez quedó como un

maniquí vestido, polvoriento, arrinconado en una trastienda; á pesar de lo cual, miraba á las mujeres con una ternura conmovedora.

Llevaba guantes sudorosos, se engomaba el bigote, y en ocasiones, se le figuraba que tenía que escribir á su mayordomo...

A veces, paseando, salía á los alrededores de Madrid, hasta que de repente sentía la puñalada de un recuerdo, y pensaba en su madre, en el odio á la naturaleza ladrona, pérfida, en su pueblo ingrato, en el mar... ¡Cuántas veces Ramírez lloró como un niño, de rabia, de ira, pensando en aquella mañana que se quedó solo! ¡Cuántas penas desde entonces! Un día descendió de un hermoso sueño para coger la colilla de una breva, y oyó una voz de pillete que le dijo: «¡date!»; otro día durmió en un banco, al aire libre...



Ramírez sintió que le daban una palmada en la espalda. Volvióse indignado; porque él no admitía bromas, y se en-

contró con dos estudiantes de su pueblo, que venían más alegres que unas castañuelas, y comenzaron á recitarle versos suyos, entre carcajadas estrepitosas. Estaban medio borrachos.—¡Te vienes con nosotros, poeta!... ¡No te soltamos!...

Y no hubo remedio. Ramírez sintió como una oleada de salud que le oreaba



el espíritu. Sin poder darse cuenta de ello, se dejó arrastrar por aquellos burlones, y la verdad es que no paró mal. De taberna en taberna, de vino en vino, fueron todos á dar en un establecimiento en que se servían comidas. Abalanzóse Ramírez á los platos con sin igual ahinco y devoción, como si no hubiera poesía en el mundo.—¡Versos, versos!—decían los estudiantes.

—Os recitaré lo inédito...—contestaba Ramírez, siempre engullendo.—¡Ven-

gan, vengan! ¡Aquellos de tu madre! ¡Ja, ja, ja!—Os lo perdono todo,—dijo Ramírez, que ya estaba como una cuba y se retorcía el bigote engomado.—Yo, acostumbrado á los goces materiales; yo, el sibarita por excelencia... ¡brindo por la alegría del vino! (Bravo, bravo), y os mando que abráis esa ventana... tengo que reconciliarme... Yo, el amante del placer material, como os he dicho, necesito volver á mis amores con la naturaleza. Hoy es día de juventud y de ideas doradas, ¡abrid!...

Y diciendo esto, Ramírez se asomó á la ventana.—¡Viva el poeta!—exclamaban los estudiantes.

Y el colaborador del *Semanario de Nieva,* dirigió la palabra al cielo estrellado.

—¡Perdón, perdón, Dios mío!—exclamó.—Dile al rumor de las olas de mi aldea, que aun las amo, lo mismo que cuando las oía al lado de mi madre; di á los pájaros del mar, que pasaban por delante de mi ventana, que jamás los olvida este poeta... ¡Ah! Se me olvidaba... Da las gracias al sol... y al sacristán que me prestó aquel cirio... que alumbró á mi

madre... ¡Todo lo perdono! ¡Oh naturaleza... un beodo te saluda!...

Y Ramírez cayó patas arriba. Los estudiantes reían como locos. Por las mejillas del pobre poeta del chaquet, bajaban resbalando algunas lágrimas, elaboradas allá adentro, donde él no tenía ripios...



El vino de la boda

Cuarenta y ocho años de casados llevaban don Rosendo y doña Petronila, y cuando yo los conocí vivían solos, en una casa vieja, donde habían hecho el nido á raíz del matrimonio, criando luego cuatro hijos que al llegar á mozos volaron cada cual por su lado. No se oían ya en el hogar voces juveniles. El tiempo seguía dando empellones á ambos cónyuges, que vivían ya «formando cola» á la puerta del cementerio.

Doña Petronila, que andaba cerca de los setenta, se complacía en verse joven y lindamente ataviada en los daguerreotipos de antaño, y aun bordaba gorros para su marido, enhebrando los abalorios en la aguja sin necesidad de ponerse gafas; dirigía el tragín de la casa como

en sus buenos tiempos, y pasarse ella un día sin echar una ojeada á la comida, destapando cazuelas y sondando pucheros, era un milagro.

A don Rosendo, los ochenta años que tenía le habían comido las carnes como ochenta perros de presa, dejándole lo mismo que un hueso metido en un envoltorio de franela, bayeta y géneros catalanes.



Pero debajo de la calva, que parecía un erial con cuatro hierbas aquí y acullá, hervía un espíritu sano como el de un mozo de veinticinco años. Don Rosendo andaba algo encorvado, como si llevara un baúl á cuestas; tenía en vez de cara una castaña pilonga, y asentaba su cuerpo sobre la base caliente y mullida de unas zapatillas de alfombra, cuyas suelas, de tres dedos de grueso, daban al viejo la apariencia de un muñeco de esos que se mantienen siempre derechos, gracias á

un peso que tienen en los pies. Esforzábase don Rosendo en aparecer vigoroso y enérgico delante de los jóvenes, y lo que más le irritaba era que le diesen consejos higiénicos. Recuerdo un día en que se me ocurrió decirle que no debía beber agua en ayunas. Echóme tan burlona mirada desde los pergaminos de su rostro, que me pareció que se reían de mi treinta generaciones.

—¡Tan tarantán!—me dijo.—Si habré vivido yo hasta ahora para que una albahaca mimosa, una madamita como tú, me venga con *teoremas?*...

Halléle en otra ocasión subido encima de una silla, dando cuerda á un reloj de pared. Díjele que á sus años no era prudente encaramarse á tales alturas, y me contestó así:

—Has de saber, muchacho, que hace sesenta años que hago lo mismo... ¿Cuándo podrás tú decir otro tanto?... Si me apuras un poco, me pongo á bailar unas sevillanas aquí mismo.

Bajó luego de la silla; abrió una alhacena; sacó un frasco pegajoso que contenía guindas en aguardiente; y después de tomar un piscolabis y de des-

colgar una guitarra que pendía de un ropero, se puso á tañerla suavemente y á entonar coplas de sus mocedades.

Vi sus manos como arañones pisar y rasguear las cuerdas, y oí la voz cascada del viejo que parecía sonar allá muy lejos, detrás de un montón de años, llegando hasta mí como ligero perfume de antiguas alegrías medio enterradas, que aun tenían fuerza para esparcir en el aire el acento melodioso de la juventud pasada...



Una vez invitóme don Rosendo á comer con él el día de su santo. Éramos cuatro los convidados. Nunca olvidaré la jovialidad del anciano, ni las galanterías y arrumacos que dedicaba á su esposa. Lucía en sus ojuelos el cariño puro y limpio de la vejez, extraído de entre las miserias de la vida como el oro del mineral deleznable; y á todos nos miraba paternalmente, como hombre que había sabido libar alegría en el largo camino recorrido, y almacenarla luego para los días nebulosos del invierno.

Yo estaba admirado, viendo á entrambos vejestorios como dos plantas mustias enlazadas aún, con los tallos secos, pero erguidos, chupando jugos de juventud yo no sé dónde.

—Debió de ser usted siempre un hombre feliz, don Rosendo,—le dije.

Volvióse hacia mí la castaña pilonga y contestóme:

—De todo hubo, chiquillo, de todo hubo; pero con aquello de á mal tiempo buena cara, se fué pasando... Hoy no me cambio por ti, ni por ninguno de treinta. Aquí donde nos ves á mí y á Petronila, estamos pasando ahora otra luna de miel, ¿entiendes? Una luna de miel, hijo, muy espiritual y serena... Y hasta nos besamos á nuestro modo. ¿Sabes lo que ahora le gusta más de mí á Petrolina? Pues un lunar que tengo en la boca: me gusta comer poquito y bueno, muchacho, y ella me acaricia ese lunar vigilando á la cocinera... ¿Comprendes ahora, rapazote?

—Comprendido, don Rosendo.

—Bien, pues ya lo sabes; lo andado, andado está, y cuando uno no puede dar sombra, debe resignarse á dar leña...

Estando en esto, oímos un estallido que sonó en una alhacena cercana á la mesa donde comíamos. Levantóse súbitamente don Rosendo á ver lo que pasaba. Emocionado y tembloroso registró la alhacena... Había estallado una botella de *Champagne,* quedando desgolletada. La mitad del vino habíase derramado.

Empuñó el anciano la botella rota y espumante; y luego, con aire caviloso y ensimismado, volvió á sentarse en su sitio. Todos respetamos callando el silencio del viejo. Estuvo un buen rato con los ojos entornados, aislado, como quien ve y escucha en su propio cerebro una larga historia que sólo vive allí; después, mostrándonos la botella quebrada, habló así aquel hombre que parecía esculpido por la muerte con la punta de la guadaña:

—¿Veis ese vino?... Tiene medio siglo. Es un recuerdo de nuestra boda. Ahí está desde entonces embotellada esa alegría, que hoy le dió por reventar... ¿Te acuerdas, Petronila? ¡Qué día aquel, chiquillos! Estoy viendo aquí á todos mis amigos y parientes, de los cuales no

queda ni uno... Allí estaba sentado mi padre, que en paz descanse; aquí mi tío el boticario, que tartamudeaba en verso después de beber Champagne... ¿Te acuerdas, mujer, cuando tú cogiste esas botellas y las guardaste en la alhacena como recuerdo de aquel día?...

Vi una lágrima en los ojos de la anciana. Hizo una pausa don Rosendo. En el vino dorado de la botella hervían los recuerdos escondidos, y después subían, subían, vivos, resucitados, esparciendo en el aire la alegría de antaño.

—No llores, hija,—continuó don Rosendo,—que si una estalló hoy, otras tres quedan aún... Este vino, que es para mí una reliquia, debéis de probarlo todos. Yo beberé el primero... y fuera penas.

Escancióse un vaso, y brindó así con voz temblona:

—A la salud de todos bebo, muchachos. Habéis de hacer siempre el bien, que es la única semilla para recoger en la vejez flores alegres... ¡Dichosos nosotros, Petronila, que supimos conservar el vino de la boda, y aun hoy, al despedirnos del mundo, tenemos humor y

fuerzas para llevar á los labios aquel Champagne que tú guardaste en la alhacena!...

Dijo, y bebió. Después bebimos todos en silencio.



Cosas del tiempo

A medida que va uno «lenta, pero continuamente» entrando en años y en almanaques, toma cada día más tirria... á don Mariano Castillo, el *zaragozano,* que casi es quien tuvo la culpa de que haya años.

No hay poeta que al verse sin muelas y sin ilusiones, no haya cantado con amargura los estropicios del tiempo, y no hay mujer que al arrancarse una cana tristemente, no piense en si hubiera sido mejor habérsela teñido... No es fácil disimular la edad; el tiempo es cruel; sella donde se ve, y tiene patas de gallo para pisotear el rostro más hermoso. No valen tintes, no sirven afeites; el enemigo no se deja enterrar, y cuando menos se piensa, le pega á uno la fe de bautismo

2

en las narices... ¡Cuántos hombres envidiarán á los caballos, que tienen ese documento escondido en la boca!

¡Un año nuevo! ¡Un calendario más! Tengo delante de mí un almanaque americano; no es *separatista:* está arrimado á la pared, y además cuelga de un clavo como de una horca. Hace doce meses estaba completo, intacto; era el porvenir empaquetado, era el tiempo hecho papeles... Una por una arranqué yo sus hojas, como si me arrancara tiras de la piel... Fué un martirio, una operación quirúrgica que consistía en arrancar de la vida un *día... todos los días...* ¿Almanaque de pared? Jamás. Prefiero el *Zaragozano,* que anuncia las nevadas, las ferias, los mercados... y la contribución, todo sin necesidad de ir poco á poco dejándose consumir á bocados.

Me arrepiento de haber mirado con malos ojos á don Mariano, que logró ser profeta en su patria, y siempre se adelantó á su tiempo doce meses escribiendo *¡el almanaque para el año que viene!*

*
* *

Dicen los ingleses que el tiempo es oro... Puede ser sea así allá en el extranjero, porque lo que es en España, «en la conciencia de todos está» que no es ni cobre. ¡Oro! ¡Sueños de la rubia Albión! Que se sepa (por *La Correspondencia*), no queda aquí «más precioso metal» que el de las cuarenta onzas que regaló un marqués á la señorita de Suárez Inclán, con motivo de boda, y el de una doblilla isabelina que dicen se pone como alfiler de corbata don Tomás Castellano, los días que repican gordo.

En punto á moneda, vivimos entregados á la raza canina, á los perros, grandes y chicos, es verdad; pero lo que es tiempo nos sobra para todo, y aun lo perdemos de muy buena gana oyendo discursos y leyendo «declaraciones» de cualquier prohombre, que se empeña en hacernos felices... sin cobrarnos un cuarto.

Si el tiempo es oro, á ver, hipotecarlo, gestionar un empréstito, venderlo, ahora que estamos con el agua al cuello y Silvela dice que está el porvenir preñado de catástrofes, dispuesto á parirlas cuanto antes...

¡Ah, si el tiempo fuera oro aquí como lo es en otras partes!

Para nosotros es el que tiene la culpa de que no haya «plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague»... á Comillas, que es el hombre de la deuda *flotante* en el Océano... ¿El *tiempo*? Hace años era, si mal no recuerdo, órgano de Toreno; hoy solemos utilizarlo, muy sabiamente, en las Universidades para vacaciones, en las oficinas para firmar nóminas, y en política para oir discursos.

Y vamos viviendo. ¡Pidan ustedes más sabiduría!... ¿Debemos dinero? Eso honra. Recuerdo un personaje de Shakespeare, que decía hablando de otro con gran respeto: —¡Es hombre que ha tenido deudas!

Así nosotros, aunque no tengamos oro y echemos el tiempo á perros... chicos, podremos decir mañana, cuando suene la hora de las liquidaciones:

—¡Somos una nación que ha tenido deudas!



El señor de Bergamota...

(FRAGMENTO)

Conocí á don Cecilio hace muchos años. Era un mortal de esos de quienes dice la gente: «es todo corazón». Tachábanle las mujeres de ser muy grueso, de no llevar el sombrero de copa como lo saben hacer los elegantes, y de vestir en todas las estaciones del año gabán claro. Recuerdo también que solían consultarle maliciosamente la hora que era, por el placer de verle en un aprieto. Don Cecilio no estaba fuerte en números romanos. ¡Terrible momento! El pobre señor se sentía de pronto acatarrado, tosía cuatro ó cinco veces, y al cabo de medio minuto, durante el cual se consideraba el hombre más infeliz y más constipado de la tierra, daba la contestación.

También es cierto que don Cecilio, tras fatigosos escarceos, había ideado el medio de salir airoso en casos semejantes: abría su cronómetro, se lo ponía delante de los ojos al preguntón ó á la preguntona, y lo metía en el bolsillo al instante.

Estos eran defectillos de poca monta. En cambio poseía el solterón (lo era) mil cosas que le favorecían. Leontina como la de su reloj no la habían visto ojos humanos. Era de oro macizo. Parecía una cadena de levar anclas. Y en punto á poseer rentas, no había en el pueblo dos que le pusieran el pie delante. La voz pública decía que don Cecilio nadaba en oro.

Claro está que, pesado aquello del gabán claro y de los números romanos con la leontina, los talegos y el corazón del buen señor, la balanza había de inclinarse hacia este lado. Y se inclinaba.

«Es un bello sujeto este don Cecilio», oí decir muchas veces. «Es una excelente persona; todo se lo debe á sí; es una proporción»; decía la gente, y decía verdad. Don Cecilio era un saco de bondades, arrojado por azar en la población.

¡Cuántas veces don Cecilio, entre nubes de incienso y escuchando frases lisonjeras que le parecían cánticos sublimes, se había creído transportado hasta los mismos cuernos de la luna! Y ¡cuántas otras había descendido cayendo de bruces en este mísero planeta! Sí; á don Cecilio le faltaba pronto la vanidad que le hacía volar en un principio, y descendía estropeado como los aereostáticos cuando se les escapa el hidrógeno.

Él contestaba siempre á las lisonjas y á los halagos del mundo, diciendo: «es favor que me hacen»... Pero su alma se inundaba de un placer tan puro, de una alegría tan grande, que no cabiéndole dentro á don Cecilio, le salía al rostro en forma de sonrisa.

Eran estos los momentos felices del buen hombre. No cambiaba él *un ratito así* por muchos puñados de oro. Aquello era «la satisfacción de la conciencia, la felicidad que proporciona la honradez, la tranquilidad de espíritu tan envidiada»; era, en fin, otra porción de frases hechas que desfilaban por el cerebro de don Cecilio. Eran estas las ocasiones en que mi conocido enchufaba los bra-

zos en las mangas de su gabán color barquillo, empuñaba el pesado bastón de espuela de caballero, bajaba la escalera, y después de pararse á la puerta de su casa y de echar una ojeada á los balcones de enfrente, salía andando lentamente á dar un paseo por la población. La casa le sofocaba; tanta felicidad no podía estar entre cuatro paredes; así como la dicha no le cogía en el cuerpo, él no cogía en casa: era preciso ver el cielo, los árboles, los edificios, mucho horizonte...

Por don Cecilio no pasaban años Conocíle más de dos lustros diciendo que rayaba en los treinta y ocho. Había venido de América con muy buena fortuna, adquirida en tenaz lucha con la inercia; ni trampas ni marañas había en su carrera mercantil, como en la de muchos que él pudiera citar con sólo preguntar á sus recuerdos. Su trinchera había sido el mostrador; de la parte de fuera, el enemigo miraba, interrogaba, regateaba los precios con una insistencia endiablada; pero él firme, ni un paso atrás. El lujo, la miseria, el desparpajo, la honestidad, la codicia, y Dios sabe cuán-

tos vicios y virtudes en continuo revoltillo, le habían hecho frente; pero en vano. Don Cecilio siempre clavado en su sitio. Retroceder era morir. Él no retrocedió. A otros, el sol de América, aquel sol que hace hervir los mares, les había evaporado la salud, les había acecinado el rostro, y todos los tesoros de la isla no bastaban para curarles las enfermedades del hígado; á él, al contrario, cuando aquellos rayos hirieron su vista y calentaron su cerebro, surgieron en su mente ideas nuevas, mundos ignotos para él hasta entonces... ¡Cuántas veces rendido por el trabajo, asomado á la ventana de su cuarto había contemplado con lágrimas en los ojos los últimos fulgores del sol, que hundiéndose en las olas iba á alumbrar á su patria!

. . . .



Una promesa de Campoamor

CARTA DEL RÍO NAVIA AL ILUSTRE POETA

Querido Ramón: Aunque hace muchos años que no oyes (1) el rumor de mi corriente, me atrevo, sin embargo, á mandarte cuatro letras, seguro como estoy de que tienes de mí algún recuerdo. ¡No has de tener! Dorando recuerdos al fuego de la inspiración vivís los poetas, sobre todo los viejos, que tenéis las alforjas bien repletas de ellos. El pobre Rousseau, cuando ya no podía con los pantalones, recordaba con delicia las azotainas que le había dado de niño la Srta. Lambercier, y casi le caía la baba entonando aquel cantar de su infancia:

(1) Te tuteo, casi por la misma razón que vosotros los poetas tuteáis á Dios.

Tircis je n'ose
Écouter ton chalumeau
Sous l'ormeau

¿Por qué, pues, habías de olvidarme tú, que disfrutas de un humor sano, no eres misántropo como el solitario de las Charmetas, te retoza en el alma una jovialidad que Dios te conserve, y tienes una finca en Alicante que es lo que hay que ver?

¡Ay, Ramón! Parece que fué ayer cuando tú eras un rapazuelo y yo te retrataba en el cristal de mis aguas. Han pasado, sin embargo, muchos almanaques desde entonces. Sé por Sánchez Pérez que estás grueso, que gastas patillas blancas, y que sueles pasear en el Retiro hecho un señorón muy respetable, arrellanado en lujoso *landeau* que arrastran dos yeguas muy hermosas... Yo estoy lo mismo que antaño, y si hoy nos viésemos, seguramente no nos sucedería lo que á aquellos amantes de tu dolora, los cuales, al encontrarse cara á cara después de muchos años, dicen:

—*¡Dios mío, y éste es aquél!*
—*¡Dios mío, y ésta es aquélla!*

No. Yo poco he cambiado. Algunos árboles secaron en mis orillas, y yo arrastré al mar los cadáveres de sus hojas, como el coche fúnebre lleva al camposanto los restos mortales de los hombres. Otros árboles brotaron luego, verdes y lozanos, que son mi encanto. También procuré, como río viejo y experto, hacer más holgado mi lecho, robando tierra aquí y acullá; pero nada más, no han pasado días por mí. Me reconocerías, poeta. En cambio yo, ¿cómo habría de reconocerte, si dicen Sánchez Pérez, Clarín, Cavia y Montenegro, que vives como un Dios, entre oleadas de gloria? Ya sé que vas á decirme aquello de:

Tengo el honor de despreciar la gloria.

Y lo otro de:

Humo las glorias de la vida son.

Pero á eso replicaré yo modestamente, que ya sé que los humos de Huelva, por ejemplo, son una plaga; pero hay otros que se llevan tras de sí todas las narices, como *los de la gloria*, y los de un buen cigarro, de aquellos que fumaba nuestro paisano Campo Grande cuando fué di-

rector de la *Humareda,* ó sea la Tabacalera.

Mas como ha llegado la hora de ponerme serio, préstame alguna atención, ya que es préstamo inocente en esta tierra clásica del sable. Naciste tú cerca de mí, en un pueblecillo de Asturias, entre un cielo llorón y un suelo que ríe. Cuando eras niño, la hermosa naturaleza de aquel país habló contigo, y el arroyo del monte, el robledal obscuro, la fértil vega, te pidieron versos. Como eres cauto, esperaste la edad en que pudieras manejar la lira, y utilizaste la simiente de belleza recogida cuando eras pequeñuelo, para dar la cosecha de *Ternezas y Flores.* Empapado está este primer libro tuyo en el néctar libado en los verjeles de la patria, como suelen estar los labios de los niños untados con la leche de las madres. Si ahora lees estos versos, debes de sentirte rejuvenecer, Ramón... ¿Te acuerdas? Me decías entonces:

Vi alegre en tus aguas
la vega pintada;
de flores cercada
la vida soñé.

Y aquí entra lo serio para ti, que eres hombre de palabra. Me hiciste una promesa y huéleme á que la has olvidado. Aquí está:

Déjame ver, ¡oh fugitivo espejo!
pintada en tu cristal la patria mía;
déjame ver á tu falaz reflejo
el sitio do mi cuna se mecía.
Tú el primer canto de mi amor oíste;
al nacer, tu saludo fué el primero;
tú mi primer vagido recogiste;
recogerás también el ¡ay! postrero.

Ya lo ves. Está bien claro: has prometido morir cerca de mí; y aunque no ha llegado, ni quiera Dios que llegue pronto, para ti la hora suprema, temo fundadamente que la ofrenda no se cumpla, y yo no tenga el consuelo de recoger lo que es mío, porque tú me lo diste. Hace más de treinta años que no vienes á tu tierra, y no falta quien dice que la causa de tal alejamiento nació de una triquiñuela de la política, gracias á la cual no te sentaste en el Congreso. ¡No lo creo! ¡Es imposible que en el alma de un poeta, pueda durar treinta años el rencor de un diputado!...

Ya sé que es una gollería el pedir se-

riamente que cumplas el ofrecimiento que me has hecho: ni soy terco ni pleitista, y si no me dan salmón, con truchas me contento, lo cual quiere decir, en plata, que ya me quedaba yo más alegre que unas sonajas si vinieras á pasar unos días en Oviedo, en la época de veraneo; sería esta excursión una sabrosa *Humorada*. Ahora ya no eres político, sino agricultor, como dijiste á don Juan Valera; llegarías á Asturias como una gloria de la patria que vuelve á sus lares... Si te parezco impertinente, achácalo á buen deseo, á retórica pura, á afán de entretenerme en todo, á lo que quieras; pero insisto en lo dicho: debías de venir; y ten en cuenta que te habla un acreedor, y que tú eres solvente. Los ardides de la política, no pueden molestarte como en otro tiempo; además, tú, que eres tan amigo de don Alejandro Pidal, estarías como una anguila en mis aguas... ¡Qué no diría á tu alma de poeta esta hermosa naturaleza olvidada! ¡Qué recuerdos no brotarían en esta tierra, al conjuro de tu vara de mago! Los grandes artistas deben de ir adonde son queridos, y es un deber en ellos el dejarse

obsequiar, como lo es también en los pueblos cultos el de respetarlos y quererlos; que no todo el agasajo y valimiento han de llevárselo los hombres políticos, que son mimados casi siempre, no porque inspiren la admiración de nadie, sino porque son los encargados de repartir á cucharadas la sopa boba. Aquí en España, donde todo se lo lleva la política, que es lo mismo que si se lo llevara la trampa, apenas se habla de arte, se lee y estudia poco, seriamente y con gana. Ya lo sé. Podrían todas las flores convenidas negarse á exhalar aromas, como imaginó Sully Proudhomme, sin que nadie ¡ay! echara de menos el perfume... Pero no importa. Algo sano queda. En este país de las guerras fratricidas y de la paz octaviana de las inteligencias, donde pocos luchan por la vocación pura y noble del espíritu; en esta España, donde la mitad de las mujeres paren futuros empleados, es conveniente y ejemplar volver la vista á quien ha medrado por el mérito propio y obtiene el respeto de todos, mostrándose escueto y limpio de hojarasca oficial. Los honores tributados al genio, equivalen en

el espíritu público á la labranza en un terreno. El banquete á Galdós hace años, y la coronación de Zorrilla, lograron fijar unos días la atención de España, y eso se fué ganando... Para ti soñaba yo algo parecido.

Ya ves que soy un pobre diablo que habla seriamente en esta nación que ni sueña con el artista, ni está despierta acechando á los políticos, algunos de los cuales he oído decir que se la comen á rebanadas, como tú habrás comido melones en Valencia, cuando fuiste gobernador.

Ven á Asturias, ó págame en versos la deuda contraída. En Oviedo hay un hermoso teatro bautizado con tu nombre; en Gijón quizá tropieces con aquel gaitero amigo tuyo que lloraba poniendo cara de risa, y en Avilés recordarás á tu tía Andrea, no olvidando que estás en la patria de Pedro Menéndez y de los respetables jamones, que se adelantaron á su siglo por lo suculentos y olorosos... En fin, después de lo mucho que me has ofrecido, con nada menos de lo dicho me conformo; no sea cuento que, escatima de aquí y recorta de allá, vengas á

hacer conmigo lo que con Boileaü su médico, el cual, después de prohibir al gran satírico todo lo que le era agradable, díjole socarronamente: *Du reste rejouissez-vous*. Conste, pues, que soy acreedor tuyo: paga con lo que te parezca; pero paga. Si consultásemos el caso con todos los poetas españoles, creo que me darían la razón.

Yo, silencioso y humilde, que comparado con otros ríos soy un pelagatos, nada podría hacer por ti si nos visitaras; pero se me figura no estar engañado al creer en lo mucho bueno que harían en tu obsequio Leopoldo Alas, Armando Palacio, Pidal, Aramburo, Posada, Canella, Melquiades Álvarez, y otros muchos amigos y admiradores tuyos, que sabrían tañer bien el pandero, si lo tuvieran en las manos...

En tanto que yo, Ramón, con ganas de salirme de madre pero obligado á seguir el cauce estrecho que me trazó la Providencia, enviaría á tu mesa buen golpe de truchas, de las que anidan y rebullen en mis senos; y luego, *sacando el pecho fuera*, como dijo Fray Luis, atreveríame á hablar así:

¡Quiera Dios hacer de ti el galán eterno de las musas; y ojalá un decreto del que todo lo puede te declare inmortal, ó por lo menos Matusalén, para admiración y regocijo de todos! Mas ya que está escrito que ni los grandes poetas se eximan de la muerte, no pecaría yo por soñar á mis anchas con que la promesa se cumpliera, aunque lo más tarde posible, viniendo tú á terminar la vida en las riberas de este pobre río asturiano, que te espera hace tantos años murmurando tristemente la dolora eterna de las cosas que pasan.

No sé si llegará esta carta á tu poder; pero si llega, Lema mediante, haz la vista gorda, al ver lo descolorido de sus trazas, ó dala por no escrita, que hecho estoy á que las cosas mías tengan la fijeza y duración de lo que se escribe en el agua... Contestación, si me la das, la estimo; si me la niegas, me callo; porque sé respetar el hermoso silencio de las almas que han sabido hablar muy alto, como tú sabrás perdonarme esta osadía, retoño de mi orgullo por haberte besado al nacer con la humedad de mi aliento. Y ahora, Ramón, que dije ya lo que me

bullía en el alma, á mis umbrías márgenes me retiro, á mis tristes remansos vuelvo y á mis humildes escarceos en la sombra, ávido siempre de confundirme con la inmensidad del mar, donde dejo de ser quien soy y me convierto en nadie.

Tu agradecido acreedor, que te desea larga vida,

El río Navia



Campoamor

«Ved lo que el mundo decía», leyendo las obras del gran poeta:

Una joven:—¡Qué galante y qué gracioso es este don Ramón. ¡Y qué bien conservado debe de estar!...

Una persona seria:—¡Qué triste es el fondo de todo esto! ¡Ni Fabié, que es boticario (y pega en la Academia como una cataplasma en un pan), dora mejor las píldoras! ¡Qué agradable amargor!

El cura del Pilar de la Oradada:— ¡Este hombre no cree más que en su ingenio!... ¡Uf!... ¡Escepticismo!... ¡Heterodoxia!... Y dicen que es el poeta más leído... Pues, señor, los hombres de fe que llevamos la venda en los ojos, ¿estaremos destinados á que jueguen con nosotros á la gallina ciega?

Campoamor:—Música celestial llamo yo á todo eso, señores, con el permiso de ustedes. Después de pensarlo bien, he resuelto no ser poeta. ¡Lejos de mí la lírica, la épica y demás zarandajas de literato! Si hasta ahora cultivé el espíritu, en adelante cultivaré... la tierra: soy ante todo agricultor; *humilde cosechero de esparto* (1), pese á mis enemigos que me creen poeta. Viejo y hastiado de cavilaciones, me atrae la hermosura de los campos; y á ellos voy, pues, en busca de soledades... El tiempo que pase en Madrid, procuraré retirarme á un tratado de agricultura. Ni soy pesimista, ni incrédulo, ni ácido corrosivo, como alguien me llamó. Odio el positivismo, amo la metafísica, y en punto á teorías darwinianas, no creo que en las más elevadas ramas del árbol genealógico de cualquier personaje respetable haya que dibujar un racimo de monos colgados de la cola... En lo tocante á mujeres, soy un Alkman. Si la mujer fuera, como decía el misogino Leopardi, *instrumenta regni aut doli,* con ella me fuera igual-

(1) Esto dice Campoamor en su polémica con don Juan Valera acerca de la *Metafísica* y la *Poesía.*

mente del brazo, buscando las aguas que mitigan y no apagan la «sed inextinguible del amor».

* * *

En este mundo traidor,
cada cual ve á Campoamor

según el cristal con que le mira. Hay quien le ve al través de gafas color rosa, y otros hay que le miran con cristal ahumado, como si se tratara de un eclipse parcial de sol... Aparece el poeta, unas veces como un hombre que toma muy en serio la tarea de reirse de todo, y otras, como un señor bonachón, crédulo y francote, que hace versos muy graciosos. Hay quien cada vez que el autor de *Colón* trata de sacar de allá adentro una dolora, se espanta como si viese á un herido arrancarse el vendaje. Para estas gentes, Campoamor tiene en el alma mucha amargura escondida, mucha tristeza en conserva, gran surtido y variedad de penas; pecados viejos, desengaños, sufrimientos; un baturrillo de sinsabores, que han ido poco á poco disecando y curtiéndole el espíritu...

¡Quién sabe! Tendrá, tendrá algo de eso don Ramón... Poesía como la suya, no puede brotar en alma inexperta ó nueva. Así como á otros el frío de los años les apaga la inspiración, no dejándoles ni siquiera un pabilo, al autor de las doloras la experiencia del mundo le abre manantiales de poesía. Los mejores versos los hizo el Campoamor de las patillas blancas; por eso es un triste espectáculo ver que le imitan muchos jóvenes listos que sin haber llegado aún á la edad de afeitarse, saben hacer la barba á sus lectores (1).

En el viejo poeta el ardor y fuego juveniles coexisten con la frialdad de la senectud, sin duda porque es cierto que donde más tiempo se conserva el calor es entre hielo. En otros temperamentos, la razón serena, el mucho vivir, lo marchitan y agostan todo: las ideas rosadas se destiñen, las ilusiones vuelan; y entonces al hombre tócale mirar tristemente las cenizas de adentro, los rincones de las alegrías que huyeron, como una madre contempla en la casa el sitio

(1) No va esto con el señor Morera, que tiene inspiración propia. Hablo en general.

donde jugaba el niño que se fué al cielo. Campoamor, sin embargo, ríe tranquilo, goza de la vida, se burla de los que le llaman pesimista, ó se desespera con que le tengan por hombre feliz...

Nadie como él puede abrir el pecho y decir: «Mirad, aquí tengo lo de antaño y lo de ogaño: alegrías, sueños, anhelos, penas, realidades, pesadumbres, goces... todo lo colecciono desde hace muchos años. Todo está aquí, perfectamente conservado. Podéis verlo á través de un carámbano...»



La copa con que nos brinda el poeta tiene

Dulce el borde,
amargo el fondo.

El licor apetece. Las burbujas ascienden con rapidez vertiginosa. Tiene el atractivo del color del oro. Relámese uno de gusto bebiendo un trago ó dos; pero el goloso que apure la copa, el que empine el codo demasiado, sentirá, sí, sentirá en la boca el amargor del poso...

Pereda (1)

—·—

Querido Pepe: No dejará de chocarte ver impresos estos renglones que, bien mirado, debieran contentarse con hacer el viaje en el sobre y morir obscurecidos y sobados en un bolsillo de tu chaqueta, ó lo que sea... Pero, amigo, ¡qué quieres! En primer lugar, el que á ti te choquen estas cosas no está averiguado que sea motivo para dejar de publicar esta carta; además, como nadie me prenderá, ni me formarán causa, ni me echarán á servir al rey, ¿por qué diablos no he de sacarla á relucir? Ya ves. Estoy nadando en razones. El otro día leí que el emperador Napoleón I solía mandar á los escritores de menor cuantía á un

(1) Se publicó en *El Atlántico*, en enero de 1889.

castillo, en donde concluían sus días, y sus escritos, cargados de cadenas. Pues bien, ¿no está demostrado que murió Napoleón? ¿Sí, eh? *Ergo* no me pondrá grilletes. Convéncete, pues, de que lo que me sobran son razones; lo que hay es que las uso pocas veces, por no singularizarme, y porque ya pasaron de moda, lo mismo que los miriñaques y los pantalones de campana.

En tu última carta, amigo Pepe, me dices que te hable de Pereda, y me preguntas que si le vi alguna vez, y concluyes diciéndome: «¿Qué te parece de él?» ¡Qué me parece de Pereda! Algo dudo que yo tenga *parecer;* pero, en fin, ya que te empeñas, buscaré, buscaré, á ver si hay algo de eso que me pides... Verás.

Pereda, amigo Pepe, anda por regiones elevadísimas: anda por las nubes; recorre todas las cimas y vericuetos de la gloria; no sería raro verlo en los cuernos de la luna... yo, sin embargo, le vi una vez en el Campo de San Francisco, de Oviedo, un día que descendió de las alturas para dar un paseo por aquel hermoso sitio en compañía de otros se-

ñores: entre ellos me parece que estaba Clarín. Era don José María un hombre de rostro avellanado y expresivo, que me trajo á la memoria los retratos de Cervantes; vestía modestamente chaqueta y hongo, usaba lentes; y sobre el color moreno del rostro, destacábanse una perilla muy blanca y un bigote también helado por los años... A mí, que tratándose de hombres á quienes admiro soy algo visionario, me mortificaba el no ver la cabeza y la frente de Pereda; atisbé á ver si saludaba á alguien quitándose el hongo; pero ¡quiá! no *pasaba un alma* digna de una sombrerada. El autor de *Pedro Sánchez,* parecióme un hidalgo respetable, llano y distinguido; y, sin saber por qué, al verle acordéme de árboles genealógicos, de muebles antiguos tallados y lustrosos y de otra porción de cosas que ya pasaron y que tienen su poesía. Te explicaré esto. Pereda, describiendo la vida montañesa del día, dándonos á conocer los tipos de actualidad, será admirable; en su paleta tiene todos los colores y los combina y maneja con habilidad extraordinaria, hasta hacerse inimitable; pero yo prefiero las páginas de

Pereda que nos hablan de las cosas de ayer, prefiero verle pintar toda esa gente que va ya río abajo á impulsos de las ideas nuevas; y no es que yo sea de los que se llaman *apegados á la tradición;* nada de eso, Pepe; sin embargo, encuentro en todo lo que ha muerto muchos encantos... Para mí un alma de artista es un almacén de recuerdos, que se están *allí dorando* para aparecer luego en libros como *Sotileza,* ó de otro modo; y cuanto más tiempo estén *dentro,* mejor, porque salen después más vigorosos, más robustos, madurados al calor del espíritu... Créeme, Pepe de mis pecados, todo esto, si no es verdad, no le faltará mucho para serlo; además, casi, casi, lo dijo Gœthe, aunque de otro modo; conque ¡figúrate tú!

A mí, cuando leo los libros del insigne montañés, me asaltan mil recuerdos: noto en las narraciones de Pereda, aun en las que parecen más alegres, un fondo que no es ni pesimismo ni tristeza; pero sí cierta *pátina melancólica* y dulce, con que el literato presenta á nuestra vista, por un milagro del arte, muchas cosas que fueron y que bien

merecen una lágrima... ¿Te acuerdas de aquellos marinos de nuestro pueblo, que conocimos de niños? Tenían algo de Trementorio: cuando leí la muerte de éste, descrita por Pereda, estuve á punto de llorar como una Magdalena, ó como el misántropo Rousseau, cuando le cantaban de viejo aquella copla que había oído en su infancia:

Tircis je n'ose
Ecouter ton chalumeau
Sous l'ormeau.

Mira tú también hacia atrás, amigo Pepe, y de seguro te convences de que lo pasado tiene hermosura... ¿A que la tienen para ti aquellos coscorrones que te daba tu padre, que en paz descanse? ¡Quién te lo había de decir entonces, cuando sentías el escozor! A pesar de todo, no te respondo de que, si hoy te dan una bofetada, ha de resultar poética en pasando unas primaveras. No te fíes.

. . . .
. . . .

Cantares

Yo conozco un talismán
para creer en el cielo,
y es el preguntarme adónde
irá mi madre en muriendo.

Conozco que el alma mía
debe ser alma de cántaro,
en que las lágrimas tuyas
la van llenando, llenando.

Comenzó á partir el tren,
aquel tren que te llevaba.
Primero lo vi, y después...
después humo... luego nada.

El día que muera yo
todos llorarán de pena.

Todos como la campana,
es decir, todos de lengua.

Cántame otra vez las coplas
que me cantabas de niño,
á ver si mi corazón
se puede quedar dormido.

Si sientes llamar de noche
en silencio á tu ventana,
ábrela, que son mis penas
que se escapan de mi alma.

A pedir posada fué
mi amor á tu corazón;
y como tu alma dormía,
¡ay! nadie me contestó.

¡Adiós, prenda de mi vida!
¡Adiós, mi querida patria!
¡Adiós, bella golondrina
que anidas en mi ventana!

Hay hojas de árbol que tienen
como un corazón la forma,
y corazones que secan
como se secan las hojas.

Yo me eché el alma á la espalda
á la mitad del camino.
Mi alma pesaba tanto,
que á poco caí rendido.

Era tan bella, tan bella,
la morena de mi amor,
que se enamoró de ella
la muerte, y se la llevó.

Hasta las estrellas, madre,
las estrellitas del cielo,
las apagó aquel suspiro
que se me salió del pecho.

Carpintero, en su ataúd
no des más golpes por Dios,
que aunque ahí dentro está muerta,
vive aquí en mi corazón.

Dicen siempre mis amigos
que no me ahogo en poca agua,
y estuve á punto de ahogarme
una vez en una lágrima.

